THE UNIVERSITY OF ALBERTA

RELEASE FORM

NAME OF AUTHOR ........Ida Leni Sambrook........

TITLE OF THESIS ........La preocupación socio-política en........

........las obras de Alcides Arguedas........

DEGREE FOR WHICH THESIS WAS PRESENTED ....M.A....

YEAR THIS DEGREE GRANTED ....[illegible]....

Permission is hereby granted to THE UNIVERSITY OF

THE UNIVERSITY OF ALBERTA

RELEASE FORM

NAME OF AUTHOR ..Ida Leni Sambrook..........

TITLE OF THESIS ..La preocupación socio-política en

..las obras de Alcides Arguedas......

.......................................

DEGREE FOR WHICH THESIS WAS PRESENTED ..M.A.............

YEAR THIS DEGREE GRANTED ..1973.......................

THE UNIVERSITY OF ALBERTA

# LA PREOCUPACIÓN SOCIO-POLÍTICA EN LAS OBRAS DE ALCIDES ARGUEDAS

by

© IDA LENI SAMBROOK

A THESIS

SUBMITTED TO THE FACULTY OF GRADUATE STUDIES

AND RESEARCH IN PARTIAL FULFILMENT OF THE REQUIREMENTS

FOR THE DEGREE OF MASTER OF ARTS IN

HISPANIC LITERATURES

DEPARTMENT OF ROMANCE LANGUAGES

EDMONTON, ALBERTA

Spring, 1973

THE UNIVERSITY OF ALBERTA

FACULTY OF GRADUATE STUDIES AND RESEARCH

The undersigned certify that they have read, and recommend to the Faculty of Graduate Studies and Research, for acceptance, a thesis entitled "La preocupación socio-política en las obras de Alcides Arguedas" submitted by Ida L. Sambrook in partial fulfilment of the requirements for the degree of Master of Arts in Hispanic Literatures.

## ABSTRACT

In his novels Pisagua (1903), and Vida criolla (1911), the Bolivian writer Alcides Arguedas, acutely describes life in La Paz and its social implications. In his rural novels, Wuata-Wuara (1904), which is considered the precursor of his more ambitious novel, Raza de bronce (1919), he displays an obsession with Bolivia and the plight of the aymara indians. With Pueblo enfermo (1909), Arguedas achieved a deserved international fame and contributed to the creation of Bolivia's black legend on account of his penetrating study of national evils. In his Historia de Bolivia (1920-1929) by means of a thorough historical documentation the author substantiated the seriousness of Bolivia's social malaise, and in his last work, La danza de las sombras (1934), he re-emphasised political affairs and the follies of inept administrators. Throughout his works the intention of Arguedas was to awaken the national conscience and bring about the rejuvenation of Bolivia. The purpose of this thesis, then, is to evaluate Arguedas as a reformer and a writer with a social conscience, who, in all his works, was consistently preoccupied with the social and political condition of his country.

RESUMEN

En sus novelas Pisagua (1903), y Vida criolla (1911), el escritor boliviano Alcides Arguedas, describe con agudeza la vida de la sociedad en La Paz junto con sus ilaciones sociales. En sus novelas del campo, Wuata-Wuara (1904), que está considerada como la precursora de su más extensa novela, Raza de bronce (1919), expone su obsesión para con Bolivia y el sufrimiento de los indios aymaras. Con Pueblo enfermo (1909), Arguedas alcanzó merecida fama internacional y contribuyó en el surgimiento de la leyenda negra de Bolivia, debido a su penetrante estudio de los males nacionales. En la Historia de Bolivia (1920-1929) mediante una completa documentación histórica el autor verifica la gravedad de las lacras sociales y en su último trabajo, La danza de las sombras (1934), acentúa nuevamente los asuntos políticos y la insensatez de los gobernantes ineptos en el cumplimiento de sus labores. A través de su obra la intención de Arguedas fue la de suscitar la conciencia nacional, de manera que Bolivia se regenere. De aquí el propósito de esta tesis, que es el de evaluar a Arguedas como al escritor reformista y de conciencia social, que en todas sus obras sostuvo una constante preocupación sociopolítica por su patria.

Mi agradecimiento al profesor Richard Young, cuya guía y consejo han sido una estimable ayuda en la realización de la tesis. Asimismo quedo en perpetua deuda de gratitud con mi esposo y mis padres por el apoyo moral ofrecido.

TABLA DE CONTENIDO

# INTRODUCCIÓN

La literatura en la América Latina sigue atravesando por un período de reformación,[1] y es en estos países, donde la identidad todavía se encuentra al margen de un proceso de instauración, y donde los problemas raciales, políticos, y las miserias sociales no pueden ser evitadas por los hombres, a pesar de todo el adelanto moderno, que el artista se siente en la obligación de darlos a conocer (actitud que no necesita ser evidenciada) con motivo de reafirmar los valores espirituales y morales del individuo. Por eso, el artista, más que el mito perenne para su obra, busca lo social para manifestarlo en ella, más que las voces de los dioses, se inquieta por los problemas humanos. Recoge la realidad, para ordenarla, recrearla y blandirla sobre el mundo como una herramienta constructiva o un filo estilete de batalla. El arte en la América Latina se preocupó, en gran parte, y sigue preocupándose, a través de nuevos planteamientos, por lo terráqueo y lo social. Jean Franco corrobora este punto y dice,

> An intense social concern has been the characteristic of Latin American art for the last hundred and fifty years. Literature -and even painting and music- have played a social role, with the artist acting as a guide, teacher and conscience of his country.
> ... The history of the arts in Latin America is

> not a continuous development but a series of fresh starts.[2]

Ya que la creación del hombre no es otra cosa que el patrimonio de su propia persona, el artista tiene que conocerse a sí mismo y comprender el medio que le rodea para dar mayor expresión a su yo,[3] y consiguientemente, a su obra artística. Las raíces del arte en la América Latina, como ya se puede deducir, se hallan impregnadas en lo geográfico, lo histórico, lo político, lo económico y el ambiente en que florecen y se desenvuelven. De ahí que la obra literaria, frecuentemente, no es sino una manifestación del sentir y especular de una sociedad. Antes de ser esteta, el escritor es hombre, y como tal se preocupa, en forma individual y colectiva, por los problemas que surgen a su alrededor; busca en las letras, la oportunidad para revelar con sinceridad la protesta de su espíritu afligido por el espectáculo que le presenta la realidad de la vida y quiere, a la vez, infundir ánimo en los demás para que se emprenda la difícil pero remunerativa tarea de la regeneración y el engrandecimiento de la nación. El artista

> grita su verdad desnuda, sin importarle si esa verdad es repugnante o nauseabunda. Lo que le interesa es que todos la conozcan y en toda su integridad. Porque sólo ante la verdad cruda,

> pero real, el hombre de América podrá reparar una injusticia social...[4]

Alcides Arguedas,[5] erudito boliviano, demuestra un vehemente interés por los problemas palpitantes de su patria. Siendo una víctima él mismo de sus tiempos y de las circunstancias, nos manifiesta en su obra literaria su constante preocupación por el atraso e injusticia reinantes en el país. El tema principal que desarrolla es, sin duda alguna, Bolivia y sus habitantes. Su fiebre de hombre de letras dedicado a lo que él consideró un ideal de por vida, le llevó a la necesidad de escribir y absorber el espíritu de la tierra para despertar la consciencia de los demás y obtener así la regeneración de la nación. La integridad moral y la actitud combatiente del autor boliviano hacen de su pluma un filo estilete destinado a extirpar los males que corroen el organismo social. Se comporta como el profeta bíblico que fustiga su época y advierte las catástrofes que acontecen y seguirán aconteciendo mientras la actuación de los políticos venales, de la aristocracia vanidosa y decadente, del latifundista ambicioso y oportunista, del militarista ignominioso y, sobre todo, del político ignorante y avaro que se cree dueño del país, sigan encaminándose por la senda de la

vanidad.

La obra literaria de Alcides Arguedas, en su agrupación, no es nada más que la expresión de un arte personal, visto y sentido, de cuyo realismo surge la materia de la narración. En conformidad con Alberto Zum Felde, este realismo

> es, por sí mismo, la posición literaria más simple y espontánea del escritor y del artista frente al mundo. Reproducir, reflejar la realidad que se tiene delante, en sus formas naturales y humanas, como el espejo las imágenes, es el modo más directo de realización artística.[6]

Arguedas, así, se lanza al abordaje de esta triste realidad porque es ella la que invade su espíritu angustioso. Logra reproducirla con omnímodo entendimiento y fidelidad, sin caer en el error de demostrar parcialidad en su objetivo. Cabe advertir, además, su "fervor fanático por la sinceridad", el cual según Gustavo Adolfo Otero:

> ... no sólo fue un halago de su orgullo ni un gesto de la identidad tiránica de su temperamento, sino una actitud de amor a la verdad... Arguedas, tuvo siempre el valor cívico de coger por los cuernos del peligro aquello que creía la expresión de la verdad íntima o aparente, convencional u objetiva ... no tembló ni ante el amor propio nacional, ni tampoco ante la osadía de los déspotas. Dijo su verdad, guiado por los estímulos de sus esencias psicológicas, aunque ella pudiera ser discutida y profundizada en un afán de describir su auténtica dimensión.[7]

En resumen, Arguedas estaba convencido de que el progreso

de la humanidad dependía de los esfuerzos, la veracidad, y la cooperación de los seres humanos, aunque en sus ideas una amarga tendencia al pesimismo parecía anteponerse. De acuerdo al juicio de Guillermo Francovich:

> Su angustia frente a la realidad del país no procedía de un pesimismo sistemático. Arguedas no creía que la humanidad fuera incapaz de perfección y progreso... Creía que el trabajo, la educación, la cultura formaban a los hombres cultos. Precisamente esa fe en las posibilidades del hombre le hacía insurgirse contra las deficiencias de Bolivia.[8]

En el presente estudio intentamos considerar los males bolivianos descritos por Alcides Arguedas, erudito que, entre los escritores bolivianos, más se preocupó por remediar la triste y anómala situación de la condición socio-política de Bolivia. No nos proponemos hacer un vasto examen de la obra del autor, más bien, queremos dar énfasis a los males endémicos que más afectaron a la nación boliviana.

En el Capítulo I, a través del ensayo, la historia y las memorias del autor, examinamos la realidad boliviana, cuyas enfermedades reclaman un adecuado remedio. Arguedas está convencido de que los álgidos problemas que afectan al país son el resultado del extravío de la razón y de la falta de disciplinas morales y educación apropiada. En el

Capítulo II comentamos sus dos novelas de la ciudad. Arguedas se vale de la trama novelística para demostrar que la condición de la sociedad y, con ella, el sufrimiento del hombre son el producto de sus propios errores y ambiciones. El destino no es ciego ni arbitrario y con un poco de esfuerzo y voluntad se puede mejorarlo. Presenta al individuo idealista que lucha infructuosamente por vencer las circunstancias en que se encuentra para ascender y llevar a cabo su ideario político y humanitario, pero la principal razón del fracaso es su abulia, su falta de voluntad, que hace que en vez de tratar de superarse luchando con todos los medios a su alcance, sólo sueña con hacerlo. Anhela un futuro mejor para la sociedad en que vive, pero no hace nada para que éste cristalice. En el Capítulo III comentamos acerca de la novela del campo, en la cual el autor nos describe el encuentro violento entre dos razas que conviven en el mismo medio; la de los descendientes de conquistadores y la indígena. Arguedas desea denunciar el espantoso estado de injusticia social y revelar el dramático desconsuelo humano. Describe, por un lado, la soledad y condición bestial y servil del indio, y por el otro, el poder arbitrario del régimen social, en la personificación del latifundista feudal, el administrador

mestizo y el cura, que adormece la mente del indio para retenerle en la ignorancia absoluta. Para Arguedas esta disparidad es la que ocasiona la tragedia social en Bolivia.

NOTAS

[1]Para mayor información sobre el estado de reformación de la literatura de la América Latina, consúltese Enrique Finot, Historia de la literatura boliviana, 3a. ed., La Paz: Gisbert, 1964. Véanse también Fernando Diez de Medina, Literatura boliviana, 2a. ed., Madrid: Aguilar, 1959, y Jean Franco, The Modern Culture of Latin America: Society and the Artist, Middlesex, England: Pelican Books, 1970.

[2]Franco, op. cit., pp. 11-12.

[3]"The Latin American has generally viewed art as an expression of the artist's whole self: a self which is living in a society and which therefore has a collective as well as an individual concern". (Ibid., p. 11).

[4]Aída Cometta Manzoni, El indio en la novela de América, Buenos Aires: Edit. Futuro S.R.L., 1960, p. 98.

[5]Alcides Arguedas nació en La Paz, Bolivia, el 15 de Julio de 1879, año fatal en el cual estalló la guerra del Pacífico, que causó a Bolivia su enclaustramiento. Fueron sus padres don Fructuoso Arguedas, hacendado, y Sabina Díaz. Cursó sus estudios en el Colegio Nacional Ayacucho y se graduó bachiller en 1898, año en que concurrió como voluntario en la revolución liberal. En 1903 obtuvo el título de abogado, sólo por acatar los designios paternos, ya que no sentía ninguna afición por incursar en el campo de las leyes. Mientras cursaba sus estudios universitarios se dedicó a escribir artículos para el periódico "El Comercio" de La Paz. Pero se inició en la vida literaria con su novela de amor y guerra Pisagua (1903). Concluida su carrera profesional, viajó a Europa, a pedido de su padre quien quiso que su hijo perfeccione más sus conocimientos. A su vuelta a Bolivia en el año 1904 publicó su segunda novela Wuata-Wuara de vehemente sentimiento proindígena. Sacudido por el adelanto del viejo mundo regresó nuevamente a éste, y recorrió los países más importantes. Una vez en Francia, se matriculó en la Escuela de Altos Estudios de París, donde se hizo de nuevas amistades y se dejó in-

fluenciar por la escuela biológica en sociología, entre cuyos miembros se pueden citar a algunos: Schaäfle, Lilienfeld, Novicow, Gumplowicz, Taine y Le Bon. Antes de escribir su ensayo _Pueblo enfermo_ recibió el influjo de Carlos Octavio Bunge, Cesar Zumeta y José Ingenieros. En 1909 publicó por primera vez este ensayo de denuncia, el que produjo descontento entre los bolivianos pero causó profunda impresión en el exterior. Contrajo matrimonio con Laura Tapia y tuvo tres hijas. En 1912 publicó _Vida criolla_ en la cual se advierte la pasión romántica del autor ya manifestada en _Wuata-Wuara_ y _Pisagua_. Según Luis Alberto Sánchez, "Rubén Darío, Vargas Vila, Nervo, Hugo D. Barbagelatta, a veces Manuel Ugarte, Rufino Blanco Fombona, constituyen su grupo" ("Prólogo" a Alcides Arguedas, _Obras completas_, Tomo I, México: Aguilar, 1959, p. 13). En 1922 publicó su _Historia de Bolivia_ después de una larga investigación en las diferentes bibliotecas de Londres y París. Cuando el autor contaba con cuarenta años de edad, publicó su obra cumbre _Raza de bronce_ (1919), que puede ser considerada como una de las iniciadoras de la novela indigenista en la América Latina. El 6 de Abril de 1946, Arguedas dejó de existir en Chulumani, valle cercano a La Paz. De los sesenta y siete años de su existencia vivió -en exilio voluntario- en París veinte; residió tres años en Colombia y Venezuela y cuarenta y tres años en La Paz. Fue diputado, senador, ministro de estado, cónsul general en París, Secretario de Legación y Ministro Plenipotenciario. Para mayor información sobre su vida véase Gustavo Adolfo Otero, "Temperamento, cultura, y obra de Alcides Arguedas", _Casa de la Cultura Ecuatoriana_, Quito, 11 núm. 4 (1947), pp. 164-193.

[6] Alberto Zum Felde, _Indice crítico de la literatura hispanoamericana: La narrativa_, México: Guaranía, 1959, p. 155.

[7] Otero, op. cit., p. 167.

[8] Guillermo Francovich, _El pensamiento boliviano en el siglo XX_, México: Fondo de Cultura Económica, 1956, p. 44.

# CAPÍTULO I

# ENSAYO, HISTORIA DE BOLIVIA Y MEMORIAS

La obra literaria de Arguedas constituye en sí una unidad integral, en la cual se destaca el creciente y perseverante criticismo contra la estructura social impuesta al pueblo boliviano, especialmente, a las razas indígena y mestiza. En este capítulo se intenta considerar la observación que hace Arguedas de la situación socio-política de Bolivia a través de su ensayo sociológico _Pueblo enfermo_, su extensa _Historia de Bolivia_ y su diario _La danza de las sombras_.[1] En estas tres obras Arguedas intenta presentarnos con una documentación minuciosa y fiel de los sucesos vividos por sus compatriotas. Así, se ha creído conveniente estudiar estos acontecimientos conforme al papel importante que desempeñan dentro del factor geográfico, racial e histórico para dar una idea más cabal de las preocupaciones de Arguedas, las que alcanzarán mayor amplitud en la narración imaginativa.

## A. PUEBLO ENFERMO

Arguedas en su ensayo _Pueblo enfermo_[2] nos da una visión panorámica de la sociedad y de los males bolivianos.

El autor analiza y denuncia estos males -extensibles a otros países americanos[3]- conforme al papel que desempeñan dentro del medio físico, la psicología de las razas, juntamente con los fenómenos sociales y políticos, y la influencia de la evolución histórica, o sea, el trio de los positivistas:[4] el factor geográfico, el factor racial y el momento histórico.[5]

Como ya se verá en los capítulos siguientes, Arguedas muestra en sus novelas su preocupación por los mismos problemas, pero _Wuata-Wuara_, _Pisagua_ y _Vida criolla_ no obtuvieron éxito y fama nacional ni internacional. Fue, entonces, cuando se decidió a escribir un trabajo que no estuviera basado en la ficción literaria:

> Como ni éste ni los anteriores libros habían logrado alcanzar mi propósito de sacudir la modorra de nuestro ambiente pensé que toda acción disimulada bajo la intriga de una fábula sería siempre acogida con reparos, y me resolví obrar directamente sobre la conciencia pública escribiendo un libro de observación directa, lleno de datos recogidos de diversas fuentes y que, bajo una idea central, estudiase nuestros problemas poniendo a las claras las deficiencias de nuestro medio y educación. (DS, p. 637)

Por un motivo u otro, hasta aquel entonces nadie se había preocupado de investigar y exhibir la cruda verdad de los acontecimientos circundantes:

> Todos nuestros escritores, desde la fundación de la

> República; casi todos los viajeros intelectuales que visitaron nuestro país, no sé por qué motivos, acaso no por deficiencia de observación, quizá por conquistarse las simpatías colectivas, quién sabe también por el falso sentimiento de pudor o de patriotismo en los naturales que les empuja a ocultar las taras comunes, no han hecho otra cosa que loar en todos los tonos las riquezas naturales de la patria, alabar el espíritu de las gentes, su capacidad, sus méritos, sus enormes virtudes.
> Y salta, patente, la contradicción.
> Este país de riquezas abundantes y prodigiosas ... es, sin embargo, el país más pobre del mundo. Sus gentes también son pobrísimas, porque sólo con los dedos se cuentan las grandes fortunas. Y una de dos: o el país no es tan rico como se dice o sus gentes no son tan laboriosas como se cree.
> Este simple razonamiento me condujo a pensar seriamente en nuestros magnos problemas.
> Y me puse a la obra. (DS, p. 637)

No cabe duda, que las intenciones del autor son sinceras, pero en este ensayo, sólo observa, olvidándose de explicar qué procedimiento podría remediar la triste realidad boliviana. Actúa "como el cirujano desprovisto de falsas piedades. Atacando directamente la pústula originaria del mal ... En medicina como en literatura, hay quienes diagnostican y quienes atacan la dolencia".[6] Arguedas, hombre de espíritu reformista, pensó que contribuiría más a su patria "clavando sobre su carne el juicio de las saetas implacables, que cantando con mentira pindárica sus excelencias acuñadas por el espíritu nacionalista".[7]

La obra reformista, conforme al autor, sólo puede lo-

grarse con la intervención de la masa y no de unos cuantos hombres. Ramiro de Maeztu confirma este punto diciendo,

> es la generación entera, y no un solo hombre, la que ha de realizar la obra reformista, porque la obra reformista ha de ser compleja y es preciso distribuirse el trabajo; pero la iniciativa ha de ser individual.[8]

Arguedas confía en el hombre y en el futuro progresista, pues, como lo manifiesta Ramiro de Maeztu,

> nadie es hijo del pasado sino del futuro. Ya no son las cosas que son las que nos inspiran, sino las cosas que serán. Nuestra objetividad, nuestra realidad, nuestro destino, está en el mañana, no en el hoy ni en el ayer. Es el horizonte quien nos mueve. Es el horizonte quien nos da fuerza.[9]

A pesar de las intenciones e ideales sanos de Arguedas, algunos escritores le comprendieron y otros le rebatieron con saña y odio,[10] puesto que, su acerba concepción positivista dió origen a la "leyenda negra" de la impotencia de Bolivia como nación y estableció el "arguedismo" como sinónimo de derrotismo.

a) Los problemas geográficos.

El escenario geográfico es de gran importancia, puesto que todos los problemas que agitan y preocupan a las gentes que se desenvuelven dentro de él coinciden en su mayoría con las circunstancias y situaciones que emergen del ambiente que les circunda. Y, de hecho, Bolivia tuvo que

afrontar varios problemas de orden geográfico como resultado de los contrastes topográficos internos y su situación con respecto a los demás países latinoamericanos. Arguedas expone la situación del individuo en las tres regiones principales del país. La región interandina, la más poblada y la primera de las tres discutidas, se caracteriza por la elevación de las montañas; el clima es frío y la aridez del suelo afecta el carácter de los habitantes, quienes luchan desesperadamente con el terruño, ya que la naturaleza difícilmente cede paso al hombre. El cultivo de algunos cereales no favorece al nativo en su prosperidad y sólo las cordilleras y su exuberante riqueza mineral presentan al campesino un escape dudoso de una vida sin beneficio. El paisaje es atrevido, enérgico, hostil, ávido de sorpresas, que afectan el temperamento de sus habitantes, convirtiéndoles en estóicos, huraños, austeros, y de restringidas inteligencias en su lucha por la vida (PE, p. 402). La región amazónica le impresiona al autor por sus diferentes contrastes naturales "que tienen mayor vigor indescriptible; son casi brutales" (PE, p. 403). El clima es templado y la tierra fértil; sin embargo, esta aparente dulzura de la tierra trae consigo las desventajas inherentes a los climas subtropicales: las sequías; las lluvias

que pueden convertir un arroyo en un torrente; las fiebres malsanas que atacan despiadadamente a todos. En esta región la naturaleza, tan pródiga y virgen, consume y abroga al individuo afable que la habita. El clima, de la región del Plata es también desfavorable al hombre, quien tiene que enfrentar grandes obstáculos relacionados con las lluvias y las sequías. Así Arguedas cree que sus moradores poseen un alma exuberante y enervante como resultado del medio, aunque la irregularidad del suelo les ha causado grandes contrariedades:

> La naturaleza ha querido dar prueba de su fecundidad y ha producido un contraste prodigioso de inmensas ventajas para un porvenir más o menos remoto, según el grado de actividad desplegada, pero impropio para ayudar al desarrollo de un pueblo aún no ejercitado en el trabajo, todavía no liberto de ciertas fatalidades y por completo entregado a sus luchas regionales y políticas, inevitables en pueblo de rápida formación y muy alejado, o más bien, enclavado en regiones ásperas, donde no llegan las vibraciones del vivir contemporáneo, intenso, múltiple, vertiginoso. (PE, p. 409)

Bolivia es un país rico tanto en el campo agrícola y ganadero como en el minero, pero sus industrias no pueden prosperar debido a la escasez de medios de comunicación necesarios para mantener la unidad de la nación. La distancia no permite la iniciación de ciertas relaciones comerciales entre una ciudad y otra y la única solución es la

correspondencia postal. Las desventajas con las que cuenta el país, respecto a la construcción de caminos y ferrocarriles son númerosas, y el desarrollo de las vías de comunicación es también afectado por la intervención, poco ventajosa, de los políticos:

> el dinero falta porque el poco que aun queda después de saldadas las cuentas con los acreedores del interior y el exterior, se lo comen los militares y los políticos, y a dos carrillos, y apenas queda un poco para la instauración y otro poco para el fomento... (PE, p. 408)

Esta falta de comunicaciones hace que muchos pueblos indígenas conserven sus tradiciones, así reduciendo las posibilidades de cambio y dándole al país un aire desconsolador en todos los campos progresivos (industria, comercio, etc.). No sorprende que Arguedas llega a la conclusión de que en Bolivia falta la armonía nacional y el espíritu de cooperación debido a las diferencias regionales, las cuales crean un ambiente de intolerabilidad y hacen nacer un odio perturbante y fatal:

> nace [este odio] de la preponderancia absoluta que desean ejercer unas sobre otras, y en él entran diferencias ancestrales: resurgen los viejos rencores que traían en porfiada lucha los pueblos aymará y quechua. Las regiones del Norte y Sud o las de la costa y del interior de las Repúblicas, viven en perpetuo antagonismo y buscan como pretexto, para mejor caracterizarlo, el progreso exterior que se manifiesta en la animación de las calles de sus capitales o en la fachada de sus monumentos.

> Quiérese que el artificio sea única causa de adelanto material y moral, y las ciudades aspiran, cual si esto fuera posible, alcanzar de hecho, en tiempo determinado, igual desarrollo e idéntica conformación. (PE, p. 461)

Como colmo de estas dificultades internas, Bolivia tiene que disputar con vecinos hostiles; la isolación, la falta de acceso al mar, crea en el país una serie de problemas que únicamente agrandan los males en vez de aliviarlos. Bajo estas infortunadas circunstancias las relaciones comerciales con otros países son prácticamente nulas. Las nuevas ideas y técnicas modernas que se desarrollan en otras partes del mundo raramente llegan a Bolivia, que parece estar enterrada viva en el continente americano.[11]

b) El problema racial:

i) El indígena.

El problema racial es el que necesita mayor consideración por ser el más urgente. Opina Arguedas que "todo es inmenso en Bolivia, todo menos el hombre" (PE, p. 470), opinión que no atestigua su pesimismo[12] sino su preocupación por la condición humana. Así es que, al enfocar el problema racial desde un punto de vista indígena, Arguedas en ningún momento se enorgullece del origen indígena predominante del país:

> De no haber predominio de sangre indígena, desde el

> comienzo habría dado el país orientación consciente a su vida, adoptando toda clase de perfecciones en el orden material y moral y, estaría hoy en el mismo nivel que muchos pueblos más favorecidos por corrientes imigratorias venidas del viejo continente. (PE, p. 413)

Su actitud es la del humanitario; reconoce que el indio, sometido a la explotación más brutal, es el ente vital de la economía nacional, hecho negado entre varias personas, y, entre ellas, los políticos y terratenientes. Su atención se centra alrededor de dos grupos principales de indios: los aymaras y quechuas, habitantes del altiplano y de los valles respectivamente, dando más énfasis a los primeros, por conocer mejor sus costumbres, y dejando fuera de discusión algunas otras tribus menores porque piensa que "su aporte es ... casi nulo" (PE, p. 406).

Al indio aymara le considera como el producto innato del terruño y por eso le encuentra "salvaje y huraño como bestia de bosque, entregado a sus ritos genitales y al cultivo de ese suelo estéril en que, a no dudarlo, concluirá pronto su raza" (PE, p. 414). Falto de sentimientos, rencoroso, despiadado, suspicaz y, más que nada, de carácter firme se refugia en el dolor porque "le falta voluntad, persistencia de ánimo, y siente profundo aborrecimiento por todo lo que se le diferencia" (PE, p. 416). Desde que nace

es víctima de toda clase de fatalidades, relacionadas con el medio geográfico, racial y económico. Su vida es dura en medio de un ambiente donde no existe otra alternativa que el "dolor y la lucha" (PE, p. 415). Así, pues, el niño apenas comienza a caminar se ve expuesto a trabajar "desde los dos años hasta que reviente" (PE, p. 417). Adopta una actitud estoica y vive en un quietismo animal sorprendente. A pesar de la sobriedad en el comer y la parquedad en el vestir, el indio posee una fortaleza envidiable mientras viva; lamentablemente, su existencia es corta a causa de la mala nutrición y el trabajo exaustivo al que está sometido. Asimismo, la falta de higiene juntamente con los demás males están consumiendo lentamente el vigor extraordinario de la raza. El indio, sin darse cuenta de esto, acepta con dignidad y sin querella las privaciones que le rodean.

La educación del indio es sombría. Los padres, despreocupados del bienestar de los hijos, los dejan en los patios de sus chozas con los animales domésticos, y tanto los niños como los animales reciben la misma atención. A los cuatro años de edad se dedican al cuidado de los rebaños de ovejas y cerdos, y es entonces cuando tienen que afrontar y luchar con la hostilidad del yermo. El único

consuelo que tienen durante sus horas de pasiva quietud son sus quenas o cicus (zampoñas), instrumento que les sirve "para aprender a modular los melancólicos aires de la tierra y ponerse en contacto íntimo con la naturaleza, que después ya para ellos no tiene ningún encanto" (PE, p. 417). Desde muy temprana edad, ya maduros, se dan cuenta de "que la vida es triste" y sienten, además, "germinar dentro de sí el odio contra los blancos, ese odio inextinguible y consciente porque nace de la crueldad que éstos usan con los suyos" (PE, p. 417).

El niño también tiene la obligación de ayudar al padre en las faenas agrícolas, difíciles de realizar por la esterilidad del suelo. La maquinaria empleada en el cultivo de los campos es primitiva, ya que se ignora la existencia de las máquinas agrícolas modernas. "Para él -dice Arguedas- el arado patriarcal es la última perfección mecánica" (PE, p. 418). Sólo en los últimos años ha empezado a conocer los diferentes métodos modernos. Sin embargo, el indio, por naturaleza, es conservador y generalmente, "peor que el chino en este punto" (PE, p. 418), ya que se encuentra maldispuesto a aceptar innovaciones. La habilidad y los esfuerzos oprobiosos del indio hacen que coseche papas y cereales (oca, quinua, trigo, cebada)

importantes para su alimentación cotidiana. Su producción, en gran parte, depende exclusivamente del estado atmosférico, el que muchas veces le arruina y le convierte en "la principal y única víctima de semejantes fatalidades metereológicas" (PE, p. 419), destino que se atribuye a la intervención de las resoluciones divinas. Es crédulo, supersticioso y cree con vehemencia todo lo que los _yatiris_ (adivinos) predicen. Con respecto a la concepción del Dios cristiano, Arguedas nos dice que el indio "es en absoluto fetichista" a lo que añade,

> Se puede asegurar, por punto general, que el indio no tiene creencias determinadas. Venera un retazo de carne podrida dejada por un _yatiri_ a la vera de un camino, e igual fervor siente por la bestia que juzga propicia a sus destinos e intereses. Los objetos o seres que despiertan su superstición, varían según las regiones. (PE, p. 420)

Más que a sus creencias religiosas, la actitud fatalista y desconsoladora que adquieren los indios puede ser atribuida a los sacerdotes "poco escrupulosos y diestros en domeñar la raza y conseguir así beneficios personales" (PE, p. 420). Llevados por su ignorancia, sienten miedo por el furor que Dios puede ejercer sobre ellos a través del sacerdote, supuesto representante de Dios en la tierra. Por lo tanto, no existe ninguna clase de desconocimientos sobre el poderío del cura y, más bien, se puede observar una

obediencia absoluta por temor a herirle (PE, p. 422). Resulta que el indio se ve reducido a la mísera condición de siervo feudal; debe soportar, sin quejarse, los trabajos más viles que el cura le otorga, convirtiéndose en el objeto más preciado de la explotación clerical. Arguedas denuncia a los sacerdotes que, sin vocación alguna, sólo desempeñan su papel con el anhelo de conseguir bienes materiales y así satisfacer sus apetitos humanos. Critica a la iglesia por la posesión de grandes extensiones de tierra y por fomentar la superstición entre los indios. Durante las supuestas fiestas religiosas, los indios cometen una serie de abusos sexuales, llegan a la omnímoda crápula y promueven otros escándalos que le importan muy poco al organizador -el cura-, quien trata de aplacar su conciencia y deshacerse de sus responsabilidades, echándoles la culpa a las autoridades. Sin embargo, mediante estas fiestas, eventos muy del agrado del indio, el cura le extorsiona su economía y lo único que queda después de estos espectáculos religiosos es la tragedia, la miseria, la relajación en el hogar y, hasta se podría decir, el crimen. El indio se encuentra dominado por el fanatismo, la coca y el alcohol, tres impedimentos que no le permiten darse cuenta que la suntuosidad de los templos se logró

gracias al esfuerzo anónimo de miles de indios que sacrificaron los mejores años de sus vidas en su realización.

El indio, además, se halla sujeto al abuso del terrateniente, personaje que, en alianza con el cura, está decidido a obtener mayores beneficios a base de la explotación. Piensa que todo ser inferior debe someterse a su poder, y, por otro lado, adopta una actitud preponderante e indiferente. Considera al indio,

> arcilla vil, larva de inmundos bichos, lo despreciable de la fauna humana. Si alguna utilidad se puede sacar de él, es hacerle servir de bestia económica y pasiva. Lo explotan, por lo tanto, hasta lo inconcebible. De lo que ante todo se preocupan, es de despojarle de su dinero, y esto impunemente, aunque nunca faltan pretextos bien atendibles muy excusables: las contribuciones, los impuestos. Faltando, queda uno solo, valedero por todos: el derecho del más fuerte. (PE, p. 424)

Arguedas condena a los terratenientes "especialmente los patrones cholos" (PE, p. 424), quienes al comprar las haciendas piensan que todo lo que se encuentra en ellas les pertenece; son arrogantes y lo manifiestan por medio de su furiosa exaltación de efímeras vanidades. El terrateniente es un ser interesado que carece de sentimientos y está dispuesto, en todo momento, de despachar al indio "impunemente, aun habiendo sido fecundado con el esfuerzo de toda su vida y sucediéndose en su labranza, de padres a

hijos, muchas generaciones" (PE, p. 425); además, cuenta con los servicios del indio como _pongo_, o sea, como sirviente doméstico gratuito.[13] Para Arguedas el sistema del _pongueaje_, en ciertos casos, proporciona al indio algunas ventajas y en otros sucede todo lo contrario. Considerando el lado favorable, el autor observa que los indios una vez "se inician en el _pongueaje_ ... en la casa del patrón, donde refinan su gusto, adquieren ciertos modales y se enteran de la lengua castellana, que nunca hablan" (PE, p. 417). Arguedas, empero, no está de acuerdo con la idea del alquilamiento del _pongo_. A más de ser alquilado, tiene la obligación de transportar la cosecha desde la hacienda hasta la ciudad más cercana y al hacerlo no puede incurrir en lamentables olvidos o cometer abstracciones porque sabe que el corolario es funesto. Estos viajes, generalmente son alevosos y el medio de transporte es primitivo; Arguedas en su novela _Raza de bronce_ relata con todo lujo de detalle un viaje de esta índole (Véase nuestro Capítulo III). El comportamiento del terrateniente, en vista de que el indio es la criatura más cómoda e indispensable en la labor cotidiana, es rudo. Sin embargo, la sumisión del indio no dura eternamente, aunque se encuentra subordinado al influjo moral y material tanto de los funcionarios pú-

blicos, sacerdotes, terratenientes y hasta de los _yatiris_ (adivinos). Al saber mantenerse alerta y no olvidar las injusticias sufridas, su alma se convierte en el

> depósito de rencores acumulados de muy atrás, desde cuando, encerrada la flor de la raza, contra su voluntad en el fondo de las minas, se agotará rápidamente, sin promover clemencia en nadie. Y este odio ha venido acumulándose conforme perdía la raza sus caracteres y rasgos predominantes y aumentaba en el dominador más confianza en sus facultades dominatrices. (PE, p. 420)

El indio a pesar del tiempo transcurrido no ha podido mejorar su posición social y aun "hoy día, ignorante, maltratado, miserable, es objeto de la explotación general y de la general antipatía" (PE, p. 420). Cuando los abusos sobrepasan su límite, el indio no razona y ni las autoridades, patrones y curas pueden impedir el desfogamiento de su pasión sañosa. Una vez experimentada la voluptuosidad y satisfacción del agravio recibido, está dispuesto a entregarse a las autoridades y soportar la pena impuesta. Para que estas sublevaciones sean mitigadas la intervención de la milicia es necesaria. El terrateniente considera que la vida del indio no tiene valor alguno y por lo mismo no se digna defenderle y le entrega a los soldados quienes tienen plena autorización de acribillarle, robarle las pocas prendas que posee, e inclusive violarle a la mujer.

Los indios que se escapan y no llegan a cumplir su intento, son capturados y conducidos a la ciudad donde los

> abogados y jueces bien leídos cuya ocupación consiste en desplegar todo el fastuoso aparato de sus códigos; los encierran en obscuros calabozos para sacarlos de vez en cuando bajo la vigilancia armada de soldados, instruídos de tirar al bulto en cuanto noten en ellos conato de liberación, y los hacen trabajar diez horas al día, dándoles alimentación suficiente para sostener en punto sus cuerpos enflaquecidos por tantas privaciones... (PE, p. 421)

Arguedas en sus novelas Wuata-Wuara y Raza de bronce nos relata de manera concisa la rebelión y abuso del indio. El autor se muestra compasivo para con ellos y no les condena cuando actúan brutalmente, ya que considera inhumano el comportamiento de sus superiores. Piensa que el indio "moralmente ... es un gran solitario, un esquivo, un desdeñoso" (PE, p. 425), pero se caracteriza por su virtuosidad; se siente orgulloso de su lengua nativa y ni siquiera se "preocupa de aprender el idioma del comprador blanco, sino que le obliga al comprador a que hable el suyo" (PE, p. 425). Conforme al autor éste es "el rasgo más estupendo de la raza" (PE, p. 425).

Arguedas describe a la raza quechua de modo breve porque piensa que los hábitos, características y fatigas son los mismos que los de los aymaras. Desde luego, reconoce que existen algunas diferencias siendo la más noto-

ria la región en que habitan. El suelo del valle es fértil y, consiguientemente, la vida se les hace más apacible y menos lúgubre que la de los aymaras; además, el indio quechua se adapta con mayor facilidad a llevar una vida común con el blanco. El criterio simplista que posee, únicamente le permite conocer la ley moral y ni siquiera tiene la menor idea sobre la existencia de la ley escrita; cree que "es bueno lo que llena sus necesidades y malo lo que se opone a la satisfacción de ellas; pero existe en él la ley moral, que la obedece casi invariablemente en su relación con los de su propia raza" (PE, pp. 427-428).

El indio, desde la época del Imperio Incásico, se ha ido engendrando en un mundo de obediencia y privaciones; de ahí que carece de libertad individual e iniciativa propia y se contenta con llevar una vida llana y activa dentro de las labores agrícolas. Con la llegada de los conquistadores "ásperos, brutales, duros, sin entrañas y dominados por apetitos feroces" (PE, p. 429), los indios se vieron forzados a cambiar su actitud frente a la vida y es así como adquirieron ciertos vicios que de ninguna manera son hereditarios:

> Entonces, ante la brutalidad del blanco, busca, como toda raza débil su defensa en los vicios femeninos de la mentira, de la hipocresía, la disimula-

ción y el engaño. (PE, p. 429)

Ya se mencionó (en la nota 10 de este capítulo) que muchos de los críticos piensan que Arguedas es el más pesimista entre los autores bolivianos. No obstante, en Pueblo enfermo ha demostrado su optimismo en varias ocasiones. Arguedas no sólo glorifica al indio, sino que ve en ellos tanto sus faltas como sus cualidades. Opina que el indio mientras no tome la iniciativa, ha de ocupar un plano inferior en la vida social y política de la nación. Cree, decisivamente, que su presencia en la vida del país es esencial porque muy pocos individuos podrían substituirle en las faenas cotidianas a causa de los diferentes factores geográficos; el mestizo no podría ocupar su lugar porque este personaje es más holgazán y alcohólico que el indio mismo. La postración física y moral de la raza indígena hace que se adentre, poco a poco, en el vicio del alcohol. El indio recurre a la bebida porque en ésta encuentra, como dice Don Miguel de Unamuno,[14]

> "la excitación para su espíritu mal despierto, no acomodado a la moderna vida civilizada -puesto que- la vida de civilización, con su complejidad creciente, con la multitud de acomodaciones sensoriales y volativas que exige, pide un sistema nervioso de una cierta complejidad también". (PE, p. 430)

El alcohol, le ocasiona grandes cambios, así por ejemplo

"no se le ve reir nunca sino cuando está ebrio. Entonces, es comunicativo, cariñoso, cruel, derrochador" (PE, p. 430); pero cuando este estado de ebriedad sobrepasa su límite, comete los crimenes de que se le denuncia.

ii) El mestizo.

Arguedas descarga toda su furia en la personalidad del mestizo o cholo,[15] quien, además de constituir la clase dominadora y activa de la vida nacional, se destaca por su despotismo y presuntuosidad. Es "un tipo moral enteramente negativo y la causa de todas las desgracias que sufre el país".[16] Este individuo, conforme al autor, es el producto "del abrazo fecundante de la raza blanca, dominadora, y de los indios, raza dominada" (PE, p. 435); consecuentemente, posee varias características contradictorias que le ocasionan conflictos difíciles a resolver. Así el cholo

> trae del íbero su belicosidad, su ensimismamiento, su orgullo y vanidad, su acentuado individualismo, su rimbombancia oratoria, su invencible nepotismo, su fulanismo furioso, y del indio, su sumisión a los poderes fuertes, su falta de iniciativa, su pasividad ante los males, su inclinación indominable a la mentira, el engaño y la hipocresía, su vanidad exasperada por motivos de pura apariencia y sin base de ningún gran ideal, su gregarismo, por último, y, como remate de todo, su tremenda deslealtad. (PE, p. 435)

El autor boliviano, a fin de darnos una idea completa

del cholo, se remonta a la época colonial, época en la que su existencia fue insignificante. Fue la guerra de la emancipación la que despertó en él "la vaga noción de su valor como unidad" (PE, p. 435). Casi inmediatamente hizo patente todas sus dotes nativas y se reveló "indiferente o extraño a los problemas morales relacionados con la finalidad de la vida y el angustioso misterio de la muerte" (PE, p. 435).

Antes de describir las características específicas del cholo descendiente de las civilizaciones aymara y quechua, Arguedas presenta los rasgos más sobresalientes del cholo en general. Desde su niñez -en comparación con el indio- está rodeado de comodidades y mimos; en su juventud vive bajo el cuidado de los padres y es cuando llega a la pubertad que quiere probar su virilidad, dedicándose al vicio. A los veinticinco años se convierte en un hombre

> gastado, marchito, envejecido. Su alma no tiene ningún frescor. Irritable, voluntarioso, déspota, su sola posibilidad de vivir es pescar un empleo cualquiera, y si es ambicioso y se cree intelectual, una curul concejil o parlamentaria, que le permita vegetar con desahogo y satisfaciendo sus pobres arrestos vanidosos. La falta de disciplina doméstica y escolar ha desorientado desde temprano su vida. (PE, pp. 515-516)

El cholo "piensa en sí y sólo para satisfacer sus anhelos de gloria, riquezas y honores a costa de cuales-

quiera principios" y "para él, el hombre es bajo, egoísta, falso, interesado y despreciable" (PE, p. 436). Entre todos los entes sociales, el único que le aviva el ánimo es el político, porque es el que mejor sabe transigir con adulaciones el amor propio colectivo y, por lo tanto, el suyo. Se destaca por su variabilidad y despreocupación hacia los demás; anda pendiente de su conducta y se encuentra siempre alerta y dispuesto a mantener la imagen que se ha creado en las esferas sociales. Las diferentes actitudes que adquiere concuerdan con las circunstancias y estado de ánimo que le rodean. Para el cholo candoroso, por ejemplo, todo lo que se encuentra en el universo es bueno y, por consiguiente, perfecto. "En las acciones inmorales, en los hechos criminosos, no ve sino desviaciones momentáneas y ocasionales de la 'moralidad innata en el hombre'" (PE, p. 437). El cholo escéptico, por el contrario, es egoísta, agresivo e insociable; en algunas oportunidades alega en favor de la moral aunque sus sentimientos son abyectos.

El autor boliviano observa la posición social y grado de educación obtenidos por el cholo, ya que estos factores influyen en su conducta. Ve que el cholo de la clase inferior es haragán y propenso a caer en el vicio del alcohol; se cree culto y piensa que "un albañil o un carre-

tero rústico vale y representa idéntica fuerza que un inventor, un sabio o un estudioso" (PE, p. 437). Si logra triunfar en su vida, no quiere que los demás lo hagan; la envidia supera a la razón y se convierte en la compañera inseparable de la vanidad.[21] El cholo educado, por su parte, se cree un genio; vive de "una ocupación rentada por el Estado" (PE, p. 438), y su única preocupación es la de ascender en jerarquía a costo de cualquier engaño. Cree que con la mentira y el engaño se triunfa. Arguedas ilustra este punto describiendo la actitud que toma el cholo abogado quien,

> prefiere de las leyes aquellas que en su interpretación puedan torcer la justicia de una causa; el cholo político es falso e inestable en sus principios ordinarios, cuando los tiene; y el cholo legislador apenas sabe copiar leyes y disposiciones exóticas suponiendo ser labor fácil trocar el espíritu de las gentes para obligarles a proceder adaptándose a reglas contrarias a la íntima modalidad de su temperamento étnico. (PE, p. 438)

El cholo que surge victorioso en lo que se propone se convierte en el tipo dominador, que obra siempre con acierto y evita así que sus faltas no "caigan dentro de la penalidad de los Códigos" (PE, p. 439). Para Arguedas "la historia de este país, Bolivia, es, pues, en síntesis, la del cholo en sus diferentes encarnaciones, bien sea como gobernante, legislador, magistrado, industrial y hombre de em-

presa" (PE, p. 439).

En Bolivia existen dos clases de cholos y esto depende, desde luego, de su descendencia aymara o quechua. Como ya se mencionó anteriormente estos dos grupos poseen cualidades distintas: el aymara es rencoroso, belicoso, egoísta y meláncolico mientras que el quechua es simplista, pasivo, sentimental, obediente y jovial. Son contrastes que se remontan a la época de sus antecesores. El cholo de estirpe aymara y española habita en el norte de Bolivia, singularmente, en el departamento de La Paz, y se caracteriza por su seriedad, orgullo y su entrega a la rumia meditativa; es también "apegado a su terruño" y algo propenso a la mentira, defecto "heredado de los indios" (PE, p. 443). La ubicación del departamento en el centro de la República hace que el paceño se sienta orgulloso de su procedencia y siempre persevera en su mente la idea de formar una "nación aparte, próspera, feliz" (PE, p. 443). Le gusta ser objeto de diferentes alardes de erudición; es poco ambicioso y la única pasión que le domina es la política, campo en el que sabe hacerse respetar. La aridez y desolación del yermo le afecta el carácter y le convierte en misántropo, dedicado a embriagarse y llegar al sumo aturdimiento, para así evitar el tedio cotidiano originado a causa del clima frío y la

vegetación misérrima de la región, que le priva llevar una "vida de campo, sana, alegre, y simpática" (PE, p. 444).

El cholo cochabambino puede escudriñar su abolengo en los españoles e indios quechuas "raza soñadora, tímida, profundamente moral, poco o nada emprendedora" (PE, p. 449). El clima cálido de los valles y la exuberante naturaleza de los mismos, hacen que sus habitantes sean dadivosos, poseedores de un alma soñadora y distinguidos de los demás por su visión sentimental. Arguedas guiado por los principios de Le Bon, admite que la gente cochabambina "es la más femenina de las muchedumbres bolivianas" (PE, p. 445). El concepto de patria aunque sólo sea en su aspecto ideológico y no práctico es el que "entusiasma su acometividad sentimental... El patriotismo es para ella [la muchedumbre cochabambina] sentimiento sublime que deifica al hombre, y la patria" (PE, p. 446). Todos, jóvenes y adultos, colaboran en el progreso de la nación, introduciendo o compartiendo conocimientos e ideales nuevos, y este sentimiento de solidaridad siempre se mantiene activo. La armonía de la naturaleza les inclina hacia las bellas artes y las letras, destacándose principalmente, en la pintura y en la música. En lo que respecta a la religión, el cochabambino confirma su devoción y fe religiosa de

modo intolerante:

> En religión es fanática exaltada; y allí, más que en ningún otro pueblo, se observa ese fenómeno de la intemperancia religiosa, pero bajo su aspecto irritable. Las masas, enteramente devotas, no consienten ni aceptan ninguna creencia fuera de la suya: adoran sus dogmas con enérgico apasionamiento, y les parece que consintiendo la exteriorización de otros, ofenderían gravemente su divinidad. (PE, p. 447)

La gente cochabambina tiene la propensidad de rendir tributo a lo fantástico y de pasar por listos los más suspicaces y maliciosos. Los jóvenes carecen de ciertas fuerzas imaginativas[18] y prefieren aprenderlo todo de memoria. Tratan los asuntos morales con gran inflexibilidad; son regionalistas y no aceptan la superioridad de los demás habitantes de Bolivia. Arguedas declara que "el cochabambino no concibe otro cielo mejor, otro clima más bondadoso, otros aires más puros, que el cielo, el clima y los aires de Cochabamba" (PE, p. 448).

iii) El blanco.

Arguedas describe a la raza blanca, constituida por una escasa minoría, en forma breve, pero incluye ciertas observaciones sobre ésta en el capítulo destinado a la psicología mestiza. La raza blanca tiene rasgos peculiares que la diferencian de la mestiza; no obstante, "por

causas de medio físico y educación, es impotente de desplegar sus energías por impulsión directa y espontánea" (PE, p. 440). Observa que la apetencia parsimoniosa de la raza blanca, se halla sometida por el vicio "de la empleomanía, lo que demuestra en ella viejos atavismos de dominación: diríase que aun no ha adquirido el hábito de vivir libremente y gobernarse por sí misma" (PE, p. 440). El autor boliviano demuestra su desengaño por el hombre blanco, al descubrir la abulia y desidia que le incapacitan "imponerse fuertes disciplinas mentales y morales" (PE, p. 440); pero, al mismo tiempo, el autor le acredita otras facultades y valores envidiables, le encuentra "generoso, inteligente, dedicado" (PE, p. 440). Arguedas expresa su admiración hacia el "gentleman" inglés y el hidalgo español por poseer altas cualidades de fidelidad, veracidad y animosidad. Opina que "nunca se nace hidalgo o gentleman: se deviene" (PE, pp. 440-441). Cuando se refiere a Bolivia sostiene que "la hidalguía ha venido a menos, se ha mestizado" (PE, p. 440). En correspondencia con este razonamiento, se deduce que todas las características atribuidas al cholo son parecidas a las del blanco quien moralmente se ha mestizado en el país.

c) La mujer boliviana.

El papel que desempeñan la mayoría de las mujeres en el desarrollo del país es insignificante:

> En Bolivia la mujer aun no se siente solidaria de ese movimiento general que hoy exalta las energías de las otras mujeres, cuya particularidad consiste en invadir círculos hasta hace poco considerados como privativos del hombre, y no aspira ni aun remotamente a salir de la limitadísima esfera en que la han encerrado, primero, la absoluta falta de educación, y, en seguida, cierta pereza o indolencia proveniente del medio inhospitalario a las corrientes modernas de actividad, cualesquiera que ellas sean. (PE, p. 510)

A la mujer boliviana, nos comunica Arguedas, le atraen más lo material y sus vanas exterioridades que lo intelectual; ni siquiera el hogar que es la "fuente eficacísima de cultura" (PE, p. 511) le cautiva; por el contrario, le es hostil. Las jóvenes son recatadas y piensan que el lujo substituye a todo: la sinceridad, la espontaneidad y franca alegría; y la seducción se hace efectiva a 'la sola guiñada'. Esta idea de que una buena vestimenta suple a todo, fue introducida por la mujer de descendencia mestiza, quien, para penetrar las altas esferas sociales, tuvo que recurrir a este medio. Por lo tanto, el autor está convencido de que una aristocracia verdadera no existe en Bolivia; el dinero y la política son los factores más importantes en la determinación del éxito social. Refirién-

dose a la aristocracia boliviana comenta con un tono un poco burlón lo siguiente:

> ¡Nuestra alta aristocracia!
> Perdióse -lo hemos dicho-, la de la sangre, esa que, en cantidad exigua, nos vino con la conquista. Llámase ahora aristócratas a quienes llegados a las esferas políticas, disponen de influencias, y que no por eso constituyen la aristocracia intelectual, o a los que, enriquecidos de cualquier modo, tienen el poder del dinero, fuerza y palanca que, si mueve muchas cosas, no lo suple todo, como es creencia en ciertas clases de ricos. (PE, p. 515)

La fascinación por el dinero y el favoritismo hacia los individuos que lo poseen se hacen notorias en todas partes, así por ejemplo, en los colegios religiosos las profesoras demuestran gran parcialidad cuando se trata

> de amparar y disimular las faltas de las hijas de los ricos y mostrarse quizás demasiado severas con las de los pobres. Los mejores premios se reparten entre las primeras, sobre todo si su parentela goza de influencias políticas o hace parte de alguno de los poderes; y comienza la niña a crear diferenciaciones arbitrarias cuya base es el dinero y a sentirse aguijoneada en su vanidad y deseosa de alternar sólo en los círculos aristocráticos o distinguidos. (PE, p. 513)

Lo único que se obtiene de la educación es un amor propio exagerado y un fanatismo intolerante. "No hay acto, no hay situación en la vida de una mujer en que no se mezcle, si no la madrecita el confesor" (PE, p. 513).

La mujer boliviana posee muy pocas ambiciones; se contenta con "un esposo que le compre un par de vestidos al

mes y la lleve a los bailes del club" (PE, p. 514). A pesar de todos estos infortunios y faltas, que son el efecto de muchos factores sociales, la mayoría de las mujeres son abnegadas, comprensivas y cariñosas con sus hijos y demás miembros de su familia; por consiguiente, estos nobles sentimientos forman parte de su riqueza intelectual. Arguedas se lamenta que la hija, madre y esposa no gocen de los conocimientos prácticos de la vida y de los deberes que ésta le adjudica, pero reconoce que después de la guerra del Chaco se operó un cambio radical y la mujer se mostró más liberal, deseosa de ganar dinero, de educarse y de independizarse. La labor que el régimen liberal prestó al país contribuyó también en el acrecentamiento educacional de la mujer. Estas transformaciones, para el autor, son importantes, y si se quiere, necesarias puesto que "es imposible que haya cambios radicales en una sociedad cuando las mujeres no cambian, porque ellas forman el alma del niño y es en el hogar donde primero se operan las transformaciones más profundas" (PE, p. 520). A pesar de todas estas actividades y cambios, las mujeres de las altas esferas sociales continúan preocupándose por la moda y la chismería a las que se pueden añadir sus nuevos gustos por el juego y el teatro. Estos entretenimientos, según el

autor, "balancean hoy sus preocupaciones por la cultura y el estudio" (PE, p. 522). Para él esto no significa adelanto, sino atraso ya que el apasionamiento de las damas "por el juego y la pantalla equivale, después de todo, a volver a esa preocupación dominante de las cintas, de los trapos ..., o sea, volver a la pobre, lamentable, terrible frivolidad..." (PE, p. 524).

d) Los principales vicios sociales.

En la opinión de Arguedas las principales causas de la degradación física son: el alcoholismo, el juego, la falta de higiene y la deficiencia en los artículos de primera necesidad debido al descuido de los bolivianos en facilitar mejores vías de comunicación.

El alcoholismo es tal vez uno de los peores males que aqueja al país. El poblador intenta huir de la realidad buscando refugio en la bebida, que le hace olvidar todo, "hasta algo indispensable, como es el comer" (PE, p. 524). La cantina, en Bolivia, es el negocio más lucrativo y el alcohol es la "principal fuente de las rentas nacionales y origen de las fortunas privadas" (PE, p. 525). La cantina desempeña varios papeles: es el centro de reunión, de turbación y sobre todo el confesionario de las debilidades ajenas. El consumo alcohólico está reservado para el

elemento masculino, pues, la mujer bebe en raras ocasiones y cuando lo hace es discreta y moderada. De todas formas, Arguedas se muestra optimista cuando ve que en la patria se está operando un cambio evolutivo en el campo de los deportes, los cuales logran crear nuevos "hábitos de disciplina, noción de responsabilidad, deberes de ayuda mutua y de solidaridad" (PE, p. 531).

Al vicio del alcohol le acompaña el del juego, el cual le fascina al individuo y le hace olvidar toda responsabilidad para con su familia. En Bolivia no se juega por el simple hecho de distraerse, sino de ganar exuberantes sumas de dinero. El que pierde una cantidad substanciosa siente cierto resentimiento hacia su émulo, pero el tiempo se encarga de curar cualquier herida; existen otros casos en los que el individuo pierde toda su fortuna mas sabe resignarse sin tener que contristarse. "En Bolivia -según M. Grandidier- no hay ejemplo de un suicidio por una fortuna perdida en el juego: he ahí la sola filosofía del país" (PE, p. 529).

e) La educación.

Como se ha visto en el caso de la mujer, Arguedas ve que la educación del país es deficiente. Culpa primeramente a los salarios exiguos que reciben los profesores y

a la carencia del material pedagógico. A esto se añade la actitud disipadora y perezosa de los estudiantes, quienes, no obstante, se gradúan de bachilleres y emprenden una carrera universitaria a exigencia de los padres. El autor boliviano siente congoja al observar que las universidades cuentan con un limitado número de facultades, lo que impide alcanzar el progreso del país, especialmente en el campo técnico, puesto que la competencia entre la plétora de abogados, médicos y teólogos es indubitable (PE, p. 428). La enorme desigualdad existente entre la clase popular y privilegiada tampoco favorece el adelanto del país:

> Para que un pueblo tenga conciencia de su valer, es necesario que la mentalidad emane de la masa, que la luz surja de abajo, y con esto no quiero decir de mentalidad creadora ni de luz anunciadora o guiadora como la de Belén, sino de facultad observativa, de instinto de perfección, de posesión de conciencia, en fin, sola condición indispensable y necesaria a esos arranques de crecimiento, de acción, de lucha y de reacción. (PE, pp. 582-583)

Según Arguedas los males de la inteligencia no afligen menos que los del cuerpo. Las Bellas Artes no se estudian ni se aprecian y, por lo tanto, no existe una literatura y arte nacional. Los bolivianos imitan a los autores franceses y españoles en vez de concentrarse en temas de sus alrededores; en cualquier instante prefieren loar lo desconocido que las modalidades suyas. El autor reprimenda a sus

compatriotas por no reconocer los valores culturales y artísticos de las obras nacionales. Echa la culpa a los políticos quienes muestran poco interés e incomprensión en la conservación de estos tesoros (PE, pp. 591-592). Creen que el arte y la literatura son pasatiempos de gente ociosa y acaudalada; para ellos lo vital es "ser práctico" (PE, p. 591), a lo que agrega Arguedas: "El arte en los pueblos hispanoamericanos, y en unos más que en otros, es la utilidad, pero en su aspecto más fácilmente perceptible" (PE, p. 591). Esta falta de apreciación e interés creador del arte y de la literatura nacional se debe también a la deficiencia educacional. Todo literato determinado y perspicaz logra sobresalir gracias a su audacia, la que va acompañada de su mérito. La solución a este problema está en la educación; Arguedas piensa que ésta ayudará al boliviano a darse cuenta de su riqueza cultural y, más que nada, sabrá comunicarla y apreciarla.

f) La empleomanía.

Una de las singularidades del carácter indoespañol es la empleomanía; todos viven afanados en conseguir un empleo público para complacer así su codicia. Arguedas censura el comportamiento poco escrupuloso de los funcionarios que disponen caprichosamente de los fondos econó-

micos. Piensa que "la moral social ... está descarriada en Bolivia" (PE, p. 463). El trabajo, por lo general, le causa dolor al boliviano; tanto la pereza física como intelectual trascienden. El trabajo "paciente y ordenado no tienta ni seduce" (PE, p. 466), se interesa únicamente en obtener una gratificación extraordinaria por la labor prestada, deduciéndose así que el trabajo es accidental:

> En la tienda del comerciante nacional se charla, se cambian opiniones, se discute política, se bromea entre el vendedor y el comprador. Eso de hacer negocio en breve tiempo, con palabra grave, prestamente, allí no se conoce. El comprador necesita que se le maree, se le convenza, haciéndole entrar por los ojos el valor o la utilidad de un objeto o de una mercancía. (PE, p. 466)

g) La política.

En conformidad con Arguedas tanto el medio geográfico como la raza son las causantes por las que Bolivia lleva una "vida sin relieve y llena de agitaciones estériles y destructoras en el campo de la política" (PE, p. 538). De aquí que durante los cien años de independencia Bolivia estuvo gobernada por un número increíble de mandatarios[19] entre los cuales existieron muy pocos hombres de principios morales. Refiriéndose a las actividades políticas, el autor boliviano observa que éstas se hallan subordinadas por las ambiciones personales y una vez que la pasión por

la política se acrecenta, no sólo empequeñece el cerebro del individuo, sino que finiquita cualquier sentimiento generoso que posee. Las luchas políticas no son otra cosa que luchas de clases sociales que pugnan por alcanzar el poder. Guillermo Francovich, en su comentario sobre este tema escribe:

> Los principios y los programas políticos no son sino la máscara con que se disfrazan los intereses subalternos de grupos o individuos. Las armas que se emplean en la lucha no son los méritos o la capacidad de las personas sino la habilidad para el asalto del poder o para el engaño de las multitudes abúlicas y desatentas.[20]

En Bolivia "mandar" significa "explotar" (PE, p. 580). El presidente o caudillo apenas asume el poder hace del régimen un depósito de vergonzosas complacencias y justamente con el numeroso séquito de familiares y protegidos se dedica a usufructuar del tesoro público. Antes de alcanzar méritos trata de ganarse la confianza de la plebe, para así evitar que otro político le escamotee el apoyo popular. Logra este propósito gracias al fingimiento, es decir, que por un instante les considera sus iguales. Todo individuo que llega a gobernar el país no lo hace por elección política o lucha de ideas, sino por su poder sugestivo, la inercia de las cosas y finalmente la apatía de los hombres. El gobernante, por atavismo, ansía sobresalir en toda oca-

sión (PE, p. 579). La mayoría de estos gobernantes desean conservar el poder, no para conquistar los laureles de la historia, sino por el placer de mandar y figurar. Esta ostentación vanidosa del aparentismo cambia con el tiempo, mas los sentimientos se mantienen iguales; así, por ejemplo, el caudillo del pasado, con motivo de llamar la atención, recurría a los "cascos emplumados", a las "corazas relucientes", y demás prendas caballerescas; hoy se valen del "lente fotográfico, del cinema ... los timbres de correo, y los lanzan a rodar por el vasto mundo, muy satisfechos de su proeza, que en el fondo es pobreza" (PE, p. 580). Muy pocos son los hombres honrados que por su propio valer alcanzan una situación respetable y cuando lo logran "no hacen alarde de sus éxitos ni de su poder, sino que, al contrario, son llanos, simples, porque sienten que no es el favor ni la fortuna la que les ha hecho sobresalir ... sino las fuerzas que hay acumuladas en ellos, sus disciplinas morales..." (PE, p. 580).

La oratoria es una de las preocupaciones más fecundas del político, quien se halla afectado "de onomatomanía o de verbomanía" (PE, p. 473). Al hablar de la mentalidad, cultura y educación de los oradores Arguedas percibe que éstas no difieren mucho de las de la masa popular, razón

por la cual

> todo lo que a la masa seduce e impresiona repercute con simpatía en el alma de sus representantes en la comuna o en el parlamento. Y entonces éstos no tienen sino un solo empeño y una sola ambición: ganar a esa masa, atraerla, seducirla porque saben que su adhesión significa prestigio, popularidad, o sea, en suma, volumen electoral, que dicen los políticos, lo que a su vez entraña la segura perspectiva de un brillante porvenir político, que allí se confunde con un empleo bien rentado. (PE, p. 474)

Consiguientemente, la oratoria no es nada más que el "producto de la poca cultura, o más bien, de la superficialidad de la cultura. Nace por contagio" (PE, p. 584). La falta de honradez y probidad por parte de los oradores afecta de un modo u otro a la comunidad, entre cuyos miembros pocos se dan cuenta de la mentira y del engaño de que son víctimas. La ignorancia del diputado le hace actuar de manera simulada y perjudicial para con el país. Como a todo político, le gusta imponerse y lucir delante de los espectadores; finge llevar una vida eufórica aunque en el fondo se halla contaminada. La vida boliviana se desliza sin grandes preocupaciones ni audaces aspiraciones y, por lo tanto, las únicas novedades y entretenimientos están constituidos por las luchas partidarias y las fiestas, las cuales pueden ser consideradas como una institución política. Estas fiestas, se realizan con el pretexto más insignificante y

siempre resultan en verdaderos holgorios y en medios de propaganda política. Se convierten, además, en centros de agitación, cordialidad y lamentable alcoholismo. Arguedas, en Vida criolla, nos pinta un cuadro más vivo de estos acontecimientos.

El autor boliviano encuentra que la fama del político dura mientras ocupa su cargo porque "no es el hombre quien honra la función, sino la función la que honra al hombre, le da valor y relieve" (PE, p. 582). Al mencionar la corrupción militar, el autor cree que esta nace

> 'de la descomposición social' y lleva desarreglado el normal equilibrio de sus facultades porque se enamora de principios abstractos, de puras ideologías, y se olvida del hombre real con sus pasiones, sus tendencias, sus necesidades y sus apetitos. Es el tipo de las fórmulas y de los axiomas, de reglas y de principios hechos para servir como pasto ideal o principio ideológico de novísima política al hombre de la calle, y, por medio de ese hombre simple cándido e ignorante, encumbrarse él, subir, progresar, enriquecerse. (PE, p. 602)

El militar mientras ocupa un cargo ordinario persigue causas nobles, se muestra desinteresado y abnegado pero cuando tiene la oportunidad de llegar al poder su comportamiento cambia, se vuelve angurioso, cobarde, ambicioso y despreciable. La carrera militar en Bolivia es la única que procura el sustento seguro, la respetabilidad, honores y aun ciertas consideraciones sociales. Estas facilidades atraen la

atención de toda clase de gentes y en consecuencia "la carrera militar, como el periodismo, la judicatura, la enseñanza, la política y todo, se ha ido acholando, aplebeyando, ordinariezándose..." (PE, p. 612). Arguedas confía en la rehabilitación de los militares, acto que devolverá "algo de lo que le deben al país y reintegrarán,con fuerzas morales, los bienes materiales que perdieron [en la guerra del Chaco]" (PE, p. 616).

h) La prensa.

Entre otro de los factores que afectan a la comunidad se encuentra la prensa, la que "no responde a sus primordiales fines eminentemente educadores" (PE, p. 485). Arguedas afirma que la prensa "es vivo reflejo del medio en que se produce" (PE, p. 494). Compara el propósito de la prensa de los países desarrollados y atrasados y, al hacerlo, ve que en los países cultos, ésta se impone por su directiva intelectual y por su objetividad en crear interés entre los ideales colectivos, mientras que en los países pequeños los periódicos son inferiores, "vulgares, ordinarios o de chantage, donde cada redactor defiende su puntito de vista, estrecho como el horizonte de su campanario" (PE, p. 494). La repetición de los mismos sucesos superfluos crean un ambiente inverosímil y "un espíritu superficial y poco

curioso, un ansia de cosas sin valor, o sea, eso que llama Unamuno 'la tonteria colectiva', la peor sarna de las sociedades" (PE, p. 495). Una de las mayores preocupaciones que le aqueja al autor es el "insomnio mental" (PE, p. 495), en que se hallan sumergidos los individuos.

La prensa, en pocas palabras, está desprovista de honradez y seriedad: "Todo lo agranda hasta la deformidad" (PE, p. 501). Engendra la mentira que juntamente con sus disfraces y derivaciones, exageraciones e hipocresías es el vicio más horrendo que afecta a la sociedad. Sin embargo, los miembros de esta sociedad no se dan cuenta de este mal porque carecen de una aptitud analizadora. En Bolivia, simplemente "el pueblo lee y cree" (PE, p. 507). Nadie se atreve a desafiar las ideas del redactor, mostrándose, en vez, sumisos y hasta pusilánimes.

En Pueblo enfermo Arguedas no muestra la realidad del país de modo pesimístico, sino que trata de describir todos los males bolivianos con motivo de sacar al país del marasmo en el que se encuentra. Recientemente, la labor de Arguedas ha sido evaluada con más objetividad. "Se acepta hoy que su empeño no fue destructor, sino reformador, cumpliéndose así la pedagogía en que él mismo se formó:

'la letra con sangre entra'".[21] Pueblo enfermo ha contribuido en el mejoramiento del país y seguirá contribuyendo hasta que todos los males desaparezcan. Según Carlos Medinaceli:

> El criterio liberal individualista, los prejuicios raciales y el sociologismo 'moralizante' y 'moralista' con que fue escrito Pueblo enfermo hoy en día están ya superados. Por ello nos resulta 'inactual', pero en algunas de las 'taras nacionales' señaladas con valentía por Arguedas, ellas conservarán, aún su valor de antaño, son 'actuales'. Mientras no dejemos a un lado la estéril 'facundia' y no nos aqueje ya 'la tristeza del bien ajeno', los males estigmatizados por Arguedas, han de persistir. Y en este aspecto, lo de 'pueblo enfermo', aún ha de prolongar su anacrónica actualidad.[22]

## B. HISTORIA DE BOLIVIA

En su Historia de Bolivia[23] Arguedas emplea la misma técnica crítica que en Pueblo enfermo,[24] aplicada a los acontecimientos y a los hombres. Quiso describir el medio, los ideales o aspiraciones de los hombres representativos, y la actuación de la masa, tanto en la vida privada como pública y al hacerlo descubrió que las causas de los desastres nacionales son morales y que Bolivia se encuentra enferma y es necesario someterla a un tratamiento;[25] consecuentemente, adopta la actitud del profeta denunciador y moralista.[26]

Arguedas al escribir la <u>Historia de Bolivia</u> lo hizo con circunspección, tenacidad, y se despojó de toda parcialidad para concentrarse en mostrarnos la realidad del país:[27]

> lo único que proclamo con profunda convicción, es que he tratado de mostrarme lo más circunspecto posible en mis juicios, y que mi constante deseo es aportar el mayor número posible de datos y documentos inéditos para el mejor conocimiento de la época que describo. (HB, pp. 456-457)

La <u>Historia de Bolivia</u>, lo mismo que su ensayo <u>Pueblo enfermo</u>, fue objeto de criticismos positivos y negativos,[28] mas Arguedas sabe que su "pluma, si puede equivocarse y posiblemente se equivoca, jamás engaña" (HB, p. 457).

Antes de enfocar las causas principales que afligen al país conviene trazar una veloz síntesis histórica. El primer libro de la <u>Historia de Bolivia</u> se intitula <u>La Fundación de la República</u>; en éste el autor nos describe la época de la emancipación, período en el cual Chuquisaca fue el centro "acaso más intelectual de América" (HB, p. 26). Fueron los doctores y letrados de este departamento quienes iniciaron la revolución emancipadora, mas su generación llegó mermada a la Independencia y fue el resto de ésta misma, formada por individuos incapaces, la que inauguró el destino libre de la nación. La falta de hombres preparados, desde la inde-

pendencia de la nación, colaboró en las revoluciones y empobrecimiento de la misma. Arguedas en su segundo libro titulado Los caudillos letrados (1828-1848) se refiere al efímero gobierno de Blanco, sucedido por Velasco, Santa Cruz y Ballivián, período en el que tomaron lugar la organización y la consolidación del país como estado independiente. La plebe en acción (1848-1857) abarca el gobierno de Isidoro Belzú y Jorge Córdoba, quienes contaron con el apoyo de las masas constituidas por la clase chola. Belzú se consideró "el mártir de la democracia", pero, de acuerdo a Arguedas, él tenía su propia interpretación del ideal democrático: "exaltar la chusma con el exclusivo objeto de mantenerse en el poder" (HB, p. 535). El siniestro gobierno de este personaje no fue otra cosa que el producto legítimo del medio, deficiente en elementos de cultura. La dictadura y la anarquía (1857-1864) está consagrada a la gestión dictatorial de Linares y Achá. El autor admira la labor de Linares quien emprendió una enérgica acción de reforma moral, mas fue combatido sin descanso y derrocado por sus propios ministros. Los caudillos bárbaros (1864-1872) comprende el despótico gobierno de Melgarejo y el de su sucesor Morales. La guerra injusta (1872-1880)[29] se refiere al

mando de Adolfo Ballivián, en cuyo tiempo empezó a agitarse la cuestión con Chile. En este período cabe el gobierno de Tomás Frías, Hilarión Daza y Narciso Campero. En La política conservadora (1880-1898) y La política liberal (1898-1920), Arguedas comenta sobre el gobierno de los jefes de estos dos partidos.

En su Historia de Bolivia Arguedas presta atención a los golpes de estado, o sea, las revoluciones y las luchas civiles, sin preocuparse de mencionar los progresos de la nación. Como en sus demás obras, sólo quiere hacer resaltar los males por los que atravesó el país, con la esperanza de que la masa se imponga el deber de repararlos y encontrar las soluciones más idóneas. Enrique Finot, al discutir la Historia de Bolivia, nos dice:

> 'Es la historia pesimista' que él considera necesario exhibir, como remedio heroico para enrostrar al 'pueblo enfermo' sus errores y sus faltas.[30]

Sin embargo, Arguedas no examina todas las causas de las desgracias bolivianas. Se enfoca en el pueblo y sus gobernantes:

> La historia de Bolivia -dice- no ha sido hasta ayer, en síntesis, sino la historia de los caudillos y de sus pasiones porque no habiéndose realizado obra de construcción, de progreso material y moral, son los hombres únicamente los que aparecen, a lo largo de setenta años de vida nacional independiente, pe-

> rorando sin reposo, gesticulando trágica o grotescamente. (HB, p. 235)

El hombre sólo se preocupa por la política y desecha por completo el trabajo, la educación y sus disciplinas, actitud que perjudica enormemente al país, pues, "el hombre no es tan sólo un ente político o militar, sino social y económico, o, en otros términos, que el hombre en todas partes y siempre ambiciona, produce, crea y consume" (HB, p. 456). La falta de hechos tangibles es la prueba visible de la conducta mediocre de los gobernantes que destruyeron la posibilidad de cualquier mejora, anonadaron la labor de la nueva generación, y convirtieron a la historia en una "película de incoherencias, de escenas grotescas, trágicas y sangrientas" (HB, p. 455). Al ver que Bolivia, no obstante sus ingentes riquezas se mantiene en la pobreza, el desamparo y el olvido, Arguedas se pregunta cuáles son las razones principales de estas causas, y llega a la conclusión de que

> si un pueblo, en cien años de vida independiente y en un siglo donde todo se hace con rapidez, no avanza como entidad política y económica, ni manifiesta positivos progresos en sus instituciones, en su estructura interna, en su mentalidad, en las manifestaciones de carácter y de genio en fin, es porque ... está mal dirigido, es decir, mal gobernado, que es lo que precisamente trato de hacer ver en mi Historia. (HB, p. 455)

Por consiguiente, se ocupa principalmente de poner al des-

cubierto todos los errores en que se incurrieron para luego corregirlos y evitar así su repetición. De ahí que su historia es "la moral en acción" (HB, p. 456).

Desde el período de la emancipación, la política fue considerada como el arte de prosperar individualmente, motivo por el cual el país vivió en perpetua guerra[31] para permitir a sus gobernantes el logro de ese fin. El equilibrio y la paz social no existían ya que ni los gobernantes, ni el pueblo comprendía los deberes y derechos cívicos. Claro está que hubieron períodos de tranquilidad y adelanto; así por ejemplo, Santa Cruz persiguió un ideal político: la unificación de razas y la fusión de pueblos cuyas características eran similares; Ballivián quiso fomentar la cultura e instrucción del público; Linares quiso depurar el ambiente moral y Achá hacer efectivas las libertades. Pero los hombres de principios fueron muy pocos, pues, los caudillos ineptos supieron imponerse por la fuerza armada y privarle al país del elemento directivo.

<u>Los caudillos bárbaros</u> está considerada como la narración cumbre dentro de las demás descripciones históricas.[32] Arguedas pinta con vivacidad la trágica realidad de un pueblo dirigido por bárbaros en todo el sentido de la palabra; ilustra además, el sistema del caudillismo discutido en sus

novelas y Pueblo enfermo. El período de Melgarejo, para el autor, marcó una época de tristes realidades y crueldades, porque fue bajo la deprimente acción de este caudillo iliterato cuando se firmaron tratados que desmedraron gran parte del territorio y se desquició la vida libre del país con la colusión inconsciente de los individuos que egoísticamente le apoyaron. Melgarejo, en la opinión del autor es el representante típico de los gobernantes

> absurdos y grotescos, surgidos en horas de decadencia política o en aquellas que suceden a las tiranías despóticas que envilecen y amedrentan el espíritu público con abusos y castigos. (HB, p. 642)

En Los caudillos bárbaros no hay un héroe, ni siquiera la nación boliviana está retratada como heroica, por encontrarse en un estado de absoluto caos; Melgarejo puede ser considerado como un anti-héroe, o un villano por su sadismo y bestialidad. Como la mayoría de los políticos, Melgarejo llevado por su nulidad y ambición ni gobernó como era debido, ni creó valores permanentes, ni se preocupó de combatir, sino que se movió al ritmo de la época, persiguió riquezas, títulos y honores.[33] A la caída de Melgarejo se apoderó del mando Morales, otro soldado intemperante y ríspido que cometió los mismos errores que su antecesor; supo agitarse y causar daño a los demás individuos. Durante

este período el pueblo boliviano, todo decidido, agotó sus energías para dar fin al despotismo, pero sus empeños resultaron inútiles. Todas las revueltas que acaecieron causaron no sólo el empobrecimiento del país, mal que se dispersó con rapidez y ocasionó grandes estragos, mas la población boliviana disminuyó considerablemente y los pocos habitantes que quedaron vivían en pleno quietismo animal, carentes de cohesión moral y estímulos (HB, p. 643).

Con Ballivián y Frías existió un lapso de tranquilidad momentánea para caer, nuevamente, en manos del gobierno ignominioso de Daza, responsable del enclaustramiento del país.[34] La guerra civil, entonces, substituye a las revueltas y en ésta "se usan las armas comunes de la traición y el engaño" (HB, p. 643). Esta guerra civil, de igual manera, debilitó al país y afectó a los gobernantes y administradores. Los adeptos al caudillo decidieron reclamar sus derechos y premios, saliendo vencedores los más cínicos y serviles. También los hombres de negocios sufrieron grandes perdidas en sus fortunas privadas. El indio, por su parte, se mantuvo alejado de la política porque

> creado en la rutina, muere rutinario y el producto de su esfuerzo no hace avanzar al país porque es puramente mecánico, y falta en esa actividad la chispa de la inteligencia cultivada, del esfuerzo

> consciente desplegado con fines de solidaridad social. (HB, p. 645)

El relativo progreso económico también afectó a la nación. Los blancos y mestizos supieron atribuírse misiones elevadas, pero no trabajaron sino que medraron; los indios por medio de las labores agrícolas, hechas a fuerza de su herencia ancestral, colaboraron algo, mientras que los gringos aprovecharon de las máquinas e invenciones modernas para trabajar fuerte, ahorrar e irse "llevándose sus riquezas, sin dejar gran cosa en el país" (HB, p. 645).

El año 1879 es el más nefasto para el país. "Si social y económicamente andaba mal, políticamente -acerba Arguedas- era un perfecto desastre" (HB, p. 645). Bolivia se vió envuelta en una guerra con Chile de lamentables consecuencias; el capital extranjero emprendió su insidiosa labor de infiltración en el país; la nación se halló bajo el control de la oligarquía; y, finalmente, las instituciones yacían por los suelos y la propiedad moral no existía. Esto influyó en la conducta de los hombres, quienes vivían sin conocer ideales superiores; se encontraban dominados por el egoísmo, el interés, la vanidad, es decir, casi todas las pasiones que disminuyen la dignidad humana. A estos males, se agregaron otros de circunstancia como son: el

hambre, la peste y otras epidemias:

> La gente huye de un foco de infección para caer en otro peor. Y por los interminables caminos de ese país desierto se ven caravanas de gentes afiebradas y hambrientas que huyen dejando la ruta sembrada de cadáveres que con su putrefacción vienen a aumentar la virulencia del mal. (HB, p. 646)

Esta guerra, sin embargo, sirvió de lección a los bolivianos, quienes precisamente ahora se dan cuenta del papel funesto que desenvolvieron los militares iletrados, quienes tratan de abominar este suceso "con la misma repulsión con que la gente limpia y sana mira hoy las enfermedades engendradas por el descuido, la suciedad y la desgracia" (HB, p. 646).

Otro de los males que afectó al país fue la falta de fuerzas de valor positivo, es decir, la riqueza económica y los principios morales. Arguedas urge que se haga algo al respecto:

> La riqueza atrae imigración, crea cultura, y con la cultura nacen las aristocracias pensantes y de rango sin las cuales no es posible conseguir ningún progreso, porque la chusma constituye el cuerpo social y nunca tiene acción directiva, pues no se piensa con los brazos, las piernas o el estómago, sino con la cabeza. (HB, p. 1091)

En suma, Arguedas opina que el adelanto del país no se podrá alcanzar mientras las pasiones alborotadas y el sistema de complacencias prevalezcan en los políticos; es la honradez[35] de estos seres en "desarrollar una política de

unión sagrada y de mancomunidad de aspiraciones, la sola que de pronto puede salvarnos" (HB, p. 1094). Hay que tener fe en el futuro, dice el autor, puesto que

> el tener fe en la vida y en el porvenir es gran fuerza, aunque se viva en tiempos de tristeza, pues los males políticos son fatalmente pasajeros, porque, cuando más, están limitados a la vida de los agentes que los producen y no hay que tomar pie en ellos para mirar cubierto de brumas el porvenir. (HB, p. 1094)

C. <u>LA DANZA DE LAS SOMBRAS</u>

Bajo el título general de <u>La danza de las sombras</u>[36] recoge Arguedas las impresiones de su vida que son el producto de su acucioso diario que llevó desde 1901 hasta 1946.[37] En sus páginas describe con lujo de detalle los acontecimientos[38] "que pasan como sombras, sobre la enorme pantalla de la vida" (DS, p. 627). Arguedas en las primeras líneas de su trabajo, explica el origen de esta obra:

> Desde muy joven he caído en la manía pueril y presuntuosa de tomar notas sobre los hechos, los hombres y las cosas ordinarias de la vida; y las notas, al cabo de años, han llegado a formar una enorme montaña de papel que me propongo ir devastando... (DS, p. 627)

Durante su vida tuvo la oportunidad de viajar y observar al paisaje y la gente con sus diferentes costumbres y culturas. Vivió varios años en el extranjero; sin embargo, muchas de

las páginas de este libro se refieren a los incidentes que ocurrieron en Bolivia durante su ausencia, lo que indica la perpetua preocupación del autor para con su tierra natal. Arguedas desde la lejanía, contempló a Bolivia, con ojos interiores, impregnados de nostalgia y dolorosa espectativa. Según Eduardo Guerra:

> El pasado, el presente y el porvenir de su patria embargan su pensamiento y dan a su acción de hombre de letras un sentido de preclaro bolivianismo, ajeno a toda limitación nacionalista, ya que, a fuerza de profunda, hay en su obra un eco de continentalidad hispanoamericana.[39]

Arguedas no fue una persona comunicativa y, más bien, se destacó por su quietismo, actitud soñadora y tímidez. Como lo dice Luis Alberto Sánchez, "su vehículo fue la pluma; su expresión, la escritura; su plataforma, la historia; su vocación la de misionero o novelista".[40] Por consiguiente, este diario le sirve de subterfugio para comunicar sus pensamientos y sentimientos más íntimos.

En la primera parte de la obra "La faena esteril", el autor boliviano comenta sobre su vida como escritor; confiesa que escribió acerca de Bolivia por deber y "sano patriotismo" (DS, p. 640) de manifestar que se viesen los males que no permitían el progreso nacional:

> El mérito de mi libro, si tiene alguno, estriba en esto sólo: encerrar un fervoroso amor por la tie-

> rra y ser el primero y el único que se escribió con un plan y un método de razonamiento lógico para explicar las causas de nuestro estancamiento en las rutas del progreso. (DS, p. 640)

Eduardo Guerra afirma que Arguedas "siente a la patria en carne viva y es, a su manera, constructor e inconoclasta".[41]

Alcides Arguedas dedica su atención en el libro segundo, titulado "La política y la guerra", y la mayor parte del primero, "Literatura y viajes", al tópico que le inquietó e interesó en grado superior: la política. En su opinión la mayoría de los problemas y el atraso nacional derivan de la inestabilidad de los caudillos y gobernantes, y de las revueltas de orden político: "El pueblo que ha vivido con mayores revoluciones en América es el más atrasado o de menos progreso cultural, económico e industrial" (DS, p. 934). En la sección títulada "El desbarajuste político en América" escribe acerca de los males que aquejan a los pueblos de la América Morena demostrando así que Bolivia no es el único pueblo enfermo. El Libertador Simón Bolívar ya lo dijo,

> "La América es ingobernable, los que han servido a la revolución han arado en el mar. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar. Estos países caerán infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para pasar después a la de tiranuelos imperceptibles, de todos colores y razas, devorados por todos los crímenes y extinguidos por

> la ferocidad. Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de la América". (DS, p. 890)

Siguiendo el mismo método empleado en Pueblo enfermo, examina brevemente los problemas geográficos y raciales de México, Cuba, Venezuela, Perú, Brasil, Ecuador, y Argentina.[42] Sus comentarios se ajustan principalmente a la carrera política de los líderes de cada uno de los países ya mencionados y en sus investigaciones, descubre que el "gobernar con los suyos" no es característica única de los caudillos bolivianos. La política en la América es un negocio lucrativo que no exige ni sacrificio, ni responsabilidad; existe la hipocresía y ésta se rige por la ley de la oferta y la demanda.

El Uruguay y Colombia forman otro grupo, el de los "pueblos felices" (DS, p. 933) por llevar una vida de relativo orden y ser libres de toda depravación política. Los comentarios acerca de Colombia son prolijos, puesto que Arguedas convivió con la gente colombiana mientras desempeñaba el cargo de Ministro Plenipotenciario. Se interesó por el paisaje y los habitantes de Colombia, pero como de costumbre le atrajo la política. Durante su estancia en el país presenció la caída del partido conservador, el cual se mantuvo en el poder por un período de cincuenta años, y fue

esta derrota la que contribuyó al cambio radical del país en vías del progreso. Arguedas siente inmensa admiración por Colombia donde el talento, la iniciativa y la inventiva del poblador se hacen patentes; además, observa la actuación honrada de los políticos que facilitan el "orden, disciplina, cultura..." (DS, p. 802). Nota la influencia que la Iglesia desempeña en la política colombiana y a pesar de su anticlericalismo comenta:

> Lo que hace que este país marche con orden y ofrezca un conjunto armonioso frente a la desorganización y al desconcierto de la mayoría de nuestros pueblos de estirpe hispánica es que el clero es ilustrado, moral, parco, patriota y hasta liberal, en último caso, porque nunca se ve aquí choque brusco de opiniones, ni lucha de sectas, ni la ciega y bárbara intolerancia. (DS, pp. 761-762)

Con respecto a la actuación del clero en Bolivia, Arguedas denuncia al cura por ser el causante del fanatismo religioso entre las mujeres y por explotar todos los bienes del indio; pero nunca menciona la participación de la Iglesia en los asuntos políticos del país; en esto Colombia difiere de Bolivia. Arguedas admira también la integridad de la prensa colombiana en comparación con la boliviana donde todavía predomina la negligencia. No obstante, todas estas cualidades, Arguedas encuentra faltas graves:

> Lo que hay de veras grave en este país, lo que

> algún día ha de provocar acaso profundos sacudimientos sociales si los políticos y estadistas no saben abrir los ojos a la realidad, es que entre la masa del pueblo y las clases dirigentes de la política, del comercio, de la banca y de la industria, se abren abismos inmesurables de diferencia, los cuales concluyen siempre por borrarse a la fuerza cuando no se ha tenido el tino de ir cegándolos paulatinamente con medios eficaces que dependen de la pedagogía y de la moral. Aquí, como en Bolivia hay impresionantes diferencias de nivel social. (DS, p. 763)

Ve los estragos que la pobreza ocasiona; critica la falta de puntualidad y las falsas promesas de los colombianos y acerba que el alcoholismo es la peor tàra (DS, p. 764).

Después de este breve estudio acerca de la situación política en la América Morena, Arguedas concentra su atención en Bolivia. "Se siente el mismo treno moralista y rebelde que en sus obras, agravado por el ademán del patriota siempre angustiado o angustiador".[43]

En "El calendario grotesco: La política" se detiene a describir el triunfo del partido republicano en Bolivia, el cual juntamente con los demás partidos no se diferencian por su estructura y existían únicamente en teoría. El político se enamora de las teorías, pero no es un convencido sino en la apariencia y sólo recurre a ésta para soliviantar a las masas y, con su ayuda, alcanzar los fines materiales que persigue. Según el autor, las pasiones e ideales de los partidos se mantienen en el silencio del olvido, dando

a las cosas un aspecto de desolación que no consterna a nadie porque la mayoría o no se dan cuenta de ello o no lo ven. Estos partidos, a menudo, periclitan, pero se sobreviven a sí mismos, sin tener nada que ofrecer a las masas. En el transcurso de la narración discute la actuación de las personalidades más destacadas del partido: Saavedra, Escalier y Salamanca; censura a Saavedra por su irresponsabilidad y más que nada por el abandonamiento de sus principios morales, pues, se sabe que Saavedra apenas asumió el poder perdió el sentido de la mesura y se mostró incapaz de limitar razonablemente sus pretensiones. La política, conforme a Arguedas, tiene efectos contaminadores, inclusive en los individuos honrados.

Al comentar sobre la guerra del Chaco, Arguedas continúa reprochando la miopía y falta de previsión de los políticos que llevaron al país a la catástrofe de la guerra (DS, p. 1036). La falta de técnicos y hombres de estudio contribuyeron en esta tragedia, donde "faltó previsión, faltó cálculo, faltó estudio, es decir, faltó talento para decidir" (DS, p. 1041). Arguedas se opuso a la guerra; predijo que la lejanía del escenario bélico, el calor sofocante y el tormento de la sed, debido a la escasez del agua, serían los peores enemigos del soldado. Además, le pertur-

bó la actitud de los franceses, quienes favorecieron la causa de los paraguayos, al enterarse que el general Kundt -oficial aleman- estaba a cargo del entrenamiento de las tropas bolivianas. La Argentina y el Brasil también apoyaron a los paraguayos con motivo de proteger sus intereses petrolíferos en la región del Chaco. Tomando en consideración todos estos factores, Arguedas prefería que se encomendara el asunto a una corte arbitraria, formada por representantes de los países neutrales de la América. Expuso su punto de vista a los oficiales bolivianos, pero no consiguió ninguna reacción benévola.

Como se ve, es en La danza de las sombras, en el libro cuarto, titulado "La terapéutica nacional",[44] donde el autor boliviano sugiere algunas soluciones esenciales para combatir los males americanos y con preferencia, los bolivianos. Antes de discutir sobre estos males, ya sean geográficos, raciales, sociales, políticos o históricos, advierte que los paliativos no se deben buscar fuera, sino dentro del país mismo. "Cada país -dice- debe, pues, examinar sus particularidades de la hora y adoptar medidas que encajen a sus necesidades de momento" (DS, p. 1102). Refiriéndose al problema de los medios de comunicación, el autor urge se faciliten los transportes mecánicos y se abran caminos

por donde existan núcleos importantes de poblaciones, de modo que las riquezas del país no se malgasten. Llama la atención que esta idea tan simple resulte difícil de comprender, pero "las ideas más simples parecen las más inaccesibles" (DS, p. 1111). El problema étnico, como ya se dijo, es de capital importancia en el país. El misoneísmo del campesino indígena, por ejemplo, se solventará "cuando el agricultor pueda percibir de inmediato los beneficios que procura la aplicación de sus esfuerzos en las labores esenciales del campo" (DS, p. 1109). De aquí que el problema nacional más importante es el pedagógico. Existe la urgencia de fundar escuelas para "preparar una _élite_ conductora que oriente por otros cauces las energías del país" (DS, p. 1104), ya que, "sólo se gobierna por las ideas; el progreso no es sino el producto del saber, del mejor saber. Nada nace de nada, nada se hace sin saber" (DS, p.1104). La educación es la única que llegará a modificar los elementos que se oponen en el logro del adelanto nacional y a transformar "la inmoralidad profunda y la falta de preparación del elemento que domina, la corrupción patente del elemento dominado y la nulidad de la raza indígena, elemento dominante" (DS, p. 1103).

Como en _Pueblo enfermo_, Arguedas pone énfasis en el

papel que desempeña la juventud en el futuro de Bolivia; nuevamente reitera el ruego de Joaquín Costa[45] de "crear hombres, hacer hombres" (DS, p. 1120). Bolivia necesita "hombres de voluntad orientada, de carácter firme como el granito de nuestras montañas; hombres prácticos, honrados y activos; hombres pensadores y buenos" (DS, pp. 1120-1121). La responsabilidad del progreso nacional está en manos de la juventud, es deber de los mayores de guiarla por la senda de la virtud, y de los jóvenes de actuar con energía y voluntad disciplinada en el amor al orden y al bienestar general. Arguedas para reforzar estas ideas menciona el papel que desempeñan algunas de las juventudes europeas en el adelanto de sus países.

En cuanto a la política, Arguedas piensa que el remedio es simple. Primeramente, se debe "ampliar las prerrogativas del legislativo y restringir las del ejecutivo para hacer menos absorbente, menos preponderante, la acción del Presidente de la República" (DS, p. 1112), y luego dice,

> El remedio sería más radical todavía si se supiera, sobre todo, que el Presidente no puede cambiar nada ni menos nombrar a su arbitrio los empleados públicos, facultad que le permite practicar con holgura ese desastroso sistema de gobernar "con los suyos" y que tanto daño ha causado al país.
>
> El solo medio eficaz de matar el sistema es declarar inamovibles a los empleados públicos y que sólo puedan ser relevados de su empleo por faltas

> visibles o por sentencia de los tribunales, y establecer, a la vez, rigurosamente, el sistema de los ascensos por competencia y tiempo de servicios. (DS, p. 1113)

Arguedas, a continuación, ofrece otras sugestiones, urge "declarar irreelegibles a los representantes, para matar el profesionalismo político y aliviar las cargas del tesoro público" (DS, p. 1113). Está de acuerdo con el empleo de las medidas draconianas; de quitar el derecho del voto a los analfabetos y de anular la elección del cohechador. El prestigio del país, según el autor "se funda en el orden y la prosperidad interiores y sale fuera por el ejemplo de sus virtudes y la acción de sus agentes" (DS, p. 1114), lo cual no ocurre en Bolivia, donde todavía predomina el favoritismo, nepotismo y partidismo en la suministración de cargos diplomáticos. Arguedas indica la necesidad de saber cómo educar y escoger a los diplomáticos, ya que la diplomacia,

> para poder ser practicada con precisión y utilidad y producir frutos positivos se precisa la reunión en un solo hombre de tres elementos indispensables: talento y supremo don de gentes, estudios teóricos y prácticos y empleo de idiomas extranjeros. (DS, p. 1115)

El diplomático, en pocas palabras, debe ser, por antonomasia, un individuo culto, observador y distinguido, que sepa defender a su país e inspirar confianza en las naciones extranjeras.

Refiriéndose al ejército, Arguedas admite que la utilidad de éste en Bolivia es innegable, mas desearía "que no tenga ninguna injerencia en la política" (DS, p. 1120). Arguedas concluye diciendo que son las cualidades morales, la disciplina engendradora de virtudes bellas: templanza, austeridad, y la dedicación al trabajo metódico, remunerador y paciente, las que salvarán al país de la crisis y el dolor. Dice que se debe seguir el ejemplo de los Estados Unidos de Norte América:

> Con su prodigioso desarrollo material, su riqueza acumulada y la fuerza de su espíritu abierto a todas las corrientes idealistas y generosas, constituye el espectáculo más impresionante de la historia moderna y es acaso a él que habrán de volver los ojos nuestros países para tratar de atenuar ciertas peculiaridades de la raza y modificar las condiciones del medio físico o sea dar otra forma a esos grandes moldes en que se forja el alma de un pueblo... (DS, p. 1134)

NOTAS

[1]Todas las citaciones de las obras de Alcides Arguedas están tomadas de Alcides Arguedas, *Obras completas*, (Tomo I y II, México: Aguilar, 1959). En el transcurso de la tesis se emplearán las siguientes abreviaciones: *Pisagua* (P), *Vida criolla* (VC), *Raza de bronce* (RB), *Pueblo enfermo* (PE), *Historia de Bolivia* (HB), y *La danza de las sombras* (DS).

[2]*Pueblo enfermo* fue publicado por primera vez en Barcelona (Tasso), en 1909. En 1910 aparece una segunda edición con la siguiente explicación por parte del autor: "... está segunda edición está hecha a insinuación de mi editor" (p. 13). En 1937, la tercera edición de este libro fue publicada en Chile (Ercilla); nuevamente el autor explica la causa por la que se publicó después de tantos años: "Los reparos de Rodó han producido, pues, su fruto. Y con esto quiero decir que las observaciones, enmiendas y adiciones incorporadas ahora a este libro en esta su tercera edición, hecha al cabo de un cuarto siglo, rompen su viejo marco, ensanchándolo. La tela es nueva: sus perspectivas son más abiertas, aunque siempre se presenten limitadas en el fondo por un cortinaje de oscuras sombras que ojos humanos todavía no pueden penetrar... Reaparece, pues, *Pueblo enfermo*. Y es ahora que en este libro encontrarán los bolivianos la explicación de nuestra actual desgracia y hallarán lecciones de energía los jóvenes, aquellos que han hecho la guerra mostrando cara de alegría al Dolor y a la Muerte" (pp. x-xi). Aunque en esta última edición hay cambios notables, las ideas y pensamientos presentados en todas las ediciones son fundamentalmente los mismos. Existe, también una diferencia entre las dos primeras ediciones y la última; en las dos primeras el autor dedicó todo un capítulo titulado "La terapéutica nacional" en la descripción de varias soluciones a los males expuestos, mas en la última omitió todo un capítulo, el cual lo reprodujo, más tarde, en su obra *La danza de las sombras*. Además, en cada capítulo de su última edición añadió mayor información y verificó las últimas estadísticas con las anteriores. Después de un lapso de 28 años entre la primera y la última edición, Arguedas admite que ciertos cambios favorables se realizaron en la vida boliviana, pero estos no fueron aceptados de inmediato como a él le hubiera gustado. En varias ocasiones

el adelanto fue sólo teórico. No obstante, la conciencia nacional se despertó de un largo letargo.

[3]Alberto Zum Felde admite que estos males también se pueden encontrar en otros países: "si bien trata concretamente de este país y de su drama nacional, es extensible, así en su tesis como en su crítica, a otros países americanos -ramas del mismo tronco-, comprendidos dentro de la vasta región andina que abarca igualmente a Perú y a Ecuador, nombres y divisiones modernas del antiguo Tahuantinsuyo, cuya es su misma constitución racial y social, así como les es común su historia de la conquista y el coloniaje" (_Indice crítico de la literatura hispanoamericana: Los ensayistas_, México: Guaranía, 1954, p. 347). José Rodó fue uno de los primeros críticos en afirmar que los males no eran exclusivos de Bolivia: "Los males que usted señala con tan valiente sinceridad y tan firme razonamiento, no son exclusivos de Bolivia; son, en mayor parte, y en más o menos grado, males hispanoamericanos: y hemos de considerarlos como transitorios y luchar contra ellos animados por la esperanza y la fe en el porvenir. Usted titula su libro: _Pueblo enfermo_. Yo lo titularía: _Pueblo niño_. Es concepto más amplio y justo quizás, y no excluye, sino que, en cierto modo, incluye al otro: porque la primera infancia tiene enfermedades propias y peculiares, cuyo más eficaz remedio radica en la propia fuerza de la vida nueva y pujante, para saltar sobre los obstáculos que se le oponen" ("Prólogo" a _Pueblo enfermo_, ed. 1937, p. ix). Véase también R. G. Mead Jr., _Breve historia del ensayo hispanoamericano_, México: Andrea, 1956, p. 89.

[4]Arguedas estuvo influenciado por el positivismo y éste "deja sentir su influencia en todos los campos... El positivismo da también las bases para estudios despiadados sobre la realidad boliviana entre los que se destaca el de Alcides Arguedas, _Pueblo enfermo_" (L. Zea, _Dos etapas del pensamiento en hispanoamérica: del Romanticismo al Positivismo_, México: D.F., El Colegio de México, 1949, pp. 52-53). Véanse también G. Francovich, op. cit., pp. 17-22, y J. Franco, op. cit., pp. 22-23.

[5]Arguedas dedica en este ensayo todo un capítulo a la historia de Bolivia, el cual le sirvió de base al escri-

bir su Historia de Bolivia. Este tema histórico no será tratado aquí para así evitar una repetición.

[6]Véase Hugo Blyn, "Ubicación de Alcides Arguedas", Kollasuyo, La Paz, III (1941), p. 142.

[7]Otero, op. cit., p. 182.

[8]Ramiro de Maeztu, "Prólogo" a Pueblo enfermo, 3a. ed. cit., p. xvi.

[9]Ibid., p. xvi.

[10]Entre los escritores que vieron en Arguedas un maestro de nobles ideales se pueden mencionar a algunos: J. Guerrero opina que Pueblo enfermo es "quizá el más certero y valiente ensayo que se haya escrito sobre la realidad social-histórica del hermano pueblo boliviano" ("Alcides Arguedas", Letras del Ecuador, Quito, II, núm. 13, 1946). Abel Alarcón también defiende al autor boliviano que sólo quería ayudar a su patria: "le han hecho impresión sus vicios, ha sentido el dolor de sus llagas y, al sentirlo, ha creído, generoso, hacerlas ver de todos a fin de que se busque el bálsamo que pudiera cerrarlas y servirles de remedio" ("La literatura boliviana, 1545-1916", Revue Hispanique, Paris, XLI, 1917, p. 630). Alberto Zum Felde admira el patriotismo de Arguedas: "puede ser acusado de pesimismo; pero de antipatriotismo, como se le ha acusado, no; porque el exceso de negrura responde a una honrada y dolorosa voluntad de catarsis nacional, de curación de la enfermedad que dice. Y justo es reconocer, en su honor, aunque su caso no es el único, que la terrible valentía de ofrecer a su nación esa copa de tan amarga pócima, le ha valido, a su vez, el ostracismo más amargo" (op. cit., pp. 348-349). Miguel Angel Calcagno al hablar de Arguedas piensa que "en Pueblo enfermo efectúa una despiadada exégis radiográfica de la realidad nacional ... en su defensa se puede argüir que tuvo la valentía de enfrentarse con su verdad a toda la nación, integrándose a la corriente americana que analiza la realidad histórica imbuída de agudo escepticismo" ("Introducción al estudio de la novela indigenista boliviana", Revista Iberoamericana de literatura, I, núm. 1,

1959, pp. 24-25). Enrique Finot censura al autor por no ofrecer un específico programa de reforma, sin embargo, no le condena de modo irrevocable por sus opiniones referentes a la situación del país (op. cit., p. 452). Arguedas quiso despertar el interés de los bolivianos para que profundicen y resuelvan los problemas nacionales; los críticos que le denunciaron no hicieron otra cosa que responder al propósito del autor. Fernando Diez de Medina fue el que más violentamente acusó las ideas descritas por Arguedas en su ensayo. Escribió, Díez de Medina, un artículo títulado "Insurgencia de la juventud" y en éste afirma que, "el complejo de inferioridad que trascienden las páginas morbosas de <u>Pueblo enfermo</u>, ha contaminado a más de una generación contribuyendo a paralizar las energías nacionales y a destruir su débil fe en un futuro mejor... Arguedas inyectó el virus del pesimismo en el alma boliviana, adormecida ya por una centuria de contrastes. Su primer ensayo sociológico presenta un panorama sombrío de la raza y de su historia sin dejar resquicio a la esperanza; el último concluye profetizando la liquidación de la nacionalidad. Hondo y negro cavó el sepulturero!"(<u>Thunupa</u>, La Paz: Gisbert, 1956, pp. 356-366). Fausto Reinaga opina que "Arguedas ha dejado instituida en Bolivia una nefasta escuela: la del diablo predicador" (<u>Alcides Arguedas</u>, La Paz: Gutenberg, 1960, p. 35). Además, cree que "Arguedas mismo no tiene filosofía; dentro de su cerebro se mueve, como nebulosa, un sincretismo alejandrino de la peor especie... Arguedas en el plano de la filosofía es la confusión: es todo y es nada" (Ibid., p. 18).

[11]El atraso de Bolivia, en comparación con los demás países Latino-Americanos, se debe, según Arguedas, a los pocos imigrantes de sangre europea que vinieron al país. Véase <u>Pueblo enfermo</u>, p. 87.

[12]Guillermo Francovich nos dice: "Sin embargo, esos escritores [entre los que considera a Arguedas] con la crítica que iniciaron, con la desilusión que manifestaban frente a realidades presentes y a las incertidumbres futuras del país fueron los grandes revulsivos de la conciencia nacional y con ellos comenzó la disolución de algunos elementos esenciales del pensamiento que había venido orientando las actividades del país desde hacia algunos lustros" (op. cit., p. 41).

[13]Para mayor información sobre el pongueaje, consúltese Tristan Marof, La tragedia del Altiplano, Buenos Aires: Colección Claridad, 1934, pp. 54-57.

[14]Don Miguel de Unamuno escribió un artículo sobre el alcoholismo en Bolivia para La Nación de Buenos Aires (3 de junio de 1909). Arguedas acepta el juicio de Unamuno y lo añade en la nota de la tercera edición de su obra. Véase Pueblo enfermo, p. 430.

[15]Conforme a Arguedas "el cholo, arranca su nombre, según datos de un cronista altoperuano, de la costumbre adoptada por un caballero español que había viajado algún tiempo por Italia, de llamar fanciullo fanciulli, (jovencito) a los mestizos con expresión de "compasiva solicitud". "De ahí vino, agrega, la palabra cholo, es decir, pequeño, digno de protección" (PE, p. 435).

[16]Mead, op. cit., p. 89.

[17]Véase, de Miguel de Unamuno, "La envidia hispánica", en Mi religión y otros ensayos, Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1945.

[18]Al leer la primera edición de Pueblo enfermo, Miguel de Unamuno escribió un artículo acerca de la imaginación en Cochabamba. El filósofo español desacredita la imaginación que Arguedas les atribuye a los cochabambinos porque piensa que, "La verdadera imaginación es seria y grave; la más honda inteligencia desconoce las burlas hábiles y las habilidades felinas. Esa torpe viveza, hija del recelo y de la envidia, es productora de mala fe, de donde fluyen las perfidias" ("La imaginación en Cochabamba", Cultura Boliviana 3, Oruro, abril, 1964, p. 13). En su última edición, Arguedas rectifica su idea y acepta los juicios de Unamuno (PE, pp. 69-70, nota).

[19]Arguedas cuando se refiere al pasado político de los gobernantes, excluye a Bolívar y Sucre, puesto que el primero "sólo se ocupó de permitir y consolidar la independencia nacional y dotar al país de una constitución...

[y] Sucre se redujo a instruirnos con el ejemplo de lo que debe ser un buen gobernante" (PE, p. 181).

[20]Francovich, op. cit., p. 47.

[21]Rodolfo Salamanca Lafuente, "Vigencia del arguedismo en Bolivia", Kollasuyo, IX (1947), pp. 42-43.

[22]Carlos Medinaceli, "La envidia y la imaginación en Pueblo enfermo", Cultura Boliviana 5, Oruro, junio, 1964, p. 4.

[23]La Historia de Bolivia fue publicada en cinco volúmenes entre 1920 y 1929. El primero, La fundación de la República, fue publicado en La Paz: Escuela Tipográfica del Colegio Don Bosco, 1920; el segundo, Los caudillos letrados. La confederación perú-boliviana. Ingavi (1828-1848), en Barcelona: Sobrinos de López Robert y Cía., 1923; el tercero, La plebe en acción (1848-1857), en Barcelona: Sobrinos López Robert y Cía., 1924; el cuarto, La dictadura y la anarquía (1857-1864), en Barcelona: Sobrinos López Robert y Cía., 1926; y el quinto, Los caudillos bárbaros. Historia. Resurección. La tragedia de un pueblo (Melgarejo-Morales). 1864-1872, en Barcelona: Viuda de L. Tasso, 1929. Arguedas escribió otra historia con el título de Historia general de Bolivia. El proceso de la nacionalidad (1809-1921), la cual fue publicada en La Paz: Arnó hermanos, 1922.

[24]Arguedas reitera en la Historia de Bolivia algunas de las ideas expresadas en Pueblo enfermo, razón por la cual algunos críticos creen que "su Historia parece una continuación de Pueblo enfermo" (Ignacio Prudencio Bustillos, "Letras bolivianas", Kollasuyo, La Paz, 1943, p. 166). Consúltese también, Francovich, op. cit., p. 49.

[25]En esta obra Arguedas emplea la misma actitud que la de los historiadores franceses de la generación de 1871: Taine, Renán, Fustel de Coulanges, quienes adoptaron la actitud de "médicos de Francia" (Finot, op. cit., p. 411).

[26]Ésta es la opinión de E. Guerra: "Arguedas, como

historiador, como sociólogo, como literato, es siempre un moralista" (op. cit., p. 189).

[27] Hugo Vilela, dice lo siguiente: "Alcides Arguedas a nuestro entender, tiene estas virtudes [de despojarse de parcialidades] y ha tenido el valor de aplicarlas en su Historia de Bolivia. Y sobre todo, sin detenerse en falsos sentimentalismos y sin duda con el exclusivo objeto de mostrarnos crudamente una dolorosa realidad que nosotros obcecados, queremos apartar de nuestra ingenua mirada" (Alcides Arguedas y otros nombres en la literatura de Bolivia, Buenos Aires: Kier, 1945, pp. 19-20).

[28] Véase nota 10 de este capítulo. Entre los críticos que se dieron cuenta de la tarea constructiva se pueden mencionar a los siguientes: Alberto Ostria Gutiérrez piensa que "el culto a la verdad constituye en él una obsesión y le lleva al punto de no ocultar las faltas de alguno de sus propios antecesores. Investiga, busca en los documentos, los analiza, los compara, y su conclusión es definitiva, rotunda, valiente siempre, trátese de los vivos o de los muertos. No tiene Arguedas ese 'patrioterismo'..." ("Alcides Arguedas, historiador", Revista Chilena de Historia y Geografía, Santiago de Chile, núm. 112, 1948, p. 229); F. Avila, admite que esta obra "representa en nuestra evolución historiográfica el primer caso saludable de historiador que no tuvo inconveniente en escribir una historia distinta, vista y sentida por él sólo" (La revisión de nuestro pasado, La Paz: Edit. Boliviana, 1936, p. 179); H. Vilela refiriéndose a la memoria del autor dice, "Y si alguien como Arguedas, agreguemos nosotros, se atreve a tenerla está condenado al odio y a la calumnia. He aquí el pecado más grande del escritor, recordar que hay justicia y pedir que ella sea inexorable para todos los reos" (op. cit., p. 24). Véanse también Francisco Contreras, L'esprit de L'Amerique Espagnole, Paris: Editions de la Nouvelle Revue Critique, 1931, y F. Díez de Medina, Thunupa, loc. cit.

[29] Los caudillos bárbaros es el último libro de la Historia de Bolivia. Arguedas escribió otra historia titulada la Historia general de Bolivia, la cual contiene una síntesis de los cinco libros anteriores y otros nuevos, como son: La guerra injusta, La política liberal y La política conservadora.

[30] Finot, op. cit., 3a. ed., p. 414.

[31] "En cincuenticuatro años de vida independiente y autónoma, hemos hecho ciento setenta revoluciones, motines, asonadas y golpes de mano, o sea, algo de más de tres por año..." (HB, p. 644).

[32] Alberto Ostria Gutiérrez nos comunica que "Los caudillos bárbaros resulta más apasionante aun que una novela por ser la vívida tragedia de un pueblo" (op. cit., p. 228). Max Daireaux dice "dans certaines parties de son histoire, les Tyrans barbares par exemple, il s'est révélé le Suétone Bolivien..." ("Le journal d'Arguedas", France-Amérique, Paris, XXV, núm. 275, 1934, p. 152).

[33] El dinero adquirido en el tratado con el Brasil fue gastado por Melgarejo en antojos suyos y de su enamorada: "El premio era merecido. Las joyas de doña Juana Sánchez, el medallón de Melgarejo, las cintas y cruces de los ministros y negociadores, fueron pagados sin usura ... con un pedazo del suelo nacional" (HB, p. 947).

[34] Según H. Vilela, "La parálisis infantil de este pueblo niño, se inicia desde tan infausta fecha" (op. cit., p. 23).

[35] Véase Finot, op. cit., p. 414.

[36] Aparte la que se publica en las Obras completas (ed. cit.), no hay más que una edición: La danza de las sombras, 2 vols., Barcelona: Sobs. de López Robert y Cía., 1934.

[37] La danza de las sombras sólo representa una pequeña parte de su diario, ya que el resto del mismo fue enviado a cuatro bibliotecas y se publicará cuando hayan pasado 50 años de la muerte del autor. Véase G. Otero, op. cit., p. 190.

[38] Gustavo Adolfo Otero, sumariza el contenido de la

obra de la manera siguiente: "Comprende observaciones estrictamente psicológicas, estados de ánimo, apuntes sobre su vida íntima, sus amores, sus aventuras, su vida matrimonial y luego sucesos de orden político, literario, social relativos al país y sitio donde escribió, impresiones sobre Bolivia, sus figuras y sus acontecimientos, y finalmente confidencias de una muchedumbre de personas" (op. cit., p. 190).

[39] Guerra, op. cit., pp. 37-38.

[40] L.A. Sánchez, Escritores representativos de América, Madrid: Gredos, 1964, p. 106.

[41] Guerra, op. cit., p. 189.

[42] Las descripciones de estos países están basadas en libros; Arguedas no tuvo la oportunidad de viajar por todos estos lugares.

[43] Otero, op. cit., p. 190.

[44] Este capítulo lo publicó en sus dos primeras ediciones de Pueblo enfermo, pero por consejos recibidos lo suprimió en la última edición y lo incluyó en La danza de las sombras.

[45] Joaquín Costa (1844-1911) fue jurista, historiador y autor español de varios ensayos.

## CAPÍTULO II

## LA NOVELA DE LA CIUDAD

En el capítulo anterior se intentó mostrar el persistente criticismo sobre lo geográfico, lo histórico y lo racial juntamente con los fenómenos políticos y de estructura social impuesta a la nación boliviana, particularmente a las clases populares de abrumadora mayoría indígena y mestiza. Todo lo que escribe Arguedas se basa en hechos y los busca como ensayista, historiador y novelista, contando así con un variado repertorio de temas reales relativos a Bolivia. Así, al dedicarse a la narración imaginativa, recurre a los mismos temas, valiéndose de la novela para interpretar la realidad boliviana. Como consecuencia sus novelas se caracterizan por poseer un tono crítico, el cual se centra en torno a lo político, lo económico (en menor grado) y lo social, como Luis Alberto Sánchez nos lo comunica:

> Los tres libros -<u>Pisagua</u>, <u>Vida criolla</u> y <u>Raza de bronce</u>- son de crítica social y política. En el primero se enfoca la época de Melgarejo y los primeros encuentros de la guerra del Pacífico en 1879. En la segunda los vaivenes de la vida citadina en La Paz, entre intrigas políticas y melindres sociales, en torno de un amor ideal, como en la primera de las obras mencionadas. En la tercera, menos ubicable en el tiempo, se relata la vida de los indios, los abusos de los gamonales, el trágico

> ataque a una hermosa india y la consiguiente venganza de sus hermanos de raza.[1]

## A. PISAGUA

Arguedas se inicia en la vida literaria con Pisagua, subtitulada "Ensayo de novela".[2] Su intención en esta novela, como él mismo nos lo dice, es la de narrar

> una historieta vulgar, sacada de lo que se ve todos los días y a cada momento; historieta que, en síntesis, no es más que la vida de dos seres, de dos mártires, contada a saltos en sus pasajes más culminantes, en sus horas de más intensidad de gozo y de dolor. (P, p. 29)

La trama principal de la novela se centra alrededor de Alejandro Villarino, joven intelectual aplastado por la realidad cotidiana, y Sara Cané, muchacha de espíritu egoísta e hija de un cacique acaudalado. Ambos jóvenes son dos seres enamorados, soñadores, cándidos y seguros de su porvenir, el cual queda interrumpido por situaciones adversas a sus expectaciones. Cuando Sara se dirige a la ciudad se deslumbra con los progresos urbanos, la galantería y halago de los truhanes; llega a menospreciar a Villarino y se dedica a los placeres mundanos, causantes de su desdicha, o sea, la separación del único individuo que la comprende y respeta. Alejandro Villarino, por su parte, se ve expuesto a enfrentar la triste realidad de los hechos que afectan su alma

sensible. Estas adversidades que se le presentan hacen que reniege y maldiga al mundo, la vida, sus creencias, es decir, todo lo que había contribuido en su decaimiento amoroso y la única aflicción que le persigue y obsesiona es la idea de la muerte, remedio de todos los martirios terrenales. Villarino se aleja de la urbe que le causa su infortunio y se dedica a la vida sensual, pero se cansa. Decide regresar a su patria donde se encuentra nuevamente con Sara, mas la muerte de la muchacha impide que reànuden lo pasado.

a) Criticismo social mediante una trama sentimental.

Alejandro Villarino y Sara Cané se conocen, por primera vez, en el campo, donde florece su amor puro y lleno de ideales. Villarino vive feliz, entregado a sus tontas lucubraciones de romántico; cree que las mujeres son "seres perfectos destinados a cumplir el más hermoso de los fines: alentar al hombre en la pasión" (P, p. 39). Amar significa para él,

> llevar dentro del pecho un algo que lo llena, y en los sesos incrustada la imagen de la que se ama; si es sentirse invadido de un cariño intenso para todo lo que nos circunda y ver en la manifestación de las cosas, la huella de la que así nos obsesiona... (P, p. 46)

Sara corresponde al amor del joven y siendo "virgen hasta entonces de una pasión, amó con todos los ímpetus de su

sangre ardiente, con las mil ansias de que se sentía llena" (P, p. 46). Se siente feliz porque ama y es correspondida; porque su mundo ideal se convierte en uno real lleno de agradables sorpresas. Sin embargo, todos estos ideales se desmoronan cuando Sara se dirige a la ciudad y se encandila con todo lo que se le presenta a su paso. La sociedad es la única fuerza destructora y la causante de los diferentes niveles de infelicidad de la pareja:

> ¡Se habían amado mucho, con entusiasmo, con locura, con toda su alma! ... ¿Y por qué, amándose de ese modo, no habían sido felices? Ahí estaba el enigma, aunque viéndolo bien, ese mismo amor les había causado la ruina... Cegados, enloquecidos, no se habían puesto a meditar que solos podrían haber vivido dichosos, pero que en la masa, mezclados con la recua, serían separados por las conveniencias sociales. (P, p. 74)

Arguedas describe en Pisagua a la sociedad paceña constituida por un grupo reducido de familias, que por su fortuna ocupan una aventajada posición, y que miran con desdén a las que en su obstinada vanidad creen sus inferiores. Sus ideas y tendencias separatistas están fundadas en creencias anticuadas, acompañadas de un odio que esteriliza y debilita los sentimientos de fraternidad hacia los demás. En esta sociedad existe el derroche de hipocresía, envidia, chismes, murmuraciones y exagerados halagos; características que logran destruir todas las esperanzas de los individuos ho-

nestos e ingenuos. El amor puro y sincero que siente Alejandro por Sara es destruido por las conveniencias sociales, y les deja a los dos vencidos, maltrechos y sin fuerza de voluntad para poderse rehacer.

Alejandro Villarino desciende de una familia de honrados burgueses que a fuerza de su trabajo consiguieron hacerse de una fortuna. En su hogar, el joven, aprende que la honradez es una de las cualidades más atenuantes en la vida y, por lo tanto, su comportamiento es ejemplar. Villarino desconoce las perturbaciones que surgen de cualquier choque con el infortunio y que pueden destruir las energías del alma. Es optimista, honrado y piensa que todo en el mundo está basado en la justicia y equidad; es feliz porque cuenta con el desinteresado amor de Sara. Su único anhelo, como resultado de su exquisita sensibilidad, es el de conseguir la felicidad soñada porque piensa que la humanidad es "el _summum_ de la perfección" (P, p. 39). Pese a todo esto, cree encontrarse sólo en la vida y siempre persiste en su mente la idea del suicicio. Trata de idealizarlo todo con un celo apostólico; se refugia en la naturaleza para poder alentar su lucha interior y fortalecer su ánimo. Se da cuenta, muy tarde, que la ciudad deshace la moral del individuo, lo animaliza y lo aplasta, mientras que en el campo

todavía se puede recobrar la fuerza y la salud.

Para Villarino todos los seres humanos son iguales; "y en esos que hacían ostentación de un linaje superior, sólo veía unos imbéciles o unos idiotas" (P, p. 50). No hay nada más sublime que la sencillez; el joven detesta que le vanaglorien cuando sabe que no se lo merece y prefiere pasar por ignoto. Arguedas quiere demostrar que la sinceridad y la sensibilidad del ser humano no le permiten triunfar en la sociedad corrupta; si éste se propone vencer y alcanzar fama tiene que actuar de manera agresiva y en concordancia con las creencias y actitudes de la época. Uno de los amigos de Villarino le aconseja:

> - ¡Sé hombre y vive tu época! Las almas sensibles y dolorosas, son almas perdidas en la vorágine social ... ¡Lucha, vence, domina y aplasta...! Ese es mi consejo, porque de no hacer así, serás vencido y aplastado. Si te llaman héroe, hazte un semidiós; o, por lo menos, agiganta tu heroicidad, pero en todo caso, ¡sé hombre!... (P, pp. 41-42)

No obstante, Villarino no puede llegar a comprender su época y prefiere refugiarse en el pasado, y dejar que su vida se empañe de una melancolía y pesimismo desbordantes.

Sara Cané es una muchacha simple y sincera que se convierte en una víctima más de la sociedad desquiciada. Durante su niñez recibió su educación en un colegio aristocrático

de Barcelona donde adquirió las virtudes de la honradez y la confianza. Sara desconoce el calor hogareño puesto que sus padres dedican gran parte de su tiempo en recorrer las capitales más importantes de Europa, derrochando su fortuna y dando muestras de un matrimonio feliz, pero que en realidad es una discordia, debido al carácter opuesto de los cónyuges. Don Cristóbal Cané, padre de Sara, es un hombre estólido, prosaico y atrabiliario, que merced a su temperamento emprendedor no le resulta difícil hacerse rico y engraciarse con los individuos interesados absolutamente en los bienes materiales. Julia Vidaurre, su prometida, se embelese con la fingida apariencia de su novio y no tiene ningún escrúpulo en aceptar su propuesta matrimonial. Arguedas critica la falta de afinidad entre los contrayentes, quienes no parecen preocuparse de las consecuencias que puede traer un matrimonio basado en las conveniencias, tema que se tratará con mayor amplitud en Vida criolla.

Sara Cané, después de alejarse del campo, es recibida con gran entusiasmo en el círculo social y entra, inmediatamente, al apogeo de su gloria. La riqueza que posee la familia juntamente con la belleza y los modales aristocráticos de la joven le garantizan ganarse la simpatía de los demás. De esta manera, conquista el corazón de todos los jó-

venes, quienes "se agrupan en su rededor cual abejas en torno de un lirio" (P, p. 49). Entre tanto, "las de su sexo, ahogando, ante este clamor, la envidia que nacía avasalladora en sus pechos, también la rodearon disputándose su amistad" (P, p. 49). Sara, toda ingenua, se siente orgullosa ante semejante acogida y no se da cuenta de la frivolidad de la multitud, cuyo ideal consiste en divertirse y aclamar todo lo novedoso. Conforme a Arguedas:

> Una mujer que, por cualquier mèdio, logra imponerse en una sociedad, es como un ídolo. Al principio se la acata, se le rinde vasallaje. No hay fiesta, un acontecimiento social cualquiera, en que no figure en primer término. Parece que, al agasajarla, se cumpliera una obligación. Si la mujer en ese trance no logra conservar cierta independencia y es bastante débil en creer que esa aura le será siempre favorable; si no se aparta con prudencia del círculo mareante que la aprisiona y la retiene y, al contrario, se deja seducir, se enorgullece y se infatúa, entonces se hace ente ridículo y repugnante, el más ridículo y repugnante de todos los entes... La variabilidad es cualidad necesaria e indispensable del ser humano. (P, p. 51)

Todos los halagos corrompen la personalidad de Sara y la convierten en un ser presuntuoso, vanidoso, que desdeña a todos los individuos que integran un nivel inferior; se muestra satisfecha únicamente cuando se halla rodeada por personas de renombre aristocrático. Este comportamiento suyo influye en la destrucción del alma sensible de Villarino, quien "sintió que en su pecho se abría una herida; sintió

en su rostro el rubor de un reproche. ¿Cómo amar a esa mujer que anteponía a sus sentimientos, las conveniencias sociales?..." (P, p. 53). Villarino sabe que Sara se halla mareada con tantas atenciones y verifica que sus supuestos amigos quieren ganar la confianza de ella para hacerla "esclava de sus caprichos", mientras que él "la amaba por lo que era" (P, p. 53). Trata de rescatar a su amada, pero sus esfuerzos son vanos porque el organismo más fuerte, en este caso, la sociedad corrupta, vence al más débil. Villarino no se da cuenta de que "la vida es combate, la vida es trabajo y <u>el que representa mejor obtiene todas las coronas</u>" (P, p. 47). Es así como el corazón simple del joven se acumula de un odio desbordante para todos y contra todo. El amor le trae toda su desdicha y le hace perder la fe en la mujer amada dado que ésta ha perdido su honra.

Para Sara, una vez perdida su honra, la vida se le hace casi imposible. Su debilidad de mujer le hace caer desde el pedestal donde hasta entonces se mantuvo. Según Arguedas:

> Esta caída cuando no se ajusta a determinadas costumbres constituye el más tremendo anatema contra la mujer. La sociedad, aparentemente, se muestra indignada, porque, según ella, caer no es delito si se cae en frente de un sacerdote que autoriza la caída y de una multitud que la comenta; pero caer a escondidas y por más que se cumpla una función; caer

> sin haber obtenido el asentimiento de todos, hasta de los imbéciles, es un delito, un crimen. Y entonces la vindicta pública, implacable al parecer, se estrella contra la débil, la pobrecita; la escupe, la maldice y por el contrario aplaude al vencedor... Y en este trance, la infeliz, sin fuerzas para defenderse, eleva la mirada a Dios pero viendo que no la oye, blasfema por haber tenido sangre en las venas y calor en sus entrañas y maldice la vida, el instante de su caída, ese que, si es posible, debiera ser glorificado... (P, p. 56)

Sara pierde la fe en el porvenir; tiene que afrontar el desaire de la sociedad falaz y veleidosa, y debe resignarse a llevar una vida solitaria, ya que recién se da cuenta de la realidad de las cosas y aprende a medir a las gentes en su real significación. Sara fue "endiosada por los mimos de una sociedad veleidosa y, de repente, expuesta por una falta a los sarcasmos de esa misma sociedad" (P, p. 63). Arguedas piensa que a la mujer que pierde su candor, es decir, que cae en el "lodo", le resulta difícil salir de éste, puesto que "cuando el caído implora gracia, la sociedad, después de escupirle, vuelve el rostro y lanza una risotada" (P, p. 60).

Sara induce a su madre para que la aleje de ese ambiente hipócrita y odioso; finge encontrarse enferma y lo único que anhela es buscar refugio en la Naturaleza que antes le trajo tanta felicidad:

> La vista de los campos tantas veces recorridos con él, le indujo a sentir y pensar de un modo distinto de lo que hasta entonces había sentido y pensado.
> Cada tronco, cada flor, cada paisaje, se convirtió para ella en un altar donde se postraba su alma llorando la dicha perdida. (P, p. 63)

Pero que ahora:

> La Naturaleza le parecía muerta, el canto de las aves un solemne tedeum, las corrientes de la brisa el quejido de algo que agoniza. (P, p. 63)

La joven se da cuenta de que su amor por Villarino no ha muerto pero también sabe que no se puede olvidar "lo que se ha vivido, menos resucitar las alegrías, lo que al pasar por nuestro corazón dejó en él un latido menos y en la cabeza una cana más" (P, p. 63). Sara, víctima de la sociedad, cae en el "fango donde se arrastran los que ya no acarician una ilusión" (P, p. 64), y no le queda más que resignarse puesto que el mal está causado y ya sin remedio.

Villarino al ver que Sara ha caído tan bajo, siente que su dignidad ha sido ofendida, pero su orgullo no le abandona y se dedica a llevar una vida solitaria:

> ... poco a poco se fue reduciendo el círculo de sus relaciones, hasta que, abrumado por la melancolía, se hizo misántropo, es decir, abdicó, al ver que no respetaban su cariño, de esa sociedad que siempre le había sido antipática, de sus afecciones, pero menos de su dignidad. Y solo, aislado, triste, hizo una vida de salvaje. (P, p. 54)

Esta conducta del joven no es apreciada por sus amigos,

quienes esquivan su trato y le cierran paulatinamente las puertas de sus casas porque bien saben que no pueden conseguir nada de un hombre orgulloso, asaz e insolente, como es Villarino. El interés siempre se muestra más poderoso que cualquiera virtud humana. Una vez desvanecida la ilusión que Villarino, por tanto tiempo, acarició, el espanto se apodera de su existencia y pierde la fe en todo:

> El mundo que hasta entonces se le había presentado cubierto de celajes, se desvanecía poco a poco contorneándose en su lugar la aterradora silueta de un cadáver putrefacto que despedía gases infectos, gases que trascienden al través de las flores con que se cubre para hacer menos visible su fealdad. (P, p. 51)

Villarino después de estas adversidades se encuentra ofuscado y despreciado por sus amigos; quiere apartarse del "hato de hipócritas y envidiosos" (P, p. 60) que despiertan en su espíritu gran animadversión. Tanto para el autor como para el joven,

> los amigos no eran otra cosa que ridículos comediantes congregados para matar la reputación y el dinero de quien los acepta como tales. (P, p. 60)

Villarino decide viajar por las capitales del mundo para olvidarse de sus pesares, mas se da cuenta que estas urbes son "cancerosas" y la vida se desarrolla en un "fandango eterno" (P, p. 60). Conforme al autor, en todas partes existe corrupción y el individuo débil y honrado está

expuesto a sufrir grandes decepciones, puesto que cada uno vive su propia vida y protege sus intereses. El ímpetu de huir y volver a la soledad de donde había salido no abandonan su mente. Aspira a olvidar su vida pasada para poder consolarse y volver a su patria, mas existe la muralla de los entes sociales, quienes una vez le cerraron sus puertas y también le hicieron "mil cochinadas" (P, p. 61). Villarino decide esperar y pasarla bien; ve que gracias al dinero puede darse toda clase de libertades y lujos. El autor piensa que con el dinero se puede obtener todo; el que lo tiene puede disfrutar de todos los placeres mundanos y los que no lo poseen están dispuestos a conseguirlo a cambio de la vida, la honra, o lo que sea. En su obra La danza de las sombras, Arguedas piensa que el poder del dinero destruye. Para dar una idea de la fuerza de éste, cita a Chateaubriand y dice,

> "¡Oh dinero, que tanto he despreciado y no puedo amar por mucho que quiera, me veo, por tanto, forzado a reconocer tu mérito! Fuente de libertad, tú arreglas mil cosas en nuestra existencia, donde todo es difícil sin ti. Todo lo puedes procurar tú, menos la gloria. Contigo se es bello, joven, adorado; se tiene consideraciones, honores, cualidades, virtudes... Cuando no se tiene dinero, se está bajo la dependencia de todas las cosas y de todo el mundo". (DS, pp. 854-855)

Villarino, debido a su fortuna, se convierte en el "héroe de los proscritos" y las "mujeres hermosas se lo disputaron como

hienas que se disputan un hediondo cadáver" (P, p. 61). El joven, durante sus borracheras, piensa que la vida humana no es otra cosa que una comedia donde el egoísmo y demás vicios circundan en toda la atmósfera.

Una vez disipada su fortuna, Villarino decide volver a su patria todo gastado y envejecido. En ésta encuentra

> las industrias paralizadas y casi muertas por la incuria de esa juventud que dormitando sin ideales bajo el cráneo, sólo se movía para exaltar a un ídolo, que una vez en la cumbre, se olvidaba de ella como se olvida el señor de sus esclavos cuando por sus esfuerzos consigue una merced. (P, p. 66)

También observa la inmundicia que trae consigo la política, esfera donde se juntan para luchar los odios y las pasiones más bajas del ser humano y donde salen victoriosos los que poseen mucha osadía y poca vergüenza. Arguedas nos dice que la política es el resultado de la

> contienda entre una aristocracia medio podrida y una democracia repleta de vicios de cenegal ... El famelismo de un populacho ignorante que desea hartarse con el robo de los bienes de los que se decían superiores; la ruin ambición de los desheredados que pugnan por salir de las cloacas para ascender al lecho de los ahítos, y la presión de éstos, es decir, de los eternamente proscritos he ahí esa lucha. (P, p. 66)

El destino permite que los jóvenes se encuentren nuevamente; Villarino al ver a Sara descubre que en su rostro "había pasado la tristeza de vivir dejando sus huellas hon-

damente marcadas" (P, p. 67), mientras que en el suyo se puede notar las "señales de una vejez prematura ... [del] hombre rudamente combatido por la desgracia" (P, p. 67). Se ponen a recordar el pasado, el cual "es vastísimo cementerio donde yacen revueltas en confusión esperanzas, alegrías e ilusiones" (P, p. 69). Sara implora a Villarino que la perdone por su pecado de juventud, pero la sensibilidad del joven se halla completamente destruida. Sara cae enferma y muere en la soledad de su tétrica habitación. Sus amigas huyen de su lecho "con la repugnancia que produce una enfermedad asquerosa" (P, p. 75), y Villarino también se aleja de su lado aterrorizado y sin perdonarla. Sara termina el calvario de su vida con la muerte. Así finaliza la historia sentimental de dos jóvenes cuyos ideales, mutuo amor y posibilidades de felicidad, fueron destruidos por las veleidades de una sociedad farisaica y corrupta.

b) Criticismo político.

Uno de los valores de la novela radica en los episodios históricos que describe Arguedas, porque son éstos los que le dan a la misma un sabor boliviano.[3] Enfoca, el autor, la época de Melgarejo (1871) y la guerra del Pacífico (1879), queriendo demostrar la audacia y el coraje de la raza boli-

viana frente a situaciones difíciles que la presionaron a defender su libertad del despotismo bárbaro del caudillo Melgarejo y a luchar por la patria que les pertenece. Queda patente el propósito:

> _Pisagua_ quiso ser un canto épico. En torno a una descolorida aventura sentimental intenté describir dos episodios ya justamente legendarios: el valor y la abnegación de la raza puestos a prueba de muerte en un trance desesperado. (DS, p. 632)

Estos episodios históricos se hallan entrelazados a la trama sentimental mediante la participación en ellos de Alejandro Villarino. Éste a la muerte de su madre cree encontrarse solo en la vida y se apodera de su mente la idea del suicidio, pero la revolución contra el tirano le hace pensar de otro modo: "¿Acaso no podía morir en defensa de su patria esclavizada?" (P, p. 40). Pelea con ahinco y gran coraje, y llega a ser "proclamado _héroe_ por Morales, jefe de la revolución, en presencia de la juventud, que se puso a aplaudir entusiasmada..." (P, p. 40). Villarino, al final de la novela, se halla envejecido y decepcionado de la vida, al ver que su amada le ha sido arrebatada por el destino y por la sociedad; quiere, esta vez, morir por ella y por su patria en el combate de Pisagua. Trata en este evento de infundir el ánimo en los demás y dice,

> Antes que retroceder un paso, preferimos regar

> con nuestra sangre estas peladas rocas que acaso algún día recordarán a nuestros hijos que supimos morir como valientes antes que abandonarlas como cobardes. (P, p. 80)

Lucha contra los chilenos hasta que las fuerzas se le agotan y sacrifica su vida por una causa valedera.

La sociedad boliviana durante el mando de Melgarejo atravesó por un período de decaimiento físico y moral. El autor censura los sucesos que tomaron lugar y que fomentaron el choque entre las almas idealistas y las condiciones sociales bárbaras. El caudillo se lanzó al poder "como la mayor parte de sus antecesores, por el inconsciente impulso de una revolución, y ayudado por una soldadesca torpe e ignorante" (P, p. 31). Quiso, sencillamente, afirmar su fama de valiente y mantenerse firme en la cumbre de la gloria. Durante su dictadura actuó con excesiva brutalidad y cometió grandes matanzas entre sus adversarios, quienes sembraron en sus almas gérmenes de odio y venganza hacia su despótica personalidad. En la nación reinó el desbarajuste social; la ley no rigió o fue burlada; los derechos del hombre y del ciudadano fueron escarnecidos y violados; la libertad de pensar, de reunirse, de hablar, de asociarse fue abolida; la voluntad directa y legal del pueblo no pudo expresarse para elegir a sus mandatarios y el crimen o el atropello

ahogó todo intento de reivindicación (Véase HB, pp. 847-995).

Melgarejo desconocía la ley, las responsabilidades históricas y lo único que le hizo sucumbir fueron sus apetitos, impulsos y pasiones de baja índole. Incurrió en una serie inaudita de arbitrariedades, crímenes y tumultos, hazañas que demostraron su rudeza, primitivismo e incultura. Arguedas nos describe uno de los episodios más deplorables y trágicos en la historia del país con respecto a la actuación del caudillo histrión:

> Vencedor siempre y nunca vencido, en toda época ayudado por la fortuna, había llegado a figurarse que Dios era su cómplice... ¿Qué más? Cegado por el orgullo, hasta había adquirido la certidumbre de que su poder no sólo alcanzaba a los hombres, sino a la misma Naturaleza..., y se había convertido en imbécil, porque imbecilidad es hacer cañonear a los cielos. ¡Para impedir una lluvia!... (P, p. 33)

La sola idea de la presencia de Melgarejo en el gobierno irritó a algunos individuos y causó miedo en otros; el ambiente se hizo propicio para que se produjera una serie de movimientos de revuelta. La ciudad de La Paz fue la más afectada pero el obstinado valor que desplegaron sus habitantes permitió el triunfo contiguo de la revolución aun cuando dejó atrás "un cuadro repugnante y espantoso" (P, p. 37). Una vez derrotada la tiránica dictadura de Melgarejo, el pueblo paceño sintió que se adentraba en sus almas un soplo

de alivio y la urbe volvió a "resurgir gloriosa de las nieblas que la habían velado"(P, p. 38). Entre tanto, todo pensativo,

> y con la mirada persistentemente fija en una estrella roja que estaba próxima a hundirse en su ocaso, huía Melgarejo.
>
> Huía, creyendo que la mirada de Dios se había desviado de él, y que su destino se oscurecía al igual de esa estrella, cuyos fulgores semejaban las últimas llamaradas de una pupila agonizante... (P, p. 38)

Arguedas concluye la novela con la descripción del combate de Pisagua que se efectuó durante la guerra del Pacífico. En conformidad con Augusto Guzmán, este suceso fue "la única evocación literaria de esa guerra por parte de un novelista muy posterior".[4] Arguedas nos manifiesta como los primeros encuentros con el enemigo tomaron lugar con frenética voluntad por parte de los combatientes, quienes se armaron de coraje y se mostraron dispuestos a combatir hasta el fin, aún cuando se encontraban fatigados y desalentados frente a la avalancha humana que iba adquiriendo formas, cada vez, más graves. El autor boliviano, elogia a los soldados que lucharon incansablemente y pusieron en riesgo sus vidas para defender los intereses patrios; mas todos estos esfuerzos y méritos no fueron reconocidos:

> Eran esos héroes a los que conociéndoseles por el

> nombre genérico de soldados, no se les da importancia puesto que salen del montón anónimo y puesto que también en sus hombros no lucen ninguna insignia: eran unos cuantos valientes dirigidos por Villarino que con su abanderado rifle, yacía de bruces sobre la orilla tratando, aunque inútilmente, de divisar entre esos vapores al enemigo...; peleando con heroicidad sublime, heroicidad que saltaba a la vista al solo imaginar que esos hombres se batían contra un imposible ... en momentos de perder la vida, esa vida que hasta los animales defienden, ostentaban una imposibilidad propia de idiotas y no de seres concientes...(P, p. 83)

Una lamentable derrota, pues, fue la trágica consecuencia y fue la acción bélica la que puso en descubierto, más claramente que nunca, todas las horrorosas pústulas que carcomían al cuerpo social boliviano. Según Arguedas, la gente de la época se dejó llevar por las apariencias y solamente halagó a los generales y demás militares de rango elevado, que en la mayoría de los casos no hicieron nada por defender a la patria. Fueron los soldados los que ofrecieron sus vidas por el terruño, pero su rango inferior y su posición humilde en la esfera social fueron razones suficientes para que se notara el desprecio de los individuos egoístas y vanidosos.

## B. VIDA CRIOLLA

Ya que el propósito de esta tesis es el de demostrar

la constancia de las preocupaciones de Alcides Arguedas a través de toda su obra, antes de empezar nuestra consideración de su novela _Vida criolla_, vale establecer algunos puntos de contacto entre ésta y su primera obra novelística _Pisagua_. Carlos Ramírez, el derrotado periodista de _Vida criolla_, y Alejandro Villarino, el frustrado poeta de _Pisagua_, se caracterizan por su perpetua preocupación de confrontar la realidad ideal con la realidad auténtica y cuando lo hacen adquieren una sensación de repugnancia y pesimismo absoluto. Intentan oponerse a las grandes fuerzas anónimas colectivas, que rigen la vida social pero son derrotados, pues, el organismo más fuerte aplasta al más débil. La guerra civil en _Vida criolla_ reemplaza a la guerra internacional de _Pisagua_ y ambas fracasan en sus fines como consecuencia del descuido y ambición de lucro por parte de los políticos camanduleros. En _Pisagua_ el protagonista de la novela se reivindica y sacrifica su vida por una causa más importante (la toma de Pisagua) que una simple escena sentimental como en _Vida criolla_. En total, los personajes están mejor dibujados en _Vida criolla_ aunque Ramírez todavía tiene algo del iluso Villarino. Elena Peñabrava, hija de una acaudalada familia, substituye a Sara Cané y ambas muchachas se ven

seducidas por dos jóvenes perverscs y sin escrúpulos, acto que es sorprendido por Ramírez y Villarino.

En ambas novelas Arguedas se vale de la intriga sentimental para describir la vida, costumbres y vicios del estrato social privilegiado de La Paz. Puntualiza los aspectos negativos pero no da soluciones, porque el autor boliviano no es otra cosa "que el literato creador de una imagen de realidad vista y sentida".[5] Tanto en Pisagua y Vida criolla, descubre que el ambiente de la capital paceña sólo logra destruir la moral de sus pobladores, los entorpece y empequeñece. Los individuos especulan sobre las deformaciones y los males de la vida sin poder apartarse de ellos por falta de disciplinas, principios morales y educación adecuada. Arguedas proporciona copiosos datos sobre problemas como el matrimonio, el amor, la corrupción en la educación y en la política, y la influencia mortal del dinero. Además pinta a los jóvenes mundanos y a las señoritas de la sociedad dedicadas a sobresalir en todas las reuniones gracias a la vana elegancia de la vestimenta, costumbre considerada sin mucho fundamento una especie de exclusividad de la urbe.

La acción de estas novelas se desarrolla en un plano psico-sociológico que contiene a su vez cierta autobiografía.

Así los protagonistas principales Alejandro Villarino y Carlos Ramírez presentan varias características similares a las de Arguedas. Son pesimistas decepcionados que generalmente todo lo ven negro, con una negrura que atraviesa a lo largo de las dos novelas.[6] Son individuos de gran firmeza en sus capacidades intelectuales aunque algo cambiantes e indecisos en su conducta cotidiana. La tristeza persevera en sus existencias y es esta melancolía la que origina en sus almas esa amargura y resentimiento con la que afrontan a las situaciones circundantes. Son introvertidos y prefieren refugiarse en la soledad; sus actitudes frente a los demás son modestas y sobre todo sinceras. Lo mismo que Arguedas, estos jóvenes llevan una vida ordenada, disciplinada aunque esto no se manifiesta en sus vidas indumentarias; son inelegantes, poco meticulosos pero económicos. Refiriéndose al carácter de Arguedas, Gustavo Adolfo Otero dice:

> ... una de sus características más pronunciadas era la del hombre abúlico, sin decisión firme, rápida y con notoria falta de carácter...[7]

Lo mismo sucede con Villarino y Ramírez; es decir, les falta fuerza de voluntad para emprender la regeneración de los males. Cabe destacar que estos jóvenes, y con ellos Arguedas, poseen únicamente dominio sobre sí mismos "con un

sentido senequista, de frenación y control".[8]

En Pisagua, Villarino, lo mismo que Arguedas, posee gran sensibilidad por todo; cree fortalecer su ánimo al mínimo contacto con la naturaleza; viaja por las capitales más importantes de la América Latina y Europa y descubre en éstas los mismos males que en su país. Finalmente, Villarino muere en la solitud de los campos de batalla, como el fruto de una vida desesperada y triste. Arguedas también murió en la desolación, después de haber llevado una vida angustiosa y poco comprendida por sus compatriotas.

En Vida criolla gran parte de los acontecimientos de la vida estudiantil de Ramírez se identifican con los del autor, quien en su obra La danza de las sombras nos proporciona una reseña de su vida (véase DS, pp. 629-710). Emilio Luján, amigo íntimo de Ramírez, describe la vida de éste:

> En el colegio era un chiquillo reservado, tímido incapaz de un gran grito o de una bien sentada patada y extraordinariamente flojo para las ciencias exactas y aún más para el latín, aunque en historia nos ganase a todos, sin que esto le diese ninguna ventaja sobre los demás. (VC, p. 96)

Tanto Ramírez como Arguedas demuestran tener gran interés por el periodismo y esperan que sus artículos induzcan a los gobernantes a enterarse de los problemas nacionales.

Ramírez al escribir la verdad sobre su patria se hace de enemigos quienes le llaman "pesimista sistemático" y "denigrador de las cualidades y virtudes de la raza" (VC, p. 108), epítetos semejantes a los que también recibió Arguedas durante su vida.[9]

Las ideas políticas de Arguedas están expuestas por Villarino y Ramírez en varias oportunidades; ambos jóvenes sienten "asco" por la política y tratan, en todo momento, de mantenerse aislados. Villarino rechaza la oferta de un puesto político ofrecido como resultado de su sobresaliente actuación ante la lucha que derrotó a Melgarejo. Ramírez rehusa el Consulado del Para, que Don Justo Arana (Ministro de Gobierno) le ofrece, porque se da cuenta de las intenciones calculadas de este personaje:

> Yo sé que si me ofrecen ese empleo no es por mi linda cara, sino por apartarme del periódico y hogar a su gusto. Además, te repito, dirían las gentes que me han comprado... (VC, p. 153)

Y en seguida agrega: "Que otros se revuelquen en ese lodo; yo, no" (VC, p. 153). Arguedas, no obstante, tomó parte activa en los sucesos políticos como miembro del partido Liberal, pero esto no quiere decir nada, ya que piensa, y lo expresa en su obra <u>Pueblo enfermo</u>, que la política es la causa "de la sangre y el lodo en nuestra historia" (PE, p. 537).

Alcides Arguedas en su novela Vida criolla consigue retratar a la sociedad de la capital boliviana a principios del siglo XIX, razón suficiente para que esta obra ostente como subtítulo "La novela de la ciudad".[10] El clima en el que se desarrolla la acción es violento, pesimista y el "móvil del autor, mesiánico, con algo del gesto conminatorio del Cristo que arroja a los mercaderes del templo".[11]

El asunto de Vida criolla es la crítica social de los vaivenes urbanos de la clase dirigente, blanca o blancoide, que se encuentra contaminada por las vilezas, idiosincrasias y prejuicios de este medio. La acción principal se reduce al idilio de Carlos Ramírez y Elena Peñabrava, el cual queda interrumpido como resultado del comportamiento hosco del joven que arruina su reputación ante la familia de su novia y le vale el destierro del país. Carlos Ramírez es un periodista intelectual, moralizador y honrado que fracasa en la amistad, en el periodismo, en la vida social, amorosa y política por culpa suya y del ambiente corrupto. Elena Peñabrava, a la vez, es una muchacha tímida pero consentida y egoísta que anhela convertirse en el centro de atracción de los círculos aristocráticos. Pone especial atención a las prendas ostentosas y se aprovecha del dinero de sus padres, quienes están dispuestos a gastarlo, sin miramientos,

con tal de que su hija sea agasajada y consiga un novio digno de respeto en todos los extremos posibles. Elena, por obedecer a sus padres, aunque ama a Carlos le rechaza y continúa su vida como si nada hubiera ocurrido. Esta novela transparenta, en su total, el gesto desolado del autor y su afán crítico en el relato de la vida política, social, periodística, moral y doméstica de la capital paceña.

a) La sociedad paceña.

Junto a Carlos Ramírez y Elena Peñabrava se percibe la sociedad, a la que Arguedas expone con crudo verismo y observación particularmente zahorí, poniendo énfasis en mostrar cómo vive la clase privilegiada. Al hacerlo descubre que la vida física y moral de los paceños es monótona y existe una ligazón sólida entre ellos, cuyas pasiones mezquinas y anticuadas son las mismas. Les preocupa lo pasajero porque la cultura no cuenta con el privilegio de todos, de modo que, el adelanto en lo industrial, en lo comercial y en otros campos es mínimo. Los más grandes acontecimientos sociales están marcados por la política como arte de conducir al pueblo y de dirigir a la sociedad, la que, según Arguedas, puede ser comparada con un estanque donde

> sobre las aguas inmóviles y podridas sólo se agita una clase de bichos con zumbido monótono e incansable: los políticos. Los moradores sólo se preo-

> cupan de halagarlos y de enconar entre ellos su desmedido amor propio, basado en la calidad de sus campanarios, por los que sienten adoración fanática. (PE, p. 456)

Mediante la participación de Carlos y Elena en los diferentes acontecimientos de orden público y privado también se observa la desorientación de la juventud boliviana que, como consecuencia del ambiente en que crecen y la educación que reciben en sus hogares, llevan una existencia vacía, sin propósito. Están acostumbrados a encontrarlo todo hecho. Los padres no sólo les dan la vida, sino también los pretextos para justificarla, los mismos con que ellos justifican la suya. Por lo tanto, la vida social en la novela, está desprovista de espectáculos interesantes y se reduce a excursiones campestres, celebraciones políticas, reuniones en cantinas, paseos en parques y contemplación desde los balcones de las casas por parte de las damas. En todos estos sucesos las apariencias de los individuos son objetos de alardes, admiraciones, comentarios y enconos. Todo lo de aspecto superficial y llamativo les seduce y entusiasma. En estas esferas sociales, el amor propio colectivo es excitable y llega a aberraciones fisgoneas. A pesar de estar todos reunidos, en el mismo lugar, se miran con desconfianza y cada uno se cree superior a los demás; luchan, se

exasperan y se juegan la vida por cualquier nimiedad. Resulta que la vida privada no existe en la capital paceña, ya que es objeto de la atención común; cada individuo se convierte en juez y testigo de sus vecinos, y la persona que tiene mayor información es la más aclamada y agasajada. Las mejores armas naturales de combate son la divulgación, la murmuración, y nadie se libra de éstas; él que no acepta estos insultos y desea obrar con libertad promueve grandes movimientos de protestas y luchas, los cuales le acarrean a su destrucción. Carlos Ramírez, prototipo del individuo independiente, no se identifica, en ninguna ocasión, con sus amigos, quienes le detestan y sólo desean humillarle y arruinarle.

Otra de las ideas predominantes en la sociedad paceña es el rango. En esta novela Arguedas presenta a la clase privilegiada, la cual se halla dividida en dos grupos: el primero está compuesto por las familias de renombre aristocrático artificial así llamado porque, para Arguedas, no existe la aristocracia de "sangre azul" (véase PE, p. 515); y el segundo por las familias adineradas que quieren penetrar estos círculos sociales, lo que constituye el caso particular de los Peñabrava. Para mantenerse en esta aristocracia artificial los individuos tienen que seguir, al pie

de la letra, las costumbres implantadas en años anteriores. Todo el afán, por lo tanto, consiste en formar grupos donde existe predominio del dinero; en relacionarse con individuos de reputación intachable; en asistir a los paseos dominicales acompañados de individuos elegantes y en frecuentar los mejores restaurantes. El descontento, egoísmo y desaire entre estos grupos se manifiesta en todo momento y la competencia está ahí. Para salir vencedores están dispuestos a malgastar sus caudales y energías en cosas superfluas. Tratan de creer y demostrar que la existencia es lenta y apacible, mas el espíritu no puede ocultar el torbellino, o sea, la inquietud de las pasiones. En suma Arguedas muestra con vehemencia todos los defectos colectivos que afectan el desarrollo de la capital paceña y es en su obra La danza de las sombras donde explica la génesis de la novela:

> Una cosa que comenzó a preocuparme desde mi mocedad es el encono de nuestras luchas llamadas políticas; el ardor y la iracundia con que se debaten los asuntos privados; la furia que despiertan ciertos hombres; la persistencia de nuestros odios personales; la veleidad con que cambiamos de ideas, afectos y pareceres; nuestra poca persistencia en la labor creadora. Quise explicar todo esto y escribí Vida criolla. (DS, p. 636)

y luego añade:

> Vida criolla es tan sólo la primera parte de una

> trilogía. Con Ramírez, el héroe principal, me propuse estudiar nuestro ambiente bajo todos sus aspectos: político, social, religioso, económico, moral, etc. Algo más: quise abordar un problema de trascendencia entre nosotros: hacer ver los efectos desastrosos en el hogar por la mala dirección moral e intelectual de la mujer. (DS, p. 637)

Carlos Ramírez, de profesión periodista, es en varios aspectos un ser superior en medio de un ambiente bajo; es franco y honrado, y se siente feliz ante la naturaleza y con un ejemplar del Quijote en el bolsillo. Anhela vivir en absoluto aislamiento de los afanes de la ciudad, porque ésta destruye la moral del individuo, lo deshonra y lo embrutece. Este personaje, aunque en algunas ocasiones se exalta un poco y se pone quisquilloso, es un hombre serio y trabajador. No pretende ver lo que le conviene, sino lo que es en el momento dado. Debido, justamente, a esta conducta, sus amistades sienten un odio profundo y, hasta se podría decir, celos por la valentía con que afronta la realidad cotidiana; sin embargo, este vigor será el causante de su descaecimiento amoroso y social. De acuerdo a Abel Alarcón:

> ... Ramírez ... es el espíritu avanzado e innovador que lucha contra el convencionalismo moral y el convencionalismo político; audacia que le vale el fracaso de sus amores y su destierro que le impone la autoridad bajo el pretexto de haber alterado el orden en un club donde se amasaba una de tantas elecciones.[12]

Desde su niñez, Carlos Ramírez fue un muchacho ejemplar,

dedicado a las lecturas constructivas, y su afán fue el de trabajar fuerte y alcanzar, por sus propios méritos, una posición social respetable no sólo en el sentido económico sino intelectual; empero tiene una flaqueza que no le permite triunfar; es idealista e inconstante:

> La atención fija sobre cualquier punto fatigaba horriblemente su ser, todo su ser. En su conversación, en sus actos y gestos, se notaba una movilidad extrema. Impotente de imponerse a sí mismo un régimen educativo, de trabajar en una labor constante, era variable, inquieto, nervioso. Emprendía mil labores distintas y ninguna le satisfacía ni contentaba; de ahí su depresión constante y su descontento consigo mismo, pues se creía inútil para todo. (VC, p. 125)

El temperamento tímido y meditativo de Ramírez influyen en su alejamiento del mundo social y es, por este motivo, que cuenta con muy pocos amigos; estima a Emilio Luján, primo de su enamorada, porque es el único que le escucha y comprende, aunque, a menudo, sobresale el espíritu contradictorio de ambos. Emilio Luján es un joven activo, entregado a los libros y fiestas sociales, a las que asiste con objeto de impresionar a los políticos y ganarse así su confianza y amistad, importantes en el logro de una posición política. Posee un carácter jovial y se considera dueño de una cultura superior a la de los demás, por el hecho de haber viajado por algunos países vecinos; se muestra grandi-

locuente y seguro en sus opiniones y sabe ocultar "sus maldiciones o sus malquerencias bajo una apariencia de extremada urbanidad" (VC, p. 99). Ramírez también se cree un sabio, y moralmente estos dos seres se parecen, mas sus intenciones difieren; Luján es un ser pragmático y ambicioso, mientras que Ramírez es pensativo y sincero. Luján conoce bien a Ramírez y siempre que puede trata de ayudarle y defenderle ante la demás gente diciendo: "... es un hombre mejor que los que conozco y que andan haciendo pregonar falsas virtudes" (VC, p. 95). Luján, en una oportunidad, al ver que su prima Elena, llevada por los consejos de su familia y amistades, elude la compañía de Ramírez, quien se encuentra desilusionado, le aconseja:

> Eres muy hosco, muy tímido y un temperamento como el tuyo no es para nuestro medio. Aquí es de balde que consumas tu vida queriendo trabajar en cosas del espíritu. Eso a nuestras mujeres se les da un comino. Lo que ellas quieren es que vayas bien vestido, perfumado, elegante, que sepas bailar,... decir chistes, hacer monadas, andar en los paseos públicos acompañando a esas gentes que se titulan aristocráticas... Aquí hay que ser farsante y mentecato. Y los como tú, los tímidos, los modestos, los zonzos..., no tienen más remedio que dejarse de amoríos o esperar que a su amada se le quite un *pije* a la moda y quedarse tristemente sin novia y todavía con la fama de haber sufrido calabazas. (VC, p. 125)

Ramírez escucha los consejos de su amigo, pero no los acepta

porque esto significaría renunciar a sus principios. Prefiere mantenerse alejado de las gentes y dedicar su tiempo a filosofar sobre la vida.

Luján, en ciertas ocasiones, siente envidia por la férrea voluntad de su amigo en sus ideas y por la suerte que tiene cuando le ofrecen un puesto político que no acepta. Luján, entonces le considera "un loco de camisa de fuerza, loco de manicomio" (VC, p. 155) y un

> desequilibrado y de la peor especie: pertenecía a esa de los que se consideran llamados a arreglar el mundo y la sociedad en que viven; de los visionarios fáciles de llegar al anarquismo de hecho para poner remedio a lo que su extraviada imaginación les presenta atacado de mal. (VC, p. 155)

Luján nunca hubiera desperdiciado semejante oportunidad y por el mismo hecho se siente humillado y trata de justificar su conducta explicándole a Ramírez que él considera injusto el que se den empleos honoríficos a quienes no los piden.

Ramírez, reprueba el comportamiento de sus amigos, quienes conocen todos los vicios posibles: se embriagan, visitan mancebías, juegan y trasnochan; todo esto lo hacen secretamente para evitar que sus nombres no se manchen en las esferas sociales. Delante de las damas se comportan de manera diplomática, aparentan ser cordiales, presunciosos y

educados, mas Ramírez les encuentra

> incapaces de comprensión, muy dados a vivir de las cosas inmediatas, egoístas de temperamento. Para él la mentalidad de sus amigos estaba enferma, porque no sabía elevarse hasta las alturas de la idealidad. Pensaba que los mejores y los más aptos estaban en la obligación de crear obras consistentes, capaces de flotar sobre las preocupaciones del momento, y él consideraba a sus amigos dispuestos a todo menos a chocar contra los prejuicios de su país. (VC, p. 118)

Los amigos de Ramírez tampoco simpatizan con él y le creen "un ser nacido a destiempo, inhábil de alcanzar un triunfo cualquiera, demasiado soñador, demasiado 'amujerado' (VC, p. 118). Estos jóvenes son egoístas, hipócritas, y sólamente el alcohol logra disminuir la rigidez en que se encuentran, y cuando esto ocurre, se llega a establecer cierto ambiente de sinceridad, en el cual, por cierto, la adulación deja sus huellas bien marcadas. Para Arguedas la amistad íntima entre dos personas no existe. Así, pues, Emilio Luján se muestra leal, considerado y atento, pero cuando Ramírez más necesita de su cooperación, la situación cambia considerablemente. Luján no quiere comprometer su carrera política y al comienzo rehusa ayudarle, hiriendo los sentimientos del joven; pero se da cuenta de su mezquindad muy tarde y trata de disculparse diciendo,

> En la lucha entre la amistad y el interés, sólo en el corazón de los héroes triunfa la amistad, y yo

> no soy un héroe, ni creo que tampoco lo seas tú... A ti te hace falta salir de Bolivia, conocer mundo, sufrir del egoísmo de los demás y verías que variaban tus ideas y llegabas a la misma conclusión que yo. (VC, p. 199)

Para Ramírez la amistad y el amor, tienen otro significado:

> La amistad, el amor y todas las demás pasiones son como el fuego: necesitan combustible para vivir. Y el combustible del amor es la ilusión y el de la amistad, el desinterés. (VC, p. 158)

La pintura asaz desconsoladora y pesimista del ambiente político, periodista, profesional y doméstico se manifiestan en Vida criolla. Arguedas enfoca su criticismo en la juventud boliviana. Insiste que en Bolivia todo fracasado, en cualquier esfera de actividad, ya sea en medicina, leyes, periodismo, comercio, foro, trata de penetrar el círculo político, considerado como el medio más eficaz y seguro de lograr lo que antes no pudo obtener. Otro grupo de individuos, a pesar del triunfo obtenido en sus profesiones, esperan ansiosos el día que puedan asumir cualquier puesto político, y por consiguiente, fama nacional. Mientras aguardan los designos de sus compatriotas, la abulia, la vacuidad y el tedio se ponen en evidencia. Estos jóvenes se pasan los días bebiendo y hablando interminablemente de los mismos asuntos e inventando bromas pesadas y maliciosas contra sus enemigos. Se consideran entre ellos mismos ami-

gos leales pero, sin embargo, hablan deshonrosamente acerca de cada uno, envidiando la fortuna y capacidad intelectual de los que la poseen. Cada uno se conoce los secretos de los demás: "sus menores gestos, sus aventurillas sensuales o sentimentales ... sus horas de comer, soñar, y desahogarse" (VC, p. 145). Su vida cotidiana se desliza libre de sobresaltos y accidentes; se encuentran cansados de todo y lo único que hacen es derrochar el caudal de los padres, porque ninguno tiene una ocupación fija -a excepción de Pedrosa, el médico-. El análisis que Arguedas realiza de estos jóvenes revela, indudablemente, su perspicacia psicológica:

> Estos amigos [Pedrosa, Barrientos, Rodríguez] , con Pérez y Guilarte, constituían grupo separado en la villa. Creíaseles ligados por firme amistad, porque en todas partes se les veía juntos; pero cada uno, por su lado, se consideraba superior a los demás en talento o en cuna, y, dando como un hecho esa superioridad, se ayudaban unos a otros en lo que podían. Y juntos se divertían, ideaban planes de conquista mujeriles, juntos soñaban en días de renombre y poderío. Y esta vida estrecha y estas aspiraciones incolmadas los ligaban con lazo indestructible y les obligaba a estimarse y aun a quererse, aunque en su cariño hubiese sombras de recelos y rivalidades. (VC, p. 144)

b) La política.

El autor boliviano, en esta novela, no tiene el propósito de destacar figuras individuales, sino el de conseguir retratar seres con todas sus debilidades y faltas políticas

y sociales. De aquí que censura enérgicamente a la política, causante de todas las enfermedades circundantes del país. Del mismo modo que en los otros países Latino-Americanos, la política desempeña uno de los papeles más importantes en el aspecto de la vida nacional boliviana, debido a que ésta es la actividad omnímoda que apasiona a todos. La política "es el medio de alcanzar situaciones y de acumular riquezas ... es el más lucrativo de los negocios, el más seguro, el más cómodo" (PE, p. 572). Como consecuencia, la empleomanía se difunde entre los jóvenes bolivianos, quienes quieren ocupar cualquier posición gubernamental para así adquirir prestigio social y, más aun, aumentar su fortuna, pues, en la política existe:

> un sanchopancismo grosero que sólo mira la riqueza, el lujo chillón y el hartazgo; un afán de empinarse y ser alguien; una tendencia degradante a adular baja y servilmente al que puede y manda para conseguir alguna cosilla de momento. (PE, p. 574)

A fin de ostentar la trascendencia política en la vida de los individuos, el autor escudriña la carrera política de Don César Peñabrava. Sin ninguna experiencia tanto legal como militar, su candidatura está explicada con el comentario de "cosas de nuestros caciques" (VC, p. 99). Don César, a pesar de estas inutilidades, posee otros requisitos: es miembro de las esferas sociales y ante todo es

rico, razón suficiente para contar con el soporte militar y el de las demás personas gubernamentales en poderío. Arguedas hace hincapié sobre la influencia que tienen los bienes materiales en alcanzar un puesto político. Don César es un hombre nulo no sólo en la política sino también en el trato social. Si no fueran por los vestidos elegantes de su hija y las fiestas campestres que ofrece a sus distinguidos amigos, su persona pasaría inadvertida. Con motivo de impresionar y satisfacer a sus invitados de honor, Don César se provee de un nuevo vestuario y decide decorar los salones de su casa con muebles de lo mejor. En las fiestas campestres, los invitados tienen la oportunidad de disfrutar la belleza del paisaje, el cual al parecer no logra regocijarles el alma, o como Abel Alarcón dice:

> No lo apacible de la naturaleza suaviza el corazón de nuestra gente de la novela, que en ninguna parte se despoja de sus rencores, sus cobardías y sus secretos odios: que conversa desviando la hiel que amenaza desbordarse por las comisuras de los labios; que agasaja con la frase y hiere con el pensamiento, y que encumbre con cortesía cursi sus bajos sentimientos y brutales deseos para el prójimo.[13]

Don César desde el instante que presenta su candidatura para diputado ya no se pertenece a sí mismo, sino a los otros; el grupo le domina y le posee. Su vida se llena de compromisos pero ni siquiera se le asoma a la mente la idea

de ampliar sus conocimientos concernientes a los problemas de la nación. En conformidad con Luis Alberto Sánchez:

> Uno de los leit motif de Arguedas es la esterilidad del trabajo intelectual. Siempre se queja de lo mismo. Aquí como en todas sus obras.[14]

Arguedas, entonces, sugiere que un buen político debe conocer a fondo los problemas nacionales y es así como Emilio Luján, sobrino de Don César, le aconseja a su tío,

> Hay que estudiar por lo menos un poco de historia, otro de geografía y otro de economía política, sin descuidar, por cierto, la historia de la patria... Léase por dos o tres veces la Constitución del Estado o sea la Magna Carta y, si posible, apréndasela de memoria. (VC, p. 177)

Don César llevado por su ignorancia encuentra todo esto demasiado aburrido e intangible y prefiere escuchar los consejos de uno de los amigos de su hija:

> Dé usted fiestas, hágase amigo de los artesanos más influentes y convide usted a alcohol a troche y moche. No hay nada como el alcohol y un poco de dinero... (VC, p. 178)

Aparentemente el último método es más práctico y efectivo, pues, Don César obtiene el puesto que anhelaba. En pocas palabras, para Arguedas, la política es la práctica de la felonía y la adulación. Uno de los pasajes más característicos de esta clase de halagos, es la espera del desfile en honor del candidato presidencial Don Cosme Endara en los balcones de la familia Peñabrava. Se ve muy claro pasar a

las asociaciones, la muchedumbre, el partido favorito y a los jinetes que se ocupan de recibir los ramilletes y coronas que se lanzan de las ventanas en manifestación de aprecio hacia el distinguido candidato. La tensión y exasperación que demuestran Don César y su esposa son trágicas y a la vez rídiculas (VC, pp. 122-123). En resumen, para Arguedas, la política se halla asociada con las fiestas, el nepotismo, los cohechos, y los discursos insignificantes; los personajes políticos se dejan llevar por su ignorancia y no dan muchas muestras convincentes al defender sus ideales.

c) La prensa.

Otro de los factores que afecta la mentalidad colectiva es la prensa. Arguedas muestra la vacuidad del mundo periodístico e informativo en su tarea común de distraer la mente y embotarle la conciencia al individuo. El autor nos dice:

> La prensa ha desviado el criterio público después de la derrota y ha desvanecido en la masa ese su instintivo anhelo de justicia, pues los periodistas, por viles, cobardes y egoístas, han creado, contra la realidad, la leyenda del militar bravo, austero, asceta y cumplidor de sus deberes. (PE, p. 509)

El papel que desempeña la prensa en los asuntos políticos y sociales es potente; el público lector se deleita con las noticias secundarias y piensa que la sección destinada

a relatar la vida y milagros de la gente es la más aclamada y favorecida. En ella, se comentan detalladamente los gestos de los individuos, fiestas, almuerzos, matrimonios, cumpleaños, que, por insignificantes que sean, merecen singular mención. Todos estos sucesos son dignos de ser guardados cuidadosamente para la posteridad; y toda persona de cierta importancia social piensa que tiene que ser honrada por la prensa, para poder probar que verdaderamente ocupa una posición elevada e irreprochable. La prensa, además, es la culpable de proveer material circunstanciado sobre sucesos baladíes para la chismería. Cuando no existe disponible alguna participación matrimonial, el periodista da rienda suelta a su imaginación e inventa un idilio para llamar la atención del público lector. Con objeto de lograr éxito e intriga el gacetillero emplea la forma anónima de "él" y "ella". Esta clase de información despierta el entusiasmo y curiosidad del lector que no sabe instruirse con la lectura de los períodicos. Los sucesos mundiales lastimosamente ocupan un espacio reducido ya que los residentes de La Paz dan preferencia a lo que acontece en su pequeño mundo lleno de intereses egoístas. A más de las noticias, el editor publica automáticamente todos los poemas y artículos enviados por los subscriptores, de manera que no decaiga

el negocio y no se pierda la clientela. Arguedas opina que los periódicos

> por lo común, son verdaderas cloacas donde invocando los eternos principios de honestidad, veracidad, se miente a sabiendas, se negocia, se intriga y se hacen cosas muy sucias que justamente van contra el honor y la veracidad. (PE, p. 489)

La prensa sirve también como medio de propaganda para todos los individuos que desean integrar el gabinete gubernamental; éstos únicamente tienen que dedicar su tiempo a escribir cualquier artículo de alabanza y halago sobre la excelente actuación que desempeñan en sus labores tanto el presidente como los miembros de su gabinete. Arguedas nos presenta por medio de Guilarte al periodista interesado, más que nada, en penetrar los círculos políticos. Se cree digno de toda clase de atenciones y de las más altas gratificaciones por gozar de un espíritu discurseador y apto en su profesión. Guilarte odia a Ramírez su competidor, y no pierde ninguna oportunidad en desafiarle. Así, en una de las reuniones sociales obliga a su émulo que dirija la palabra a la concurrencia, y le dice en un tono provocante: "¡Que improvise, si es intelectual!" (VC, p. 109). El aludido se pone de pie y cruza a Guilarte y demás asistentes con esta ironía: "Señores: hay momentos en la vida que vale más comer que decir vulgares tonterías,... ¡He dicho!"

(VC, p. 110). La perplejidad de Guilarte, ante semejante respuesta es notoria y su primera reacción es la de fingir no haber comprendido la alusión y ponerse a reir. Ramírez, como resultado de su carácter hosco e intransigente, solamente logra acrecentar el número de sus enemistades, creándose "formidables enemigos en todos los círculos especialmente en ese que se decía intelectual y escribía en diarios" (VC, p. 109).

Guilarte se vale de todo lo que está a su alcance para conseguir un puesto político. Después de su ascenso a oficial primero del ministerio de gobierno, Guilarte no abandona su trabajo periodístico y trata de combinar ambos con motivo de sacar mayor provecho en su vida ambiciosa y sin fundamento. El joven periodista, además, edita lo que cree conveniente, agrandando y deformando las situaciones en favor de sus aliados. Durante el período de elecciones su vida se complica y el tiempo se le hace oro. Guilarte trata de engraciarse con todos los que pueden beneficiar sus anhelos políticos, demostrando nuevamente su egoísmo innato. En todo lo que apoya y defiende pone suma de energías con la resolución de dar una falsa idea de patriotismo. Por lo tanto, Guilarte representa la antítesis de Carlos Ramírez, quien por decir la verdad y defender su ideario político

no consigue nada trabajando en el períodico y, más bien, se hace de terribles adversarios que le insultan y hacen pasar por un "demagogo idealista flotando siempre en el mundo de los sueños, incapaz de inspirar un cualquier movimiento de orden práctico" (VC, p. 162).

d) La profesión médica.

Al lado de los periodistas, Arguedas coloca a los médicos. Éstos, generalmente, tienen la esperanza de integrar algún día el grupo de periodistas y abrirse paso en la vida política, donde podrán introducir sus ideales burdos, hipócritas y aventajar su ambición desmedida de medrar del tesoro público. El autor no culpa a los jóvenes por la falta de interés en sus profesiones, sino al sistema educativo y a los padres que exigen, hasta cierto punto, que sus hijos obtengan el título de doctores. Los programas que ofrecen las universidades son reducidos y las consecuencias son funestas, ya que el exceso de médicos, abogados y teólogos crean un ambiente desinteresado en el cumplimiento de las labores prácticas. Por consiguiente, Arguedas aboga por un cambio en el sistema educativo y pone énfasis en las ramas técnicas. Rafael Pedrosa, es médico de profesión y períodista de afición; anda siempre alerta y dispuesto a defender su prestigio, si posible, a costo del sacrificio

de cualquier vida humana, al negarle al paciente el auxilio necesario. Esta conducta muestra la triste realidad de la irresponsabilidad y sobre todo la carencia de la ética profesional. Arguedas por medio de este personaje nos da una idea del mundo médico, descrito de la manera siguiente:

> Si no nos pagaran nuestros enfermos, más valdría que nos ocupásemos en hacer zapatos o arar el campo. La vida es dura, querido, y mucho más para los profesionales. En otras partes a un médico se le pagan diez o veinte mil pesos por una operación; aquí presentamos una cuenta de dos mil y los más ricos saltan ochenta varas... Bueno, pues aquí estamos entre los médicos como perros y gatos y todos nos perjudicamos de lo lindo. Somos muchos para una población tan reducida. Conozco a algunos que se van a ofrecer para curar gratis a condición de que el cliente les publique un bombo por el periódico ... hay otros que no tienen ni un sólo enfermo y se pasean, sin embargo, toda la mañana por la ciudad en su <u>tojlo</u> (escuálido) caballito. Somos malos, querido, muy malos, muy ... cochinos. (VC, pp. 151-152)

Conforme al autor, la profesión médica carece de estima en el país y las personas afiliadas a este campo prefieren que sus amistades les conozcan por otra ocupación. Así, Pedrosa desea que se lo considere periodista y para obtener este fin se esfuerza en contribuir al periódico, facilitándole las fechas de cumpleaños de las damas paceñas. Este trabajo fútil le proporciona gran satisfacción y, si se quiere, mayor prestigio que el de la investigación científica y la práctica médica. La única aspiración de Pedrosa es, por

consiguiente, la de obtener un puesto político.

Entre otras profesiones, el autor boliviano menciona brevemente la vocación literaria y religiosa a través del poeta Juanito Pérez y el cura don Pablo respectivamente. El poeta lleva una vida desordenada, indolente y perezosa, causante de la destrucción de su espíritu simple. Se conforma con soñar y presentar en sus poemas ideas opuestas a sus creencias, por el simple hecho y ansia de ser original. Su débil "consistía en fingirse protagonista de románticas e inverosímiles historias" (VC, p. 113). El cura don Pablo, se caracteriza por la destreza con que manipula la personalidad e ideas de sus siervos, particularmente de las mujeres que visitan a menudo su parroquia con el propósito de pedirle consejos espirituales y confesar sus pecados. Este individuo no se interesa por los problemas políticos en forma directa, mas no rechaza la idea de que estos influyen en la formación de la opinión pública. Se contenta con llevar una vida cómoda sin tener que sacrificar sus fuerzas físicas para conseguirla.

e) La mujer boliviana.

El campo político ofrece, sin duda, grandes oportunidades para los jóvenes bolivianos, quienes pueden alcanzar prestigio si se esfuerzan en penetrar este círculo, mientras

que las mujeres quedan completamente excluidas y su único anhelo es el de contraer matrimonio con un hombre de reputación y fortuna. El matrimonio en esta sociedad es una institución de conveniencias y no de compatibilidad. Tanto los jóvenes como las muchachas aspiran conseguir beneficios y no se preocupan en engrandecer su caudal espiritual. Arguedas piensa que entre ellos no hay convivencia y mucho menos armonía puesto que se les educa casi en plena agresividad. Los padres, además, se mantienen reservados en cuestiones de sexo

> y dejan a sus hijos en manos de profesores incompetentes, creyendo que éstos harán lo que ellos no tienen la energía de hacer; y los niños, libres de toda traba, crecen sin observar método racional alguno, salvajes como los potros en las llanuras. Los padres de ellas, suspicaces, dudan de la pureza de relaciones entre los sexos, y así llegan, unos y otras, a la edad en que la naturaleza impone sus deberes, y entonces, siendo difícil para ellos el satisfacerlos con holgura, sólo buscan en el matrimonio manera de hacerlo. (PE, p. 516)

Los padres de Elena, por ejemplo, no se preocupan por la felicidad de su hija y sólo quieren que ella se case con una persona de posición social y por eso rechazan su noviazgo con Ramírez. Arguedas censura esta conducta y cree que el matrimonio no debe efectuarse sólo por interés, sino que se deben tomar en cuenta los gustos afines de los futuros cónyuges:

> Para que en un matrimonio haya equilibrio, es necesario, fatal, absolutamente indispensable que los cónyuges tengan iguales gustos y, sobre todo, estén igualmente educados. (VC, pp. 158-159)

Si no existen estos requisitos, el matrimonio, en la mayoría de los casos, fracasa. Arturo Olaguíbel contrae matrimonio con una muchacha de gustos contrarios a los de su persona y su matrimonio se convierte en un martirio, del cual el joven es esclavo. Olaguíbel

> se casó porque le pesaba la soledad y creía tener en su casa esas pequeñas fruiciones inherentes a un hogar bien constituido, y se había engañado. Entre él y su mujer no existía ni la más remota semejanza. El era ordenado, metódico, meticuloso en sus cosas, amigo de la paz y el orden, y su mujer era perezosa, egoísta, indolente... Casóse ella para crearse un círculo correspondiente a su rango y ante el cual pudiese lucir sus trajes, y le guardaba rencor a su marido que no representaba en la sociedad el papel que ella le había atribuido, seducida por las alabanzas de aquél, y lo abrumaba con reproches cada vez que Arturo, fastidiado por el desorden y abandono de su casa, tenía la pretensión de llamarla al orden en el cumplimiento de sus deberes. (VC, pp. 171-172)

Arguedas a través de Elena y Carlota nos presenta a la mujer boliviana de la época. Elena Peñabrava, además de ser una muchacha mimada, pertenece a una familia acaudalada dispuesta a sacrificar todo con tal de que su hija sea el centro de atracción de la sociedad paceña. En conformidad con Alberto Zum Felde, Elena "es la frívola damisela de salón mundano".[15] El ambiente hogareño influye considerablemen-

te en su personalidad egoísta y esclava de todos los prejuicios circundantes. Lleva una vida superficial y su única preocupación es la de estar al corriente de las modas lanzadas en las capitales más importantes del mundo, sin preocuparse, ni siquiera remotamente, en ampliar su cultura con la lectura de libros útiles y beneficiosos:

> Si alguna vez por extraordinaria circunstancia, se la veía hojear un libro, era que en ese libro había figurines o se hablaba de modas. Las lecturas serias, le causaban insigne malestar y le producían sueño, cansancio, fatiga. (VC, pp. 103-104)

Su egoísmo llega al extremo del margen convencional y el mundo es para ella nada más que "un vasto espejo en el que sólo su persona podía reflejarse" (VC, p. 104). A Elena le gusta ser objeto de halagos; el mundo puede desquiciarse, desorbitarse, mas ella no se inmuta ante nada, puesto que sabe mantener su serenidad en cada instante y centrar su atención en las cosas vacuas e insubstanciales. Los trajes tienen para la joven gran importancia en la vida de los individuos y aun de las sociedades. Arguedas pone demasiado énfasis en la manía que Elena tiene por la vestimenta:

> Tenían para ella sus vestidos una excepcional importancia en la vida de los seres, y aun de las sociedades. Y llegó a dividir por tanto al mundo en dos solas y exclusivas categorías: los que se visten bien a un lado y los que se visten mal al otro, atribuyendo a la primera categoría toda clase de superioridad sobre la otra. (VC, p. 104)

El autor observa que la vida femenil es de pura apariencia; la mujer (las señoritas Encinas, Montenegro, Orondo, Quiroz y Peñabrava) para él no concibe en ningún momento el derecho de superioridad en la vestimenta de su émulo. A fin de competir con las demás está dispuesta a sacrificar todas las comodidades del hogar e inclusive a privarse en la alimentación, aparentando siempre tener una buena situación económica y, por lo tanto, social. Arguedas en su ensayo Pueblo enfermo nos confirma que la mujer

> suprime el confort y las comodidades indispensables en el hogar; se impone privaciones, come mal, vive peor ... y en todas es la sola preocupación presentarse bien, aparentar que se está en buena situación económica. Témese el concepto de pobreza más que ningún mal. Allí constituye humillación confesar que se es pobre; pero no que la viruela o escarlatina ha entrado en casa. (PE, pp. 512-513)

Cuandoquiera que puede, el autor ridiculiza la existencia trivial de las mujeres pertenecientes, en particular, a las altas esferas sociales. El capricho que tienen éstas de comenzar una conversación interminable es otro de los muchos ejemplos de asaz insignificancia en las labores cotidianas. Así uno de los pasatiempos de Elena es el de entablar constantemente una grave y trascendental conversación con su madre o con sus amigas íntimas. El tema fijo de estas charlas es generalmente el de la vestimenta, tanto de ella

como la de los demás:

> Cualquier acontecimiento de resonancia podía pasar inadvertido para ellas, menos el día que estrenaran algún vestido las mujeres distinguidas de la ciudad. (VC, p. 126)

La existencia de Elena es, por cierto, vana, inverosímil y sin sentido, aunque la joven piensa que es laboriosa porque encuentra en su casa

> algún traje que componer, si no suyo, de su madre; alguna arruga que planchar, ... algún botón que pegar. Y esta labor acomodada a sus gustos y preocupaciones, labor que a veces no dejaba de producirle cansancio físico, le permitía en sus horas de fatiga y regocimiento idear toda clase de aventuras amorosas, mas nunca, ni aun en sueños, había llegado a figurarse ni a pensar en un amor como este tan hondo y que de repente casi acababa de descubrir. (VC, p. 104)

Elena espera con ansiedad los domingos para así poder lucir sus prendas elegantes y ostentosas, en los paseos que tradicionalmente se efectúan en el Prado. "Nada le parecía tan digno de una persona decente como el despertar envidia en los demás" (VC, p. 132).

Los días feriados traen consigo gran júbilo para las jóvenes porque durante estos momentos de ocio se llevan a cabo una serie de bailes y otros eventos que llaman la atención de todas las personas interesadas en distraerse y pasarla bien. El autor comenta sobre la vida monótona e insignificante de estos jóvenes, cuyas pasiones son las mismas

e idéntica su intelectualidad. Esta vida material sin ninguna variación concluye por deformar la imaginación y extenuar el espíritu de los que tienen mayores conocimientos. Arguedas piensa que el horizonte intelectual es amplio en esta juventud pero la falta del ambiente no permite imponer ciertas disciplinas para lograr el bienestar colectivo. Elena, por ejemplo, pasa todo el tiempo

> buscando anhelosa los días señalados para el descanso que produce el cansancio de no hacer nada; y como ella, poco más o menos, todas las señoritas de la ciudad ... y luego siempre lo mismo, domingo a domingo, año tras año, hasta los de veras grandes acontecimientos del matrimonio y de la muerte que viene a romper o a desviar en una curva la línea recta de esas vidas... (VC, pp. 126-127)

Arguedas, más tarde, satiriza la conducta de Elena y trata de acentuar la apocada personalidad de la joven, la cual concuerda con su fingida apariencia y carácter superficial. Elena, aunque ama a Carlos Ramírez, no lo defiende cuando descubre que tanto su familia como sus amigos desaprueban su comportamiento en la vida política y social de La Paz. Vive pendiente del "qué dirán" de la gente y debido a su falta de voluntad y carácter prefiere resignarse a todo y olvidar con el tiempo lo sucedido. Arguedas cree que Elena es simplemente víctima de las circunstancias que la rodean y echa la culpa tanto a la actuación egoísta e

indiferente de sus padres como a la educación implantada por los jesuitas. Los padres de Elena quieren que su hija goce de la vida, libre de inquietudes y pesares:

> El dogma incontrovertible de su casa era que el amor no engendra sino deberes y responsabilidades y que toda joven, antes de casarse, debía gozar de la vida, saboreando los encantos que le son propios. Y estos encantos, tanto para su madre como para ella, no los procuraban sino los trapos, las cintas, las sedas, las flores de papel; los bailes, los paseos, el roce con las gentes de tono, la vida de sociedad. (VC, p. 103)

Poco se les da a los padres de Elena y de las demás muchachas que sus hijas sean cultas o no, puesto que "la idea corriente en el hogar, es esa de que las hijas deben saber sino lo indispensable para desempeñar seductor papel en la vida social; y se las educa sólo para ese fin" (PE, p. 511). De ahí que sus culturas son rudimentarias y sus vidas abúlicas. La moral jesuita, por otro lado, influye en la personalidad de ellas, quienes desde muy pequeñas aprenden a ser recatadas para no caer en el pecado y después en el castigo. La influencia de las ideas jesuitas convirtió a las mujeres en seres de creencias religiosas intolerablemente fanáticas.

Elena desecha por completo la idea de juntarse con Ramírez, a pesar del amor que siente por él. Trata de establecer un vínculo cordial con Andrés Rodríguez, joven de

intachable reputación y considerado uno de los mejores partidos de la sociedad paceña, aunque sólo sus amigos saben que su flaco es la "vanidad, una vanidad mujeril" (VC, p. 143). Andrés corresponde a las atenciones de la joven y la seduce con el propósito de adquirir algún beneficio de la carrera política de Don César, padre de Elena. Como se puede observar, estos seres no actúan con naturalidad y siempre tienen en mente la perspectiva de conseguir algo a cambio de lo mínimo necesario.

La otra muchacha descrita por Arguedas es Carlota, que puede ser considerada como la personificación opuesta a la de Elena. Carlota representa a la mujer resentida y amargada, cuya familia un día contó con una suma substancial de dinero pero que ahora se ve restringida en sus gastos económicos; además, la joven perdió su honra y consiguientemente su reputación. Esto afecta su personalidad y se convierte en un ser hipócrita y mordaz para con su prójimo. Según Alberto Zum Felde, Carlota representa a "la guardiana del fariseísmo moral".[16] En su esfuerzo de eludir el solterio, Carlota no se detiene a meditar cuanto dinero gasta en cosméticos y demás atavíos para satisfacer y mejorar su apariencia personal, y recuperar así su popularidad social. De acuerdo a Arguedas la amistad sincera entre dos mujeres

es casi imposible, debido a la constante rivalidad existente entre ellas mismas. Carlota, en todo momento, siente gran envidia y odio hacia Elena por poseer ésta una belleza aristocrática, prendas lujosas, y sobre todo una radiante juventud; se mantiene al lado de la joven por pura conveniencia. Los sentimientos mezquinos de Carlota se conservan ocultos por largo tiempo, pero siempre llega el momento de revelarlos, y cuando esto ocurre, su ira es capaz de perturbar cualquier alma sensible. Conforme a Abel Alarcón:

> El diálogo último, de terrible desavenencia, entre las amigas Carlota Quiroz y Elena Peñabrava, es de un efecto demasiado fuerte; sacude los nervios por su vehemente realismo. Elena ha mentado a la solterona un desliz de consecuencia, y ésta ha descubierto a la moza los amores de su madre con un fraile.[17]

En esta novela, Arguedas no se detiene a formular ningún criticismo sobre la discusión entre las mujeres jóvenes y las de avanzada edad. El autor sólo condena severamente a Doña Juana, madre de Elena, por su falta de sinceridad en el interés de los asuntos domésticos y familiares. El anhelo imponente de Doña Juana es el de adquirir fama social, y para lograr este propósito se vale de una serie de artimañas y esfuerzos calculados. Primeramente, considera indispensable invitar a sus fiestas únicamente a lo más distin-

guido de la sociedad paceña, con la esperanza de que su familia sea correspondida con similares atenciones. Se interesa en ganar la confianza de la familia Montenegro, por ser ésta la "flor y nata de la sociedad" (VC, p. 98). Los convidados por su parte, se sienten obligados a ir a participar en estos eventos, simplemente para que sus nombres figuren en la columna social de los diferentes periódicos de la ciudad. La familia Montenegro, sin embargo, no se digna corresponder las atenciones de los Peñabrava y el furor de la madre de Elena sobrepasa su límite al saber que han sido desairados. Entonces, Doña Juana toda altiva decide reparar el dicterio recibido, pero su venganza chapucea; este episodio puede ser considerado entre los mejores de la novela. La finalidad de Arguedas al presentar a Doña Juana, es el de demostrar que el genuino amor materno se halla generalmente ausente en las mujeres de la clase social: "... lo que Doña Juana sentía por Elena no era amor, sino orgullo. El orgullo de madre que engendra hijos fuertes y bellos" (VC, p. 186).

Las conclusiones que se pueden extraer de la descripción de estas dos novelas, Pisagua y Vida criolla, son ya evidentes. En ambas novelas se destaca la constante preo-

cupación de su autor y la posición fundamentalmente crítica que adopta frente a la realidad social. Mediante el testimonio, intenta funcionar como conciencia nacional, condenando la actitud conservadora de la clase privilegiada, la apatía, conformidad y abotargamiento de la misma. Sus dos novelas, por consecuencia, representan un sólo propósito, el de inyectar un reactivo en la vida nacional, reflejando una época y unas circunstancias en que el mal social, en general, es atávico.

NOTAS

[1]Luis Alberto Sánchez, "Prólogo" a Obras completas, ed. cit., t. I, p. 25.

[2]Ibid., p. 16. La primera edición de Pisagua fue publicada en La Paz: Imprenta Velarde, 1903.

[3]Enrique Finot dice que Pisagua "está urdida con el auxilio de episodios típicos de la historia boliviana ... es la primera tentativa en el presente siglo para escribir novela de verdadero ambiente nacional" ( Historia de la literatura boliviana, ed. cit., pp. 344-345). Véase también Augusto Guzmán, La novela en Bolivia, La Paz: Juventud, 1955, pp. 49-50.

[4]Guzmán, op. cit., p. 49.

[5]Rafael Altamira, "Prólogo" a Raza de bronce, Valencia: Prometeo, 1923, p. vii.

[6]Para mayor información sobre el carácter y personalidad de Arguedas, consúltese Gustavo Adolfo Otero, op. cit., pp. 164-193.

[7]Ibid., p. 168.

[8]Ibid., p. 169.

[9]Véase Fernando Díez de Medina, "Insurgencia de la juventud", Thunupa, ed. cit., pp. 353-371.

[10]"Prólogo a Alcides Arguedas, Obras completas, ed. cit., p. 17. Hay dos redacciones de Vida criolla. La primera fue publicada en La Paz (Eulogio Córdova, Editor, 1905); y la segunda en Paris (P. Ollendorff, 1911). Existen marcadas diferencias entre ellas. La segunda versión es más coherente y el estilo está pulido; además, Arguedas agrega descripciones de costumbres bolivianas así como, el

carnaval, la navidad, la fiesta del equeko y el desfile político. Contiene también algunas descripciones naturalistas, al darnos a conocer el método que emplean para envenenar a los perros con motivo de mantener el estado sanitario de la ciudad y la violencia a la que recurre el cholo Chungara con su rival. En la primera redacción también aparece un prólogo escrito por J.C. Valdés, quien nos manifiesta lo siguiente: "Este libro alza el velo rosado con que nuestra fantasía cubre las llagas que corroen el cuerpo social. Creemos que el país progresa y se engrandece, que nuestras instituciones se encarrilan por la línea de la justicia y la libertad, que marchamos hacia adelante siguiendo el movimiento general de cultura y bienestar. Y mecidos por este dulce convencimiento, dejamos hacer y dejamos pasar" (p. i). Carlos Ramírez es el protagonista principal en ambas versiones, pero en la primera se presenta más pesimista y mordaz. Los caracteres en la segunda versión están mejor perfilados. Los padres de Elena no desempeñan un papel importante en la primera, Arguedas ni siquiera menciona a Juana Peñabrava y más bien la substituye con Doña Rita, tía de Elena, quien se muestra más comprensiva con su sobrina. La sirvienta de Elena, Clotilde, adquiere mayor diversidad en la segunda y se destaca por su sinceridad en contraste con el egoísmo de Elena. La crítica sobre las lacras sociales es la misma. En la primera versión Arguedas describe lo que le pasa a Carlos Ramírez después de su exilio. El joven se dirige primeramente a España y luego a París donde entabla una amistad sincera con Margarita Bjorkmann. Ramírez se decepciona más de la vida al enterarse que Elena contrajo matrimonio con Rodríguez y que su amigo Luján se suicidó. Ramírez cae enfermo con tuberculosis (el pesar de los héroes románticos) y gracias a los cuidados de Margarita recupera la salud y se casa con la joven. Este episodio ha sido excluido en la segunda versión.

[11] Mariano Latorre, "Alcides Arguedas, Novelista de Bolivia", Antártica, Santiago de Chile, núm. 6 (Junio/Julio, 1956), p. 87.

[12] Alarcón, op. cit., pp. 629-630.

[13] Ibid., p. 628.

[14]Luis Alberto Sánchez, _Escritores representativos de América_, ed. cit., p. 104.

[15]Alberto Zum Felde, _Indice crítico de la literatura hispanoamericana: La narrativa_, ed. cit., p. 264.

[16]Ibid., p. 264.

[17]Alarcón, op. cit., p. 629.

## CAPÍTULO III

## LA NOVELA DEL CAMPO

La obra literaria de Arguedas muestra una intención cíclica en lo que se refiere a su descripción de la realidad boliviana. El autor boliviano nos manifiesta que la vida de la ciudad, como se acaba de examinar en el capítulo anterior, se halla corrompida por la estrepitosa vanidad e interés de los habitantes, pero está convencido que en la vida rural es donde existen las mayores injusticias y desigualdades en lo moral y lo material. Tanto Pisagua como Vida criolla, por su tema, son las novelas de una ciudad abrumada en la mentira y la falsedad; Wuata-Wuara y Raza de bronce son las novelas de un campo sumido en el feudalismo colonial.[1] El escenario en el que toman lugar los acontecimientos narrados en estas últimas novelas no cambian propiamente, ya que todavía se trata del andino. El individuo experimenta ante la naturaleza de esta región -el yermo- asombro y admiración al mismo tiempo que impotencia y temor. El campo en estas novelas no parece resolver ninguno de los problemas reinantes, ya que tanto el latifundista como el político son de la misma extracción espiritual: ambiciosos y, a la vez, oportunistas.[2] Como ya se vió anteriormente,

Alejandro Villarino y Carlos Ramírez, al afrontar la realidad adquieren una sensación de repugnancia por la sociedad veleidosa que no les comprende; Agiali, personaje de Wuata-Wuara y de Raza de bronce, también se decepciona al ver la violencia empleada para con su amada y llega a odiar al hacendado, y en él, a la sociedad boliviana, cruel e inicua. Según Luis Alberto Sánchez:

> Arguedas los escucha [a Villarino, Ramírez y Agiali] con ancho corazón y atento oído. Para revelar su confidencia decide escribir un alegato de protesta y ... odio. Puede que el autor tenga tales formas contradictorias de mostrarse. Es posible. De todos modos, así también suele presentarse el rencor.[3]

Habiendo ya estudiado el problema del indio en su ensayo Pueblo enfermo, Arguedas nuevamente fija su atención en la novela para dar a conocer su denuncia contra los abusos a los que está sometido el indio, no sólo por parte del cura y los jefes políticos, sino también por el terrateniente y su administrador de descendencia mestiza. El autor boliviano, sin ambages, interpreta en Wuata-Wuara y Raza de bronce las aspiraciones de la clase oprimida, con el objeto de despertar la conciencia nacional y promover la reforma de la injusticia social y la revelación de la desolación humana.

## A. WUATA-WUARA

Siendo, en efecto, sólo un primer bosquejo de Raza de

bronce, se tratará muy brevemente de Wuata-Wuara.[4] Arguedas en esta novela nos relata la lucha violenta entre dos razas, la india y la blanca, en una comunidad del Altiplano boliviano. La trama se centra alrededor de una hermosa doncella aymara, Wuata Wuara, que ocupa una posición de prestigio entre los indios de la hacienda de Pucuni y es considerada el "ídolo de toda la comarca" (WW, p. 44). Wuata Wuara está enamorada de Agiali, joven gallardo, valiente y "campeón preferido de la hacienda en las luchas con las indiadas de las haciendas vecinas" (WW, p. 12). La pareja está feliz, pero su felicidad es pasajera porque el terrateniente y sus amigos, llevados por su lascivia, la destruyen. En uno de sus paseos al lago, divisan a la doncella sentada en la cima de la colina, apacentando un rebaño de ovejas cerca de una caverna a la cual los indios miran con supersticioso temor. La arrastran adentro para poseerla, donde Wuata Wuara, cegada por el odio, el dolor y la cólera trata de defenderse, pero es golpeada brutalmente en la cabeza, acto que ocasiona su muerte. Su novio Agiali la encuentra muerta y sin poder contener su dolor y furia clama, "¡Deben morir! Ella era mi vida y me la han robado" (WW, p. 94). La novela termina con la venganza cruel que

los indios y, especialmente Agiali, se toman por la muerte de Wuata Wuara.

Arguedas en esta novela presenta episodios de pasmosa realidad encaminados a mostrar el abuso del que es víctima el indio. Tanto en Wuata-Wuara como en Raza de bronce, el autor boliviano describe a las fuerzas políticas, sociales y económicas como los factores que en vez de favorecer al indio le destruyen. Alberto Cardona, el principal tirano del indio, representa al terrateniente que, por medio del terror, de influencias políticas, de alianzas y de amistades convenientes, llega a acumular excesivo dominio sobre una comarca en prejuicio de lo que es justo y humano. El cura también se aprovecha de la ignorancia de los indios y vive a expensas de los mismos, tratando de convencerles que la obediencia es una de las principales virtudes del ser humano. El cura, al notar la irreligiosidad de sus fieles, influenciados por Choquehuanca, les maldice y recuerda que si "no saben guardar las consideraciones debidas a los ministros del Señor en la tierra, pues arderán en los infiernos por siempre sin que nadie los compadezca" (WW, p. 47). El sacristán, que no aparece en Raza de bronce, es el aliado del cura, y con mayor razón actúa con torpeza "repartiendo empellones, dando cachetes, profiriendo palabrotas y pi-

sando a los pobres indígenas" (WW, p. 40). Dominados por estos individuos, los indios llevan una existencia frugal y se hallan cansados de bregar como burros; de verse siempre explotados sin que nadie se acuerde de ellos y haga algo por mejorar su paupérrima situación.

Como en sus demás novelas el autor boliviano siempre presenta, por lo menos, a un individuo conmiserativo. Así, pues, para favorecer un poco al indio, antepone a los tipos del poder blanco el del <u>hilacata</u> (alcalde) Choquehuanca, quien por su idealización, es más un patriarca hebreo que una autoridad india. Este personaje debido a su bondad y sabiduría es respetado hasta "los lindes de la adoración" (WW, p. 22). Mediante Darío Fuenteclara, el poeta idealista, Arguedas nos presenta al representante de la intelectualidad boliviana que se cree superior a los demás y "por eso también se aisla en su torre de marfil y sólo consiente que compartan de su amistad los superiores, los que acarician un ideal grande" (WW, p. 42). Sin embargo, al joven poeta le disgusta la violencia y quiere hacer algo para abolirla aunque no lo consigue porque no es un hombre de acción y realista.

Por su parte, los indios saben que la vida es triste y sienten germinar en sus almas un odio profundo contra los

blancos, el cual se va acumulando poco a poco hasta que se vengan como fieras. En esta obra la venganza causa espanto. Los indios después de capturar a sus víctimas les llevan a la cima de la colina donde se encuentra el cadáver de Wuata Wuara y ahí les desvisten y amarran a unos maderos que forman un triángulo, de modo que puedan verse unos a otros. Agiali, entonces, decide descuartizar en vida al terrateniente:

> La hoja penetró en la caja toráxica y luego, el indio, poco a poco, lentamente, cruelmente, fué dando golpes sucesivos por el lomo, cuidando de que la abertura siguiese en línea recta, sin desviarse a un lado o a otro, poniendo las mismas precauciones que cuando degollaba a un carnero...
> La sangre fluía en abundancia de la horrible herida, pero no llegaba a caer toda al suelo, pues las mujeres, las infernales arpías, recogiéndola en el hueco de las manos, se la sorbían y la paladeaban con fruición.
> Carmona, piadoso de sí mismo, imploró doliente, abatido:
> - ¡No me martirices, Agiali! ¡Mátame pronto, pero no me hagas sufrir! (WW, p. 126)

Agiali no se inquieta ante estas plegarias y para completar con su venganza

> le arrancó de un tirón el corazón sangriento y dando con el pie en la roca, elevó el lúgubre trofeo por sobre las cabezas de los indios que habían contemplado impasibles la escena, sin protestar, sin interceder, sin lanzar una frase piadosa, inmóviles y duros como piedras. (WW, p. 128)

## B. RAZA DE BRONCE

Con el argumento de Wuata-Wuara, años más tarde, Arguedas escribe su novela cumbre Raza de bronce en la que introduce algunas modificaciones. El problema indígena narrado en Wuata-Wuara le preocupó al autor durante toda su vida y por esta razón decidió adentrarse más en él, hasta llegar a comprenderlo mejor. Arguedas, en La danza de las sombras, corrobora este punto y escribe:

> ... desde ese año de 1904, en que se publicó el bosquejo, hasta que volvió a aparecer en 1919 bajo otro título, no he dejado de pensar en él con una angustia dolorosa que se hizo obsesión en mí y que habría durado todavía si ciertas circunstancias de inoportuna recordación no me hubiesen obligado a publicarlo cuando menos lo pensaba. (DS, p. 636)

El propósito del autor en ambas obras es, entonces, el mismo. La diferencia fundamental entre Wuata-Wuara y Raza de bronce está implícita en los títulos: Wuta-Wuara gira alrededor de la hermosa india del mismo nombre; en cambio, en Raza de bronce, el autor presenta al indio como héroe colectivo, atropellado y abusado por el latifundista, el mestizo, el cura y su propio medio. La muerte de Wata Wara en la segunda novela sirve meramente como el punto culminante de tantos abusos a los que han sido sometidos los indios, mientras que en Wuata-Wuara la vindicta de la raza

en sí ocupa un plano secundario y es Agiali, con el corazón adolorido, quien quiere restaurar la honra de su novia matando así a los malhechores.

Wuata-Wuara es una novela relativamente corta, y carece de digresiones y material interpolado que el autor añade en Raza de bronce.[5] Es una novela imperfecta. Las descripciones de los personajes son bastante acertadas y Arguedas deja en éstas un retrato que más tarde alcanzará mayor magnitud. Empero, "el indio de Arguedas -en ambas obras- no tiene la fuerza suficiente como personaje; es indio con mentalidad de blanco".[6] Los nombres de los personajes también cambian en estas obras a excepción de Wata Wara, Agiali y Choquehuanca. El paisaje en la primera obra se centra alrededor del yermo, cuya áridez afecta el temperamento de sus habitantes. Este es reducido, en comparación con Raza de bronce, donde el paisaje del yermo y del valle consigna con deleitamiento y se lo siente cercano, tan poderoso como el hombre mismo. El elemento bucólico se halla presente en ambas novelas; la comunidad o "ayllu" es, para Arguedas, el medio natural del indio y, por lo tanto, piensa que es necesario conservarla y dejarle el pequeño rincón de tierra que constituye todo su universo, ya que el indio está ligado estrechamente a ella. El amor que siente por la tierra, le

hace olvidar y actuar con paciencia frente a las injurias del blanco. Pachamama es severa, maternalmente severa, con sus hijos, pero a pesar de esto no pueden abandonarla y si se alejan de estos lares sienten gran nostalgia y pierden todo deseo de sobrevivir. Así en ambas novelas Arguedas ve que el problema del indio no es sólo racial, sino un problema social que está enlazado a la posesión del suelo.

Arguedas en Raza de bronce,[7] lo mismo que en sus demás novelas, reduce la acción principal al proceso más simple: el idilio de Wata Wara y Agiali, el cual queda interrumpido con la trágica y violenta muerte de la esposa del joven en manos de Pantoja y sus amigos, suceso que justificará la rebelión final de los indios. Esta relación amorosa, a su vez, tiene como revesada contrapartida los abusos del tiránico terrateniente Pantoja, arquetipo del feudalismo agrario, y el padecimiento de los indios que se ven reducidos a la mísera condición de ilotas o siervos feudales. Arguedas en el transcurso de su obra intercala varios elementos: viajes, aventuras, cuadros de costumbres, luchas con la naturaleza, vicios, muertes, trabajo exhaustivo y explotado, apuntes etnográficos con ceremonias religiosas, reflexiones, folklore, las que permiten hacer desfilar múltiples caracteres y facilitan la descripción de un cuadro completo de la vida

del indio y su opresor en el campo.

*Raza de bronce* consta de dos partes. La primera se titula "El valle", en que el autor relata la odisea de varios indios, entre ellos Agiali, enviados por el patrón a comprar semillas a las regiones de los valles interandinos. La excursión es peligrosa y los indios lo saben, pero no pueden negarse porque, de hacerlo, perderían sus empleos y sus tierras. Los indios, además, tienen que proveer sus propias bestias, razón por la cual se aprovechan del viaje para llevar a los vallunos los productos del yermo. Sus sufrimientos, como resultado del clima malsano, el desacomodo y el desconocimiento del medio, llenan esta primera parte. Resulta verdaderamente un viaje épico por las traicioneras arenas movedizas y los torrentes de las altas montañas. Manuno, en este viaje, pierde la vida en la trágica escena donde el río arrollador e impetuoso impone la fuerza de su voluntad. El río se presenta como un personaje principal en la primera parte.[8] Adquiere gran fuerza dominadora, es decir, que amenaza la vida del individuo, quien se da cuenta de su insignificancia ante la potestad de la naturaleza:

> De padres a hijos, era la misma cosa. El río es peor que la peste y que cualesquiera otras calamidades. La peste viene, calienta y se va, llevándose

> a algunos. Otros nuevos los reemplazan, y se vuelve a recomenzar la lucha. El río ataca la tierra, la carcome y la derrumba. Una vez caída, se convierte en playa, y la playa es estéril como vientre de momia... (RB, p. 239)

En este viaje, Quilco adquiere el chujcho, o fiebre terciana, de la que muere después; una de las bestias -con todo el cargamento- se extravía en el río y las que regresan, quedan inutilizadas. La naturaleza, indudablemente, se muestra inclemente con el hombre y éste tiene que luchar constantemente contra la misma a fin de sobrevivir.

La segunda parte, titulada "El yermo" es un documento de condena contra los terratenientes, especialmente Pantoja, hombre brutal y codicioso para con el indio de su hacienda del Kohahuyo, a quien desposee de sus tierras, le obliga a engordarle sus animales y les apelea sin conmiseración. Los indios corren la misma suerte frente al administrador mestizo, Troche, y el cura Pizarro. Si en la primera parte, como ya se dijo, el hombre lucha contra la naturaleza, en ésta el hombre lucha contra el hombre en dispar lidia entre el patrón, el explotador, y el indio, el explotado.

El drama indígena en la segunda parte de Raza de bronce no se reanuda inmediatamente. Arguedas intercala una relación histórica,[9] en la cual descubre el origen obscuro de la riqueza de la familia Pantoja, asociada a la concusión

del gobierno de Melgarejo que despojó a los indios de sus tierras para recompensar a sus aliados. La acción se reanuda con la reunión de Wata Wara y Agiali en una escena que pasa en las orillas del lago. Wata Wara con gran aflicción le cuenta a Agiali que durante su ausencia se vió obligada a ir a la hacienda del Kohahuyo, para servir de mitani (sirvienta) en casa del administrador, donde fue violada. La reacción del joven es brusca:

> De un brinco estuvo a su lado, cogióla por los cabellos, y con la diestra púsose a descargar fuertes golpes en la cabeza de la joven. Wata Wara abandonó los hilos de la red y las manzanas, y con ambas manos se cubrió el rostro humildemente, sin quejarse ... lloraba de alegría porque al conocer el enamorado su falta, no le había pedido su anillo, ni la despreció como una bestia del campo, y sus golpes, pocos y casi leves revelaban su amor y su bondad. (RB, p. 280)

Este hecho, sin embargo, no impide su matrimonio, ya que Agiali sabe que su novia ha sido víctima de las circunstancias adversas a las expectaciones de su raza. El asesinato de Wata Wara, no obstante, es otro asunto. Su muerte sacude a los indios y los arrastra a la sublevación final. Choquehuanca protector de Wata Wara y director espiritual de la comunidad indígena no puede aguantar más el sufrimiento de sus hermanos de sangre y, por lo tanto, los lanza a la venganza, consumada con el incendio de la casa del terrate-

niente.

Mientras siempre sea posible analizar la manera en que Alcides Arguedas, mediante la acción de su novela y en un plano artístico, logró alcanzar los propósitos que se propuso, nuestra intención es la de comentar la descripción que se hace de la vida de los indios de una comunidad rural. Se trata de la constante preocupación de Arguedas con la realidad boliviana, la que, según Rafael Altamira, él ve

> y de ella recibe un impulso de creación artística; y todavía más, tal vez, como patriota á quien los dolores y las deficiencias del vivir nacional hacen verter lágrimas de amargura que, como tantas otras veces, piden ser expresadas en forma que la emoción de que derivan se comunique á los demás hombres, ignorantes de aquel trozo de realidad amarga ó no percatados de su gravedad.[10]

a) La sociedad rural.

En <u>Raza de bronce</u> Arguedas nos presenta una sociedad rural primitiva basada en el régimen social latifundista y de supervivencias feudales, cuyo núcleo es el de la oligarquía colonial, formada por una aristocracia descendiente de los conquistadores y por la capa social criollo-mestiza. Esta superestructura fastuosa se funda en la explotación del indio, quien continúa al linde de la vida nacional como un factor de trabajo cómodo y barato. Sin su colaboración la vida económica se paralizaría, ya que el blanco solo, en

este medio antagónico, no podría subsistir. Por lo tanto, la servidumbre del indio resulta perjudicial para él y beneficiosa para el terrateniente. Entre el patrón y los indios "había sólo una relación de dominio esclavizador que toleraba sólo arbitrarias remuneraciones mínimas para la miserable subsistencia.[11]

La economía de la población rural se basa en la prestación del trabajo servil y el trueque de las mercancías. Si las cosechas rinden buenos resultados y el horadaje del subsuelo se lleva a cabo, gracias a los esfuerzos del indio, el trueque diario se cumple. La intervención del mestizo es esencial puesto que es él quien aguza su ingenio para que las transacciones tengan mayor éxito. Sin su intervención la vida económica no existiría, porque la mestización se ha convertido en una panacea. Mediante la descripción del viaje de los indios al valle, Arguedas nos demuestra como se efectúan los negocios. Manuno, hombre de gran experiencia, es el encargado de rendir cuentas al patrón, sobre el dinero obtenido, y para ganar la confianza del mismo hace los negocios con gran habilidad; no hay quien pueda engañarle. Para Manuno, el trueque y el engaño son la misma cosa. A fin de cambiar los productos del yermo (pescado, maíz, etc.) por frutas típicas de los valles, los <u>sunichos</u>

(indios del altiplano) a pesar de su carácter hermético, se muestran astutos y los vallunos, ávidos y parlanchines, no se quedan atrás:

> Largos fueron los regateos del negocio. De una parte y otra aparentaban mostrarse descontentos de la mercancía ofrecida en trueque; y si los _sunichos_ cogían una a una las tunas, las examinaban con ojos de anatomistas para rechazar las que ofrecían la menor huella de desperfecto, el valluno, perezosamente inclinado sobre el _tari_ donde había vaciado la _chúa_ de pescado menudo, ponía a un lado los muy menudos, separaba los aplastados, y así se pasaron cosa de diez minutos, en que los _sunichos_ aspiraban con deleite y voluptuosidad el perfume de las frutas, que por primera vez en su vida las veían tan numerosas en su poder.
>
> Al fin, uno y otro hubieron de darse por satisfechos con el cambio, no sin haber antes desechado casi la mitad de lo ofrecido; y fue solemne el instante en que los puneños distribuyeron en cuatro proporciones iguales las _tunas_ y el maíz, y cogiendo cada cual la que le correspondía, reanudaron la marcha. (RB, p. 228)

Con motivo de obtener alojamiento y comida en sus viajes, los indios están dispuestos a trabajar en las haciendas y, en algunas ocasiones, los habitantes de la región les ofrecen morada y comida porque saben que el hospedaje les traerá beneficios, es decir, adquirirán los productos del yermo a cambio de su cortesía.

En la hacienda, el indio se encuentra a merced del administrador mestizo; sometido al pongueaje en la casa del patrón y al cultivo de sus tierras; como pago obtiene auto-

rización para arar una escueta parcela en los bordes de la heredad. En suma la economía se asienta en la explotación del terrateniente para con el indio quien con el laboreo agrícola puede sostener sobre su expoliada humanidad el arquitrabe de la economía del país.

La sociedad presentada en Raza de bronce está dividida en dos clases:[12] la burguesa, compuesta por el terrateniente Pantoja, sus amigos y el cura Pizarro, y la inferior o humilde, constituida por los indios. Las costumbres y creencias de estas dos clases difieren enormemente: la primera se caracteriza por el despotismo, abuso, violencia y ociosidad; y la segunda es sumisa, supersticiosa, trabajadora y conservadora de sus tradiciones ancestrales. Además de la división económica, existe también la división cultural,[13] es decir, la de los dominadores, privilegio de éstos, y la cultura tradicional indígena que fue afectada con el choque de la cultura de los conquistadores y sólo produjo confusión en sus almas sencillas. Los cholos constituyen un grupo intermediario, el cual se halla subordinado a la clase burgesa. Troche pertenece a este grupo como resultado de su osadía y ambiciones, identificadas con las de su patrón, el clero y las autoridades políticas. El mestizo al integrar este grupo pierde su primitiva pureza indígena y asimila, más bien,

los peores males de la sociedad convencional. Para que el cholo llegue a la "decencia", o sea, a la aristocracia, por lo menos, toma dos generaciones. Según Angel Calcagno "la incapacidad étnica se reduce a una infravivencia económica".[14] Arguedas expresa este punto con gran percepción:

> El indio que se refina, tórnase aparapita (cargador) en La Paz o mañazo (carnicero). Si todavía asciende en la escala, truécase en cholo con su distintivo de la chaqueta; pero jamás entra, de hecho, en la categoría denominada "decentė". Para llegar a la "decencia", tiene que haber lucha de dos generaciones o entrevero de sangre, como cuando un blanco nada exigente o estragado encasta con una india de su servidumbre, adopta los hijos, los educa, y con la herencia de bienes, les lega su nombre, cosa que por lo rara se hace casi inverosímil. Sólo el cholo puede gozar de este privilegio. El cholo adinerado pone a su hijo en la escuela y después en la Universidad. Si el hijo sobresale en los estudios y opta el título de abogado, entonces defiende pleitos, escribe en periódicos, intriga en política, y puede ser juez, consejero municipal y diputado. En ese caso y en mérito de la función, trueca de casta y se hace "decente". Y para afirmar esta categoría, reniega de su cuna y llama cholo, despectivamente, a todo el que odia, porque, por atavismo, es tenaz y rencoroso en sus odios. Y de decente y diputado, puede llegar a senador, ministro y algo más, si la suerte le es propicia. Y la suerte sonrió siempre a los cholos, como lo prueba el cuadro lamentable y vergonzoso de la historia del país, que sólo es una inmensa mancha de lodo y de sangre. (RB, pp. 324-325)

b) El indio.

Es mediante sus personajes que Arguedas intenta darnos

un cuadro completo sobre la vida indígena, blanca y mestiza, y, por lo tanto, hacer de los materiales reales materia de arte. Como en Wuata-Wuara, Agiali y la doncella india son dos seres que se encuentran locamente enamorados, pero en Raza de bronce se reduce el papel que desempeñan como individuos.[15] Son, más bien, personajes anecdóticos que le sirven al autor para demostrar las diferentes situaciones de la vida de la comunidad: las cambiantes sicológicas del carácter indígena, tales como la resignación de Agiali al enterarse que su novia ha sido violada, la reacción sentimental y dolorosa de Wata Wara en presencia de su enamorado y los blancos (Pantoja y sus amigos), la obediencia del indio ante la fuerza opresora, y la venganza final del indio. Arguedas, además, se vale de estos personajes para describir ciertas costumbres, destacándose el compromiso y la ceremonia matrimonial de los aymaras. Por lo tanto, la pareja de enamorados son meramente instrumentos esenciales en la presentación del folklore y el problema social del indio. Arguedas, sin embargo, idealiza tanto a Wata Wara y Agiali, que pierden la identidad del indio aymara que habita en el altiplano; pero esta debilidad pasa por alto al ver que la joven pareja actúa como los demás indios y está sometida a la misma explotación. Wata Wara resulta única entre las

demás indias por su belleza y nítidez:

> Wata Wara..., ostenta la frescura de sus gracias con sin par donosura... Parece más blanca que las otras y seguramente es la más bonita. (RB, p. 337)

Wata Wara también posee las cualidades esenciales para formar un matrimonio feliz. Es una doncella ingeniosa, ordenada, prudente y económica. Desde su niñez, gracias a los consejos de su protector Choquehuanca, aprendió a gobernar los asuntos domésticos, a ser paciente, cooperadora y defensora de sus hermanos de sangre. Las otras mujeres indias, desde un punto de vista sociológico pueden ser consideradas como ejemplos más precisos de la raza, por su apariencia descuidada y avejentada.

Agiali, también está idealizado y se caracteriza por su radiante juventud, vigorosidad y gallardía; posee una inteligencia innata que le hace destacar de los demás y le da un aire de mando. Su actitud hacia las cosas y la vida es somera y estoica con poca fe en el futuro:

> Lo esencial era vivir en cómoda holganza y satisfaciendo las necesidades del cuerpo frágil; que las bestias no sufriesen nunca ningún accidente; que las cosechas le permitiesen vivir sin hambre, y que en las fiestas de común devoción hubiese mucha cosa buena de comer y beber y dinero para comprar un disfraz recamado de plata, o salir airosamente en los ineludibles compromisos del alferazgo... (RB, p. 276)

Por consiguiente, sus preocupaciones son pocas. Es prác-

tico y sólo anhela ganar lo suficiente para su sustento y el de su futura familia. Agiali y Wata Wara logran consagrar su unión matrimonial, pero su felicidad es breve, pues, los esfuerzos calculados del terrateniente y sus amigos la destruyen. Wata Wara, al ser atacada por sus agresores en una gruta de siniestra leyenda, demuestra la fuerza de la raza indígena al defenderse como una fiera:

> Probaron alzarla en vilo; pero ella, ágil y robusta, defendióse con las uñas, los dientes y los pies. Y a patadas, mordiscos, a zarpazos, que herían como garra de rapaz, hirió a uno; pero los otros excitados como bestias, innoblemente, la arrastraron al antro... (RB, p. 372)

Pantoja admite la férrea voluntad de la india en la lucha de su honra y defensa de su vida, actitud considerada como una característica típica de la raza:

> Al verla tan fina nadie hubiese sospechado que esa salvaje tuviese tanta fuerza. Yo la cogí por la cintura y quise echarla al suelo, pero no pude. Es una raza de bronce. (RB, p. 379)

Después de la muerte de su amada esposa, Agiali espera tranquilamente el momento de la venganza. Por consiguiente, el título de la novela no se refiere únicamente al color bronceado de la raza pero a la resistencia física y espiritual de la misma ante el tremendo martirio de la esclavitud que dura mientras los valores humanos no decaen por completo. Según Giuseppe Bellini,

> Arguedas aprueba la rebelión, que es una lucha desesperada del oprimido para restaurar en su mundo la justicia y en ella la fe en el porvenir.[16]

El protagonista principal de <u>Raza de bronce</u> es el indio, razón por la cual Arguedas anota en el desarrollo de esta novela los diversos aspectos de la vida indígena. Encuentra que la soledad y el silencio de las estepas andinas tienen un efecto inevitable en el carácter e idiosincrasia de su habitante; pero el silencio del indio no se debe, tan sólo, al medio abrumador en que vive, sino a la opresión (de cuatro siglos) del blanco. Siendo parco en sus palabras, se expresa con un laconismo que delata sus deseos de evitar hablar, el cual le crea una barrera infranqueable que oculta sus pensamientos más íntimos.

El indio es el peón de la hacienda, no conoce la libertad, la paz ni la prosperidad; se mantiene miserable, ignorante, endeudado, abúlico y adicto a la coca y el alcohol; cree en brujos, no tiene manifestaciones culturales, -excepto la danza y la música de algunos instrumentos- ni trata de establecer contacto con el blanco idealista o con los indios de las otras comarcas, debido a su propio hermetismo. Está, aunque en mayoría, aislado dentro de la sociedad de los patrones y esclavo dentro de su propio país, del

cual fue dueño. El continuo abuso y despojo le ha arrebatado la iniciativa y le obliga a trabajar tan sólo para subsistir.[17]

El orgullo y la dignidad del indio han sido borradas por el continuo sufrimiento. Si hay un choque entre blancos e indios, el segundo apela a la fuga; si es castigado o torturado, usa de cuanto recurso pueda reducir su sufrimiento para satisfacer su instinto que le aconseja por sobre todas las cosas sobrevivir. Cualquier indio, hasta el más orgulloso hilacata (Choquehuanca), después de ser azotado, da gracias a su amo por el generoso flagelo, le pide perdón y se muestra obediente en el futuro. Igualmente el sufrimiento le obliga a mostrarse insensible al dolor de los demás; llega a estimar poco la vida, especialmente si quién la pierde no es miembro de su familia o comarca. Así por ejemplo cuando Manuno muere en el aluvión de barro, sus compañeros se esfuerzan por encontrar el cadáver y extraerlo de las aguas, tan sólo para no exponerse a la furia del patrón en caso de que el dinero se pierda:

> Estaban entontecidos de dolor, no tanto por el compañero como por el dinero perdido... ¿Cómo llenarían su misión? ¿Qué responderían a los patrones ...? (RB, p. 244)
>
> La única preocupación de los dolientes fue ver si aún llevaba el rotobo de dinero. Allí estaba

> fuertemente anudado alrededor del cuello, y tan fuertemente que hubo necesidad de cortar a cuchillo el pañuelo. (RB, p. 245)

Ante el atropello del blanco y el mestizo, el indio es un ser indefenso, inerme, y como a tal le describe Arguedas. Lleva una vida en condiciones bestiales, sin esperanza de redención, mas el indio ama la tierra que apenas le sustenta y que lo obliga a luchar a fin de mantenerse vivo. Sabe que su tierra es codiciada por el blanco, y bastaría una sola mala cosecha para que se quede a merced del mundo que se abre paso más allá de los cerros de la comunidad. A cambio de continuar su vida en ella parece dispuesto a aceptar todos los compromisos y a soportar su condición servil. Si el indio del yermo o puna abandona su rincón, sufre un desastre físico y moral ya que no está habituado al aire húmedo de los valles y tampoco tiene resistencia contra las fiebres tropicales.[18]

Arguedas muestra que no todos los indios son buenos porque también hay algunos malos llenos de vicios e instintos animales.[19] Basta citar, como ejemplo, los robos que cometen los indios cuando se encuentran en el valle; la violación de la borracha viuda Choquela, o el tratamiento increíblemente cruel que los indios dan a sus cerdos, a los que les "hunden en los ojos un clavo caliente" (RB, p. 352)

para que engorden.

En cuanto a la religión, el indio es nominalmente católico. Absorbe el cristianismo en forma superficial y junto al sacerdote católico está el <u>yatiri</u> (adivino). Celebra todas las fiestas cristianas con gran pompa; es amigo de las alegrías ruidosas y es en las danzas y sacrificios rituales donde obtiene protección moral.

La mujer indígena recibe menos atención que el hombre; es, por lo general, leal a la familia y en el trabajo de la casa y del campo hacendosa y fuerte. Jamás se muestra ufana con el triunfo y, más bien, le cede al varón los laureles de la conquista. En sus odios se exalta tanto como su compañero; es hipócrita y solapada, y si quiere, quiere como una fiera y está dispuesta a arrostrar por su amante todos los peligros. Su orgullo es su fecundidad y se la puede identificar con la Tierra Madre, también fecunda.

Arguedas describe al indio aymara en la figura de Choquehuanca, la que adquiere un grandor épico en su lucha contra las fuerzas enemigas: el hombre blanco, el mestizo y la naturaleza. Choquehuanca es el jefe espiritual y el supremo consejero de los indígenas. Está dotado de grandes virtudes y, por eso mismo, simboliza la firmeza, la austeridad, la prudencia y el saber tradicional de la colectividad

indígena. En su papel de líder patriarcal, Choquehuanca piensa por los indios, los pacífica y consuela, y ellos se sienten felices de contar con alguien en quien pueden depositar su confianza. El anciano es admirado por su poderío místico, conocimiento medicinal, astronómico, metereológico y anatómico; parece poseer "los secretos del cielo y la tierra" (RB, p. 297) y su rostro "imponía respeto, porque delataba corazón puro y serena conciencia" (RB, p. 296). Por todo esto, es respetado, querido por los niños, obedecido por los hombres y escuchado por las mujeres. No obstante, tiene émulos que llevados por su egoísmo y vanidad no pueden aceptar la superioridad de otros individuos. Entre sus enemigos se encuentra el cura quien desecha, por completo, "la fama de sus bondades y de sus hazañas" (RB, p. 297); el terrateniente y su administrador le guardan ciertos miramientos y si le permiten vivir a su arbitrio es para mantener la paz con los demás peones. Aunque Choquehuanca posee todas estas cualidades, su comportamiento no se diferencia del de los demás indios, y, más bien, éste sirve de ejemplo a toda la comarca. Es parco en sus placeres y dedica su tiempo al trabajo exhaustivo en el cultivo de la tierra, la fabricación de balsas, la pesca, la arreglada de los aparejos de pesca y en distraer a los niños, jóvenes y viejos

con sus narraciones de hechos sobrenaturales. Su filosofía sobre la vida es triste, pues, "para él la vida era eso: sufrir, llorar, luchar y morir. La alegría no entraba en sus cálculos, la alegría exenta de añoranzas o inquietudes" (RB, p. 297). Choquehuanca es la personificación del indio aymara que es admirado por el blanco y en quien la nación puede depositar su esperanza y fortaleza para conseguir un futuro mejor. El anciano no es el líder de una tribu indígena agresiva; por el contrario se encuentra a la cabeza de una raza derrotada, de individuos que muestran su devoción a la Mama Pacchu, la Tierra Madre. Choquehuanca, además, no es un individuo que lucha contra la hostilidad de la sociedad a fin de mantener su tierra, sino que lucha por la mejora de sus hermanos de sangre que se hallan sometidos a la explotación de un grupo minoritario formado por los terratenientes y sus administradores, y por los curas quienes cuentan, a la vez, con el apoyo de la ley. Este problema que aqueja al indio no es peculiar de Bolivia, sino de todos los países donde la población indígena es extensa y no forma parte de la entidad nacional.[20]

Choquehuanca, y con el Arguedas, al analizar la situación deplorable del indio, opina que por el momento no se

puede hacer nada:

> El mal -nos comunica- siempre se ve, ... pero hay que hacerse el ciego si no lo puedes remediar, porque cuando se sabe impune es más terrible todavía. (RB, p. 356)

Hay que tener paciencia puesto que con ésta se puede ganar el cielo: "Todo tiene su hora ... y el campo que hoy está yermo dará mañana flores" (RB, p. 340). Recuerda con tristeza la infructuosa rebelión de los indios contra el injusto patrón (padre de Pantoja) y el inhumano castigo que recibieron al no querer confesar quienes fueron los autores principales del hecho:

> - ¿Y quién ha sido entonces?
> - No sé, _tata_... - gimió el otro debajo las nalgas del soldado-. Por Dios, que no me atormenten más... Se alzaban sus espaldas con sollozos y le temblaban las carnes de las piernas con temblores intermitentes y convulsivos.
> - ¿Quién ha sido? - insistió Pantoja, testarudo y gozoso de mostrar semejante espectáculo a los indios, muchos de los cuales lloraban enternecidos y miedosos... (RB, p. 292)

Choquehuanca se halla cansado y adolorido de ver tanta injusticia y crueldad, de modo que, al saber que no tienen a nadie a quien quejarse de sus miserias, se ven obligados a ser ellos mismos sus jueces. Pero el anciano no se maravilla "del vigor de los blancos. Tienen la fuerza y abusan, porque parece que es condición natural del hombre servirse de su poder más allá de sus necesidades" (RB, pp. 384-385).

Trata de encontrar una solución favorable para todos; piensa que sería bueno aprender a leer y escribir pero luego descarta esta posibilidad, pues, aunque es cierto que la educación podría llevar a los indios a descubrir el secreto de la fuerza de los blancos, también es cierto que su influencia siempre trae resultados penosos:

> ... algún veneno horrible han de tener las letras, porque cuantos las conocen de nuestra casta se tornan otros, reniegan hasta de su origen y llegan a servirse de su saber para explotarnos también... (RB, p. 385)

El indio que aprende a leer se mestiza, es decir, se convierte en cholo e inmediatamente se libra de esta condición de paria, se olvida de los demás componentes de su raza. Choquehuanca considera también la rebelión de la raza como remedio, mas él y los otros ancianos saben perfectamente (y algunos por penosa experiencia propia) que

> siempre quedarían soldados, armas y jueces para perseguirnos con rigor, implacablemente, porque alegarían que se defienden y que es lucha de razas la que justifica sus medidas de sangre y de odio. (RB, p. 385)

Aquí Choquehuanca -y con él Arguedas- toca un punto sensible dentro del indigenismo hispanoamericano que a tantas esferas ha llegado.[21]

Desde que la resistencia pasiva no es siempre efectiva, el indio está forzado a recurrir a la violencia y a aceptar

las consecuencias por más dolorosas que sean. Choquehuanca piensa que con un poco de sacrificio y paciencia conseguirán

> hacerles ver [a los blancos] que no somos todavía bestias y después abrir entre ellos y nosotros profundos abismos de sangre y muerte, de manera que el odio viva latente en nuestra raza, hasta que sea fuerte y se imponga o sucumba a los males, como la hierba que de los campos se extirpa porque no sirve para nada. (RB, p. 385)

La novela termina con el emocionante discurso de Choquehuanca, quien deja en manos de sus hermanos de sangre las medidas que se deben tomar contra seres tan brutales como el patrón y sus amigos:

> si quieren que mañana vivan libres sus hijos, no cierren nunca los ojos a la injusticia y repriman con inexorables castigos la maldad y los abusos; si anhelan la esclavitud, acuérdense entonces en el momento de la prueba que tienen bienes y son padres de familia... Ahora, elijan ustedes... (RB, p. 385)

Consiguientemente, los indios meditan sobre su futuro y deciden vengarse prendiendo fuego[22] a la casa del patrón:

> Una de las lucecillas trocóse en antorcha, y la antorcha en llama. La llama ondeó roja, en la oscuridad, como lengua de reptil; y mil chispas, crepitantes, saltaron de su cuerpo, desvaneciéndose en lo alto de las sombras...
>
> La llama se convirtió en hoguera, y un ancho círculo rojo manchó la negrura del llano, iluminando gran trecho de él... Dentro del círculo rojo, como abrasadas por las llamas, se veían cruzar fugitivas siluetas de los indios corriendo de un lado para otro, agazapados al suelo... (RB, p. 386)

c) El terrateniente.

El terrateniente, símbolo del mal y de la crueldad, es el principal opresor del indio, a tal punto que todo el rencor de Arguedas parece volcarse contra él. Este personaje,[23] es una especie de tiranuelo local que quiere mantener a toda costa sus derechos feudales; es voluntarioso, cínico, brutal, sádico, falto de moral y de honor. Su única aspiración es la mantención y adquisición de poder y riquezas. Mirando al indio con desdén, es incapaz de considerarle como a un ser humano. En la escala social, le sitúa aún más bajo que a su perro y por lo mismo le trata como a perro. Para Pantoja,

> el indio carecía ... de toda noción de sentimiento y su única superioridad sobre los brutos era que podía traducir por palabras las necesidades de su organismo. No sabía ni quería establecer distinción alguna entre los servicios de la bestia y del hombre. Sólo sabía que de ambos podía servirse por igual para el uso de sus comodidades. (RB, p. 274)

El padre del joven terrateniente también menospreciaba a los indios y los miraba con indiferencia: "El indio, para él, era menos que una cosa y sólo servía para arar los campos, sembrar, recoger, transportar las cosechas en lomos de sus bestias a la ciudad" (RB, p. 324)

A fin de demostrar su desprecio, Pantoja, el terrateniente de Kohahuyo, azota a los indios que vienen a salu-

darle, les mata sus perros y gallinas por diversión, les lanza su caballo encima y, para colmo, viola a Wata Wara, la que muere como resultado de la violencia empleada. Por ninguna de sus crueldades Pantoja es castigado. En cambio, reclama ser el mejor conocedor del indio en el país, y no sin razón, pues, en efecto es el único que se encuentra en constante contacto con la raza indígena. Al hacer uso de esta ventaja Pantoja trata de minar cualquier muestra de simpatía que tiene para con el indio. Defiende su posición ante todos y todo, y le explica a su amigo Suárez, joven idealista y defensor del indio, lo siguiente:

> Y tú no conoces al indio, por dos razones principales. La primera, porque apenas hablas su idioma; la segunda, porque nunca has sido propietario. Y todos los generosos defensores de la raza se te parecen. Todos hablan de memoria, y esos doctores cholos que con razón te escaman, hasta discuten con brillo, porque tienen a mano un recurso que siempre produce maravillosos efectos; elevar la voz en defensa de los oprimidos, invocar las eternas teorías de igualdad, justicia y otras zaranjadas de la misma hechura. Pero habla con los patrones y propietarios, con aquellos que andan en íntimo contacto con los indios, y no habrá uno, uno solo ... que te jure que no hay raza más difícil, más cerrada a la comprensión y a la simpatía, más perversa, más solapada, más imposible que esta gran raza de los incas del Tahuantinsuyo. Los indios son hipócritas, solapados, ladrones por instinto, mentirosos, crueles y vengativos. En apariencia son humildes porque lloran, se arrastran y besan la mano que les hiere; pero ¡ay de ti si te encuentran indefenso y débil! Te comen vivo. Y sábelo ya de una vez. No

> hay peor enemigo del blanco, ni más cruel, ni más prevenido, que el indio. (RB, pp. 349-350)

El sistema de explotación del indio se centra en la hacienda el solar del terrateniente, cuyo dueño llevado por su inmoderada sed de lucro comete grandes iniquidades. Pantoja, por el hecho de arrendar las tierras de la hacienda a los indios, cree que estos deben responder a sus favores donándole ciertas cantidades de dinero o parte de sus cosechas; además, les obliga a servir como pongos en la hacienda y su casa de la ciudad donde el trato que reciben es el mismo y tal vez peor. Les obliga

> a estar de pie desde el amanecer hasta bien mediada la noche. Y siempre midiéndoles en comida, cuidando de que se cocinase aparte para ellos, junto con la que se preparaba para el perro. Y la más pequeña falta, el descuido más ligero, lo pagaban sus lomos, sacudidos con crueldad por el látigo. (RB, p. 330)

Los indios, como ya se dijo antes, también tienen el deber de viajar donde el patrón les envíe para comprar semillas y vender los productos de la hacienda. Otra de las obligaciones del indio, si quiere evitar su represalia, es la de comprar en el almacén o pulpería de la hacienda todos los productos alimenticios cuyos precios están fijados al antojo del dueño o su mayordomo. El almacén es, sin duda, parte de la estructura del gamonalismo, pues, mantiene

al indio crónicamente endeudado y las deudas pasan de padres a hijos.

El deseo de Pantoja es el de mantener y aumentar su caudal sin esforzarse mucho. Así, como su padre adquirió estas tierras a base de extorsiones y crímenes,[24] Pantoja está dispuesto a defenderlas por medio de la violencia si necesaria. Su comportamiento es peor que el de su padre, ya que sólo se ocupa de esquilmar a los indios. Entonces, uno se pregunta ¿Por qué procede así el blanco? No es tan sólo por ambición, ni por presión de una sociedad corrupta que le obliga a imitar lo que los otros hacen, sino por instinto de conservación, el cual le impele a mantener su <u>status quo</u>. Consecuentemente, la lucha se convierte primero en la de clases y, más tarde, en la de razas. El blanco siente un miedo sicopático ante la mayoría bronceada. Pantoja parece presentir que bien puede llegar el día en que se trastruequen las posiciones y el indio se convierta en el amo del blanco en minoría. Asegura que esto sucederá cuando al indio se le eduque:

> Yo me río de todos aquellos que creen hallar el secreto de la transformación del indio en la escuela y por medio del maestro. El día en que al indio le pongamos maestros de escuela y mentores, ya pueden tus herederos estar eligiendo otra nacionalidad y hacerse chinos o suecos, porque entonces la vida no les será posible en estas alturas. El indio nos

> ahoga con su mayoría. De dos millones y medio de habitantes que cuenta Bolivia, dos millones por lo menos son indios, y ¡ay del día que esos dos millones sepan leer, hojear códigos y redactar periódicos! Ese día invocarán esos tus principios de justicia e igualdad, y en su nombre acabarán con la propiedad rústica y serán los amos... (RB, p. 350)

d) El cholo.

Troche, el administrador mestizo, no es nada más que la sombra de Pantoja, le sigue y obedece y se comporta con el indio tanto o más odioso que el patrón mismo porque sabe que cuenta con su apoyo. Pero, como buen cholo, únicamente es audaz cuando está con sus amigos o cuenta con el apoyo de alguien, de lo contrario es incapaz de hacer nada; para demostrar su valentía, cuando está solo recurre a las armas de fuego o al látigo. La porción de sangre india que lleva en sus venas le hace aborrecer aún más a sus hermanos de sangre y raza.

Troche es un ser cruel, insensible, codicioso, que espera incrementar sus ganancias explotando a los indios encomendados a él; es sensual y abusa de su posición cuando se le presenta la oportunidad. Esta actitud oportunista no le permite perder el tiempo en naderías, como lo demuestra la instalación en su casa de una tienda de licores y comestibles. Para sacar mayor provecho de su negocio, a Troche no le interesa recibir dinero en efectivo, sino que

prefiere ceder al fiado, "para cobrar intereses de judaica usura y pagarse, a la postre, con las prendas retenidas en su poder, o sea, ponchos finos, raros objetos de plata vieja y quizás bestias de labor" (RB, p. 275). Troche al ver que estas prendas son aclamadas en la ciudad:

> estableció un campo de tejer e hilar en uno de los espacios corralones de la casa patronal, y éste fue pretexto para llamar junto a él a todas las muchachas jóvenes de la hacienda, que tornaban a sus hogares mancilladas y con el gusto del pecado en la carne. (RB, p. 275)

Los familiares de Troche también muestran interés por la riqueza rápida, a tal punto que su esposa cierra los ojos ante las infidelidades de su marido y sólo atiende a lo que le dicta la codicia. Troche

> tuvo muchos hijos, renegados todos, a vista y paciencia de la esposa, únicamente anhelosa de negociar en el tenducho, sorda a las tímidas reclamaciones que alguna vez intentaron las familias ofendidas, creyendo que al provocar un conflicto doméstico podrían moderar los arranques amatorios del Don Juan mestizo. (RB, p. 275)

Troche, además, agrega a su brutalidad, codicia y lujuria, el odioso hecho de ser mestizo, ser abominable por sus vicios y defectos heredados por función biológica. Desea olvidar su descendencia y para hacerlo defiende a los enemigos de su raza. Troche es uno de los pocos seres que el terrateniente aprecia algo, pues, trata de mejorarse, aunque

lo consigue traicionando a su raza, razón por la cual el indio siente por el mestizo a más de odio desprecio.

e) El cura.

El cura, y con él la Iglesia, representa el apoyo más fuerte del terrateniente y, por lo tanto, tampoco ofrece ninguna consolación al indio. Hermógenes Pizarro, como lo dice Raimundo Lazo, es la personificación

> de la ambición y la sensualidad sacrílegas al servicio de la brutal feudalización de los indios y de quienes constituyen y sostienen ese régimen.[25]

Agréguese a esto la maldad de su traición a su propio oficio, el que, a pesar de sus solemnes votos, usa sólo para satisfacción y ventajas propias, contentándose con llevar "una existencia digna de Partagruel, sin irritar a Dios ni al Diablo".[26] La apariencia desidiosa y desagradable de Pizarro, según Arguedas, concuerdan con sus pensamientos inmorales y fraudulentos. Odia al indio, o cualquier individuo, que se muestre avaro y que no escuche a sus palabras sagradas, pues, al no hacerlo insultan sus dotes oratorias y bondadosas.

Arguedas censura la actitud que el cura toma para obtener bienes materiales. Cabe advertir que sus ingresos se basan, no tanto en su sueldo, sino en los emolumentos de su profesión, que obtiene por concepto de bautismos, casa-

mientos, reponsos y también óbolos y donaciones (que en teoría deberían ser para la iglesia). Don Hermógenes Pizarro, cuando puede, se convierte en capitalista, es decir, se dedica a la crianza y la venta de los animales que los indios le obsequian; además, les presta dinero, a crecido interés, y como resultado logra atesorar grandes cantidades de dinero, las que serán gastadas en cosas mundanas.

Hermógenes Pizarro es también un ser lujurioso; Arguedas recalca, al mencionar el nombre de la pernada (el "droit du seigneur", de la Edad Media), otro de los aspectos de la estructura feudal, de la cual forma parte el cura:

> Era su contribución de la pernada, fructífera y llena de encantos, que demandaban el cura. Todas las mozas ligadas con compromiso de matrimonio estaban en la obligación de asistir por una semana a la casa cural, donde un indio viejo y malhumorado, que hacía de portero, campanero y a veces de sacristán, les enseñaba a rezar.
>
> Iban las doncellas con avío y sus camas, para no ocasionar molestias ni gastos al buen pastor de almas, el cual, sabiendo que la holganza engendra malos pensares, había imaginado un ardid que mataba el tiempo de las mozas, produciéndole a él apreciables utilidades. Hacíales distribuir cueros de ovejas, con la obligación de devolverlos convertidos en lindas mantas, vistosos ponchos y finísimos <u>aguayos</u>, que no resultarían ni lindos ni flexibles si la lana no estuviese preparada con particular cuidado ni esmerosamente escogida y escarmenada...
>
> Y en tanto las mozas lavaban, escarmenaban, hilaban y tejían a la luz radiosa del día y bajo la inmediata vigilancia del indio viejo, de noche, y a solas, pasaban al poder del señor cura para ser lar-

> ga y cuidadosamente examinadas por él, notándose el fenómeno, hasta ahora inexplicable, de que todas las mujeres jóvenes y bonitas, sin excepción, revelaban ser supinamente cortas de entendimiento; porque en tanto que las maduras y feas volvían a su hogar a los breves días de reclusión y sin pasar por manos del señor cura para el examen, las mozas quedaban toda la semana o parte de ella en su poder y eran objeto del empeñoso celo de su paternidad reverente. (RB, pp. 315-316)

Como se puede observar, las indias jóvenes, antes de casarse, se ven obligadas a pasar, por lo menos, una semana bajo la tutela del cura y no hallan modo de evitarlo porque, después de todo, como dice Arguedas, "lo que él [el cura] quiere, es grato a los ojos de la divinidad" (PE, p. 422).

Arguedas acusa al cura de ser el puntal de la superioridad racista y clasista de los dominadores. Desde el púlpito habla de la desigualdad social y de raza, las que cree son esenciales en la conservación de la especie; les recuerda también a los indios el rango inferior que ocupan en la sociedad y les condena a la servidumbre, de modo más eficaz que las mismas leyes o la represión armada:

> Dios había dispuesto el mundo de manera que hubiese una clase de hombres cuya misión era mandar y otra sin más fin que obedecer. Los blancos, formados directamente por Dios, constituían una casta de hombres superiores, y eran patrones; los indios, hechos con otra levadura y por manos menos perfectas, llevaban taras desde su origen, y forzosamente debían de estar supeditados por aquéllos, siempre, eternamente... (RB, p. 339)

Al hablar del cura, Arguedas, no oculta el desprecio que siente por este personaje, profanador y abusador del indio, y lo demuestra hábilmente con frases de un dejo irónico ineludibles. Así por ejemplo dice que las indias casaderas son objeto del "empeñoso celo de su paternidad reverente" (RB, p. 316); que el cura cuando propina una paliza a un indio está haciendo un "piadoso ejercicio" (RB, p. 315); que el enojo del cura está considerado como "la santa indignación del pastor de almas" o "la cólera sagrada del representante de Dios en la tierra" (RB, p. 314).

En suma, el cura en vez de aliviar la conciencia del indio colabora a la explotación del mismo.

f) El intelectual.

En Raza de bronce, como en las demás novelas de Alcides Arguedas, hay un personaje idealista, que en este caso es Alejandro Suárez, "poeta utopista del arte por el arte, que acepta y hasta desea las dictaduras y desprecia a lo que para él y sus compañeros de escuela es la plebe, socialmente marginable y marginada".[27] Suárez sirve como portavoz del autor para expresar su opinión y denunciar los problemas nacionales. En efecto, de todos los amigos de Pantoja, Suárez es el único dispuesto a escuchar y aprender más sobre las costumbres y cultura del indio, pero sus buenas inten-

ciones sólamente serán empleadas en la teoría y no en la práctica.

Pantoja, a fin de entretener a sus huéspedes, les invita a asistir a la cacería de patos y otras aves peculiares del lago; los jóvenes para satisfacer sus caprichos deciden competir y ver quién es el más diestro en el uso de las armas. El alma de Suárez al presenciar este deporte "bárbaro y estúpido" (RB, p. 345) se subleva y no puede ocultar su descontento y furia hacia sus amigos. Suárez acepta que se mate por necesidad y, en ciertas ocasiones, por curiosidad o por hacer alarde de los dones cinegéticos, mas desecha, por completo, la idea de matar por matar. Le parece "un abominable salvajismo y hasta un contrasentido económico" (RB, p. 346) que nadie se preocupe por la conservación de la vida lacustre:

> Estamos matando la gallina de los huevos de oro, y no hay quien se dé cuenta de ello. Antes, según el testimonio del inca Garcilaso, había en este lago, y creo que aún hay en ciertas apartadas orillas del Perú y en la rinconada de Ancoraines y Huaicho, garzas blancas, ibis bicolores, gansos silvestres, ... ahora, en los quince o veinte días que llevo de excursionar por esta parte del lago, apenas he visto, como aves raras, unos cuantos patos rojos... (RB, p. 346)

Critica la actitud maliciosa e ignorante de la gente y la falta de interés, por parte de las autoridades ineptas, en

establecer leyes y destinar cierta cantidad de dinero para la protección de estas riquezas naturales. En el país, dice Suárez,

> lo único que interesa de veras es eso que se llama política, arte de buen gobierno, dicen; pero en el fondo pura hambre, hambre ordinaria de comer, hambre del estómago o hambre de vanidad... (RB, pp. 346-347)

Echa la culpa de todos estos infortunios a los cholos "que todo lo quieren hacer con discursos; que se dan por modelos de decencia, patriotismo y honradez, y que en la vida privada se muestran egoístas, tacaños sucios moral y materialmente" (RB, p. 347). Siente pesar al ver que la justicia no existe en estas regiones tan apartadas de la civilización. Suárez, representante de los bolivianos que defienden al indio, se encuentra, a menudo, en situaciones poco usuales, en las que es rechazado tanto por sus compañeros como por los indios. Suárez trata de comportarse amigablemente con los indios, esperando ganar su confianza; inclusive decide hablar en aymara, pero ellos se mantienen distantes, sin fiarse del joven. El poeta elogia a la raza indígena cuando ésta hace algo digno de la estima como, por ejemplo, el acto en que el nuevo <u>hilacata</u> (alcalde) toma posesión de su oficio. En esta ocasión, los indios premian al <u>hilacata</u> que acaba de cumplir su mandato con justicia y prudencia, mien-

tras que el nuevo no recibe ninguna adulación hasta que pruebe su hábilidad y mérito. Al observar estas leyes del <u>ayllu</u> (comunidad indígena), Suárez las compara con las de su propio gobierno y reconoce la superioridad de la primera:

> ¿Sabes -le dice a Pantoja- que en esto nos dan ejemplo tus rústicos? Por lo menos, obran con más lógica. Nosotros, antes de ver los frutos de un gobierno, ya premiamos al gobernante bautizando calles y plazas con su nombre, para borrarlo al día siguiente y sustituirlo con el del nuevo cacique. Estos salvajes, primero ven obrar y después castigan o premian, y así se muestran prudentes y justos. (RB, p. 330)

Los indios, por su parte, se dan cuenta de la diferencia que existe entre Suárez y sus amigos (Suárez intervino en una ocasión y salvó la vida de un joven indio azotado por Pantoja), pero no le aceptan como aliado; más bien, se muestran herméticos. Arguedas no tiene solución al problema de cómo el hombre blanco pueda inspirar confianza en el indio.

Al hablar en favor de los indios, Suárez hiere los sentimientos de sus amigos y despierta en ellos un gran enojo. El autor boliviano mediante las discusiones que se establecen entre Pantoja y Suárez,[28] presenta expertamente dos puntos de vista: el del terrateniente que representa al factor económico y el del poeta que representa al factor nacional. Pantoja sostiene que Suárez conoce muy poco a

los indios, simplemente por dos razones: no habla el idioma nativo de los indios y nunca ha sido terrateniente. Hay que vivir con el indio, le dice su amigo, para poder comprender un poco, pues, la raza indígena es enigmática; se muestra sumisa y respetuosa pero es hipócrita y cautelosa:

> Parecen buenos de lejos, pero de cerca son terribles. Yo [Pantoja] , te digo sinceramente, los odio de muerte, y ellos por su lado y yo del mío, y la lucha no acabará sino cuando una de las partes se dé por vencida. Ellos me roban, me mienten y me engañan; yo les doy de palos, les persigo... (RB, p. 352)

Suárez no niega el odio que sienten los indios hacia el hombre blanco, pero cree que este odio es el resultado de la explotación del blanco que "desde hace más de cuatrocientos años, no ha hecho otra cosa que vivir del indio" (RB, p. 350). No se explica como los terratenientes no intentan hacer algo para mejorar la situación del indio, lo que le lleva a comparar el estado del mismo con el del <u>mujik</u> ruso,[29] cuya condición

> es mil veces más feliz y ventajosa que la del pobre indio del yermo. La miseria del indio no tiene igual en el mundo, porque es miseria de miserables, en tanto que la del ruso es sólo miseria de hombre susceptible a veces de cambiar. La del indio no cambia nunca. Siervo nace y de siervo muere. (RB, p. 351)

Después de un intenso debate con Pantoja, el joven poeta admite que carece de información concreta y sus observa-

ciones están basadas en sus lecturas del novelista ruso Gorki. Consecuentemente, Pantoja piensa que las ideas de su amigo, con respecto al indio, son demasiado literarias y no responden a la realidad. Pantoja decide aclararle al poeta ciertos incidentes que parece ignorar. Le informa que si el indio vive en la pobreza es debido a sus vicios rutinarios y vanidosos:

> Ellos lo único que quieren es vivir como vivieron sus padres. Lo único que desean, tener como patrones a esos imbéciles de propietarios que nunca visitan sus fundos y se dan por felices con el ponguito, unos cuantos quesos y unas cargas de chuño. Y esto nunca puede contentar a un hombre que con el sudor de su frente compra una hacienda, digamos que por ochenta mil pesos, y tiene que sacar la renta del capital muerto del todo si no responde a pagar siquiera su interés... Preguntas tú por qué son pobres los indios, y la respuesta es fácil. Porque pasan fiestas a menudo, son alcaldes, maestros mayores, alféreces y en cada uno de estos cargos gastan todos sus ahorros para quedar en la miseria. (RB, pp. 351-352)

El problema indígena y con él todos los males que le aquejan, para Arguedas, no se solucionarán mientras no exista un acuerdo razonador entre

> los líricos que no conocen el indio y toman su defensa como un tema fácil de literatura, o los bellacos que también sin conocerle, toman la causa del indio exaltando sus sufrimientos, creando el descontento, sembrando el odio con el fin de medrar a su hora apoderándose igualmente de sus tierras. (RB, p. 361)

En sus dos novelas, Wuata-Wuara y Raza de bronce, Arguedas muestra al mundo el trato inhumano y la explotación despiadada que se ejerce sobre la masa autóctona, que vive al margen de las necesidades más esenciales. Pone al descubierto, la falta de un claro espíritu de convivencia entre los diferentes grupos humanos y la ambición de los latifundistas y oligarquistas de obtener poderío y mantener su situación a un nivel elevado. Entretanto, el indio vive en un patético aislamiento, apartado del conflicto monetario e indiferente a su propio hado. Para Arguedas existe la realidad brutal del problema social antes que el pretexto literario. Asume la responsabilidad de exponer la verdad sin miedo, no para vilipendio, sino para que se haga algo por ella.

NOTAS

[1]Véase A. Guzmán, op. cit., p. 61.

[2]Véase M. Latorre, op. cit., p. 87.

[3]"Prólogo" a Alcides Arguedas, Obras completas, ed. cit., p. 18.

[4]Todas las citaciones están tomadas de Wuata-Wuara, Barcelona (Tasso), 1904, la única edición de esta novela. Arguedas en La danza de las sombras nos manifiesta como le dió el nombre de Wuata-Wuara: "El nombre no es exótico: lo compuse leyendo ese libro raro, Copacabana de los Incas, de mi deudo el padre Jesús Viscarra ... Y desde niño me habían atraído las aguas divinamente puras de nuestro legendario lago Titicaca; alguna vez de estudiante, yendo de expedición cinegética por Aigachi, había tropezado con una india linda y huraña que no quiso darme asilo en su choza; en las veladas del valle le había oído referir a mi padre la crueldad con que los indios costeros castigaron y vengaron las tropelías de unos patrones sin entrañas. Estos tres elementos -belleza, emoción y drama- hicieron la obrita" (DS, p. 634).

[5]Consúltese Gerald E. Wade y William H. Archer, "The Indianist Novel since 1898", Hispania, Vol. XXXIII, núm. 3 (1950), pp. 211-212.

[6]Hugo Lijerón Alberdi, "Raza de bronce", Hispania, Vol. XLVI, núm. 3 (1963), p. 530. Arguedas trató de captar los sentimientos y reacciones exteriores de los indios, pero no siendo indio, no pudo pensar como tal. Alberto Zum Felde, (La narrativa, ed. cit., p. 263) se pregunta: "¿Es que la novela no da, entonces, el alma del indio? En sí misma y en lo profundo, intrínseco, tal vez no; tal vez lo que da más es la parte visible del alma, el carácter esto sí, está en ella, tanto o más que lo está en la mayor parte de la narrativa hispanoamericana. Lo más que sabemos de él, además de sus costumbres, es su manera de reaccionar ante las circunstancias e indirectamente, por sugerencia algo de lo profundo es dado al darse la emoción del paisaje, su

medio, su ámbito,con el que se identifica, es decir, se da indirectamente". Véase también R. Lazo, La novela andina (Pasado y Futuro), México: Porrúa, 1971, p. 36.

[7]La primera edición de Raza de bronce fue publicada en La Paz (González y Medina, 1919). Cuatro años más tarde apareció la segunda edición en Valencia (Prometeo, 1923) con ciertos arreglos y adiciones. El cambio más notable fue el nombre de los personajes principales, María y Agustín. El motivo de esta correción fue un concurso que se efectuó en la ciudad de La Paz bajo el auspicio del Círculo de Bellas Artes. Armando Chirveches, novelista boliviano, y buen amigo de Arguedas, le aconsejó que presentara su novela en dicha competencia. Todos los contendientes tenían que mantener sus nombres en reserva y puesto que Arguedas ya había publicado Wuata-Wuara (1904) cuyos personajes llevaban los mismos nombres que en esta su obra, se vió obligado a cambiarlos. Como resultado del concurso, la imprenta González y Medina adquirieron el derecho de publicarla por primera vez. Lamentablemente los errores tipográficos afectaron a la novela. En la segunda edición los personajes adquirieron nuevamente los nombres aymaras de Wata Wara y Agiali: "Hoy esos personajes vuelven a tomar sus primitivos nombres, genuinamente aimarás, y, cara desnuda, se lanza otra vez a correr su aventura por el mundo..." (RB, 1923, p. xi). En esta edición, su estilo está mejor pulido y la más importante innovación es la intercalación de la leyenda india "La justicia del Inca Huaina-Capac", presentada como el primer esfuerzo literario del poeta Suárez, personaje por el cual el autor expresa sus opiniones. En esta edición se omitieron la traducción de las palabras aymaras y ciertas expresiones idiomáticas de la región andina en Bolivia. En el año 1945 se publicó la tercera edición de Raza de bronce en Buenos Aires (Edit. Losada, 1945). En ésta no ocurrieron más cambios, adiciones ni revisiones. De la misma editorial existen tres reimpresiones más: las de 1957, 1966, 1968. Luis Alberto Sánchez recoge en las Obras completas, ed. cit., la edición de Losada de 1945. Debido a la importancia que adquirió esta novela existen ciertas traducciones (en inglés) de los pasajes más importantes de la misma: Henry Alfred Holmes, Spanish America in song and story, (New York: Holt & Co., 1932, pp. 109-112); Harriet de Onís, The golden land, (New

York: Knopf, 1948, pp. 230-237). Raza de bronce también fue traducida al francés y fue publicada en el Journal des nations américaines. L'Amérique Latine, París, 1923, 3, 10, 17, 24, 31 janvier; 7, 14, 21, 28 fevrier; 6, 13, 20, 27 mars; 3, 10, 17, 24 avril; 1, 8, 15, 22, 29 mai 1932. Hasta la fecha sólo se sabe de estas publicaciones de la novela.

[8]"En la primera parte del libro, el río es un personaje principal y se presenta como una constante amenaza para los viajeros, pero no es malo en sí. Para los propios indios de esta región es una verdadera bendición por los beneficios en sus cosechas, etc. Creemos que el verdadero tema de esta primera parte es la falta de relación y de proporción entre el indio y el medio ambiente en que vive, o sea, la derrota del hombre por el medio geográfico" (H. Lijerón Alberdi, op. cit., p. 531). Consúltense también Rafael Altamira, op. cit., pp. vii-ix; Agustín del Saz, Resumen de la historia de la novela hispanoamericana, Barcelona: Atlántida, 1949, p. 176, y Gustavo Duplessis, "Cuatro novelas de la naturaleza en Sur América", Revista de la Habana, Vol. 3 (1943), pp. 363-364.

[9]Véase, Lazo, op. cit., p. 32.

[10]Véase Altamira, op. cit., p. vi, y también A. Zum Felde, La narrativa, ed. cit., p. 262, cuando dice: "Arguedas aspira a crear ante todo, una obra de arte; y la crea. Y es en esta finalidad estética de Arguedas -sin óbice de la otra, la humana-, donde está su vinculación literaria con el modernismo. Raza de bronce está compuesta un tanto al modo del gran poema épico; el autor ve con ojos de artista y procede con técnica de tal... Pero la realidad de su tema no está vista sólo con ojos de artista, sino también de sociólogo, aunque éste no pesa demasiado sobre aquél. El ensayista de Pueblo enfermo está presente junto al novelista en el trasunto de una doble visión integrativa del tema". Para Sylvio Julio, Arguedas nos manifiesta en su novela "Os hábitos da gente e os lugares em que habita desenrolam-se, pouco a pouco, pelas folhas do romance, a modo de ensaio de sociologia ou de divagação de historia, sem, todavia, lacarem no conjuncto névoas e pedrouços que impecam a compreensão dos seus intuitos. Nesse sentido, Raça de bronce, de Alcídes Arguedas, é

ensaio sociológico e divagação historica, não perdendo o seu alto cuhno artistico de produção literaria" (Idéas e Combates, Río de Janeiro, Revista de Lingua Portugueza, 1927, pp. 204-205).

[11] Lazo, op. cit., p. 34.

[12] Lijerón Alberdi, op. cit., p. 530.

[13] Para mayor información sobre la cultura, religión y sentimientos del indio consúltese Gustavo Adolfo Otero, Figura y carácter del Indio, La Paz: Juventud, 2a. ed., 1954. También Véase R. Lazo, op. cit., p. 34.

[14] Calcagno, op. cit., p. 29.

[15] "Los personajes no son protagonistas en el sentido lato del término, sino representantes de un grupo humano, de una clase social" (J. Carlos Ghiano, "Raza de bronce, por Alcides Arguedas", Cursos y Conferencias, Buenos Aires, Tomo XXIX, núm. 172, 1946, p. 269).

[16] Giuseppe Bellini, "Alcides Arguedas en la novela moderna", Revista Hispánica Moderna, Tomo XXVI, núm. 3-4 (1960), p. 134. Véase también Aída Cometta Manzoni, El indio en la novela de América, Buenos Aires: Futuro, 1960.

[17] Véase Aída Cometta Manzoni, "El problema del indio y su proyección en la novela", Atenea, núm. 200 (1942), p. 147. La autora piensa que el indio a pesar de la opresión a la que ha sido objeto por el período de cuatro siglos, sabe sobrevivir y aumenta en número y en proporción mayor a la del blanco.

[18] En la Historia de Bolivia y en La danza de las sombras, Arguedas al hablar de la guerra del Chaco enfoca este punto que debería haber sido considerado con mayor cautela por los políticos. Los resultados fueron funestos puesto que los indios del yermo no pudieron resistir el clima caluroso de la región y contrajeron varias enfermedades tropicales, las cuales les ocasionó la muerte.

[19]Véase, Lijerón Alberdi, op. cit., p. 531.

[20]Entre estos países se puede citar al Perú, que por medio de Clorinda Matto de Turnder en su obra Aves sin nido (Lima: Imp. de Universo de Carlos Prince, 1889), se puso al descubierto por primera vez la tragedia del indio. Entre otros literatos y políticos que se interesaron por este tema se pueden citar a algunos: Manuel González Prada, José Carlos Mariátegui, Víctor Raúl Haya de la Torre, César Vallejo, José María Arguedas y especialmente Ciro Alegría quien por medio de su libro El mundo es ancho y ajeno(Buenos Aires: Losada, 1961) expresa el aislamiento del indio de la civilización que no le interesa y que en la mayoría de los casos únicamente le acarrea molestias y peligros. En el Ecuador también el literato muestra la miseria indígena y su explotación. Entre los autores representativos de este país se pueden mencionar a Fernando Chaves con su novela Plata y bronce (Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1954) y especialmente a Jorge Icaza y su obra Huasipungo (Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1969)en la que describe la desesperada lucha del indio en su intento de conservar su pequeña parcela de tierra sobre la cual se yergue su mísera vivienda pero que la voracidad insaciable del latifundista logra arrebatarle. Para mayor información véase Arturo Uslar-Pietri,Breve historia de la novela hispanoamericana, Caracas: Edime, 1954, pp. 141-151.

[21]De acuerdo a R. Altamira, "El caciquismo social que pinta Arguedas, expresa uno de los defectos más generales de nuestra vida presente en casi todos los países. Es más agudo, por causas fáciles de advertir, en naciones de economía elemental y donde existe una masa popular de raza distinta é inferior educada secularmente en la obediencia y el servilismo... Es dolorosa esa comprobación según la cual, en tantos pueblos de la tierra, el indio (ó quien equivalga al indio) no ha ganado casi nada con la libertad y la vida política moderna de los hombres superiores ... es problema, hoy, que seriamente y con apariencias científicas plantean algunos, el de si es posible civilizar (á nuestra manera) á esas gentes extrañas, y de no serlo, si gana algo la humanidad conservándolas en el seno de una sociedad que lleva otros rumbos..." (op. cit., pp. vi-vii).

[22]"La rebelión callada, de gestos y turbaciones, culmina en la redención por el fuego, hijo del Sol, la vieja divinidad indígena, con el simbolismo que adquiere en las líneas finales de la novela" (Ghiano, op. cit., p. 268).

[23]R. Lazo describe a Pantoja como sigue: "Además de lo que en él hay de figura representativa de la oligarquía a la que pertenece, es un caso de superflua acumulación de maligna amoralidad y desbocado sensualismo grosero que hacen de su perversa idiosincrasia un artificial generador de brutalidades espontáneas e incoercibles" (op. cit., p. 35).

[24]Arguedas explica como Don Manuel Pantoja adquirió la hacienda del Kohahuyo: "... no consiguió la hacienda por méritos propios, sino por su cinismo: Aduló como nadie don Manuel; fue obediente y comedido; supo ser feliz y bastante cínico en sus discursos de bacanal y sus escritos de prensa, y Melgarejo lo premió concediéndole enormes extensiones de tierra comunarias y pasando por alto su morosidad de deudor insolvente" (RB, p. 274).

[25]Lazo, op. cit., p. 36.

[26]Yerko Moretíe, "_Raza de bronce_ de Alcides Arguedas", _Atenea_, XCIL, núm. 304 (1950), p. 136.

[27]Lazo, op. cit., p. 35.

[28]Según Lazo, Suárez "posee ideario y sensibilidad de época... Discute con Pantoja y sólo se le opone, lo mismo que a los demás amigos, por razón del dominante y excluyente estaticismo muy modernista que desprecia todo lo material en sí; pero a la vez el poeta muestra cierto mal orientado sentido práctico de egoísta pragmatismo que le permite justificar cualquier dictadura que cree un orden autoritario dentro del cual los artistas pueden tranquila y cómodamente entregarse a su despreocupada dedicación del arte por el arte" (op. cit., p. 36).

[29]"Además de seguir su sentimiento, Arguedas seguía otros ejemplos, sobre todo los de la novela rusa, especialmente la novela de Gorki, que en su "mugik" representaba la víctima correspondiente al indio en el mundo americano" (Bellini, op. cit., p. 135).

## CONCLUSIÓN

En el presente estudio se ha determinado llevar a cabo un análisis sobre las calamidades más sobresalientes descritas por el escritor boliviano, Alcides Arguedas, que más se preocupó por la condición socio-política de su nación.

Puesto que el anhelo de Arguedas es el de descubrir la realidad de su patria, sus obras, tanto las de observación directa como las de narración imaginativa, tienen un sólo propósito, el de puntualizar todos los elementos y factores de orden empírico que afectan el progreso de Bolivia. Así, pues, su ensayo sociológico _Pueblo enfermo_ es un estudio penetrante de los males que afligen el país, los cuales adquieren más amplitud y testimonio en la _Historia de Bolivia_, _La danza de las sombras_ y sus novelas respectivamente.

La trama novelística le permitió a Arguedas plantear con profundidad y valentía el problema de la falta de armonía entre los seres humanos en la población boliviana. De ahí que en su obra literaria trasluce una realidad esencialmente humana como el resultado del choque de las pasiones e intereses y elementales disimulos. El autor boliviano surge como un paladín en medio de un ambiente corrupto y de

estrepitosa vanidad para decir la verdad y solamente la verdad. Su deseo es el de despertar la conciencia nacional de manera que la regeneración de Bolivia sea posible.

En las novelas de la ciudad, Pisagua y Vida criolla, Alcides Arguedas asaetea con mordacidad el ambiente boliviano y la vida de La Paz. Plantea los problemas fundamentales que afectan a las relaciones de los hombres entre sí y expone también la actitud indiferente de los habitantes para consigo mismos y, sobre todo, para con la patria. El atraso y las desventuras de la capital paceña, según el autor, no se deben a las causas exterirores, ni a las influencias extrañas, sino a los propios defectos y su insuficiencia, o sea, al predominio del egoísmo, el deseo de figuración y la sed de mando. Es por este motivo que Arguedas, con noble intención, denuncia las lacras sociales para que se haga algo por ellas y se llegue a introducir con el tiempo la justicia, igualdad y dignidad en esta sociedad que, por el momento, se encuentra en una situación de inferioridad. Todo lo que el autor quiere hacer ver, aparece en forma concreta, es decir, que se documenta en los detalles e incidentes que proceden de una realidad socio-política. Su única intención es la de inyectar un reactivo en la vida nacional, reflejando una época y unas circunstancias

en que el mal social, es atávico.

Durante toda su vida, Alcides Arguedas se inquietó por la desesperante situación del indio y, por lo tanto, después de largos años de observación y dedicación, publicó su novela cumbre Raza de bronce. En esta novela y en su obra inicial Wuata-Wuara, el autor boliviano, nos manifiesta que Bolivia no se halla afectada únicamente por el movimiento de las luchas sociales que le agitan, sino también por las luchas del contraste de las razas, es decir, de los distintos grados de civilización, los que originan un odio colectivo. Por consiguiente, al presentar al indio, Arguedas expone el problema histórico y social concreto: la justa reivindicación del indio que vive como un paria al linde de la sociedad y del estado. Todo esto, además, se encuentra íntimamente ligado al problema del terruño. Arguedas en sus novelas del campo trata de desterrar el prejuicio de la sociedad en exceso ufana de su prosapia y espera que el nativo, que se empequeñece hasta lindar con la bestialidad, recobre el trato del que es acreedor, no sólo en cuanto a su realidad material, sino y más que nada, por el lugar que ocupa en el orden social.

Como se ha podido observar, Alcides Arguedas ha demostrado una profunda preocupación por la realidad boliviana

y ha tratado de explicarla de diferentes modos. El autor boliviano ha impuesto a su patria faltas que no le son exclusivas, siendo muchas de ellas particulares de la naturaleza humana. Sin embargo, si estas faltas sobresalen más en Bolivia es debido a que el país todavía se halla en un estado de reformación y, consecuentemente, no ha podido aún alcanzar una madurez moral en lo que respecta a las responsabilidades políticas y sociales.

# BIBLIOGRAFÍA

## OBRAS DE ALCIDES ARGUEDAS

*Obras completas*, 2 Tomos, con preparación, prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez, México: Aguilar, 1959.

Novelas:

*Pisagua*, La Paz: Imp. Velarde, 1903, 200 págs.

*Wuata-Wuara*, Barcelona: Tasso, 1904, 184 págs.

*Vida criolla*, La Paz: Eulogio Córdova Editor, 1905, 278 págs.

____________, Paris: P. Ollendorff, 1911, 276 págs.

*Raza de bronce*, La Paz: González y Medina, 1919, 373 págs.

____________, Valencia: Prometeo, 1923, 271 págs.

____________, Buenos Aires: Losada, la. ed., 1945, 300 págs. La 2a. ed., fue publicada en 1957, la 3a. en 1966, y la 4a. en 1968.

Historia:

La *Historia de Bolivia*, publicada en cinco volúmenes entre 1920 y 1929.

I) *La fundación de la República*, La Paz: Escuela Tipográfica del Colegio Don Bosco, 1929, 460 págs.

II) *Los caudillos letrados*. *La confederación perú-boliviana*. *Ingavi (1828-1848)*, Barcelona: Sobrinos de López Robert y Cía, 1923, 368 págs.

III) *La plebe en acción* (1848-1957), Barcelona: Sobrinos de López Robert y Cía, 1924, 312 págs.

IV) *La dicatadura y la anarquía (1857-1864)*, Barcelona: Sobrinos de López Robert y Cía., 1926, 338 págs.

V) Los caudillos bárbaros. Historia. Resurección. La tragedia de un pueblo (Melgarejo-Morales). 1864-1872, Barcelona: Viuda de L. Tasso, 1929, 384 págs.

Historia general de Bolivia. El proceso de la nacionalidad (1809-1921), La Paz: Arnó, 1922, 579 págs.

Ensayos y memorias:

Pueblo enfermo, Barcelona: Tasso, 1909, 255 págs.

______________, Barcelona: Tasso, 1910, 262 págs.

______________, Santiago de Chile: Ercilla, 1937, 281 págs.

La danza de las sombras, 2 Tomos, Barcelona: Sobrinos de López Robert y Cía., 1934.

Etapas de la vida de un escritor, La Paz: Talleres Grafícos Bolivianos, 1963.

Artículos escritos por Arguedas:

"Historia de Bolivia de Ordoñez López y Crespo", Revista de América, año II, Vol III, 1903.

"Gabriel René Moreno", Revista de América, año II, Volumen I, 1914.

"La historia de mis libros o el fracaso de un escritor", Cuba Contemporánea, La Habana, XXX (1922), pp. 376-419.

"Armando Chirveches", Revue de l'Amérique Latine, París, XII (1926), pp. 481-487.

"Recuerdos personales: El gran D. Miguel de Unamuno. Ramiro de Maeztu. Leonardo Pena. Teresa de la Parra", Repertorio Americano, San José, Costa Rica, 29 de mayo de 1937.

"Las fuentes de información histórica en períodos de anormalidad política", _Nosotros_, Buenos Aires, IV, núm. 16 (1937), pp. 115-130.

"Ideas generales acerca de una historia de Bolivia", _Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana_, Buenos Aires, X (1937), pp. 95-102.

"Carta al presidente de Colombia", _Repertorio Americano_, San José, Costa Rica, 4 de junio de 1938.

"La cadena fatal (Bolivia)", _Cultura Boliviana_,1, núm. 3 (abril 1964), p. 13.

"Idolo roto (Pedro Domingo Murillo)", _Cultura Boliviana_,1, núm. 5 (junio 1964), pp. 13-14.

Prólogos escritos por Arguedas en:

_La candidatura de Rojas_, por Armando Chirveches, París: Sociedad de Ediciones literarias y artísticas, 1909, xix págs.

_La creación de Bolivia_, por Sabino Pinilla, Madrid: América, 1917.

Extractos de antologías y periódicos:

"Venganza criolla" (fragmento de _Vida criolla_), en Francisco Monterde, _Antología de poetas y prosistas hispanoamericanos modernos_, México: Publicaciones de la Universidad Nacional, 1931, pp. 121-125.

"La muerte de José Asunción Silva", _Repertorio Americano_, San José , Costa Rica, 17 de marzo de 1934.

"La vida inquieta y trabajadora de Jorge Isaacs", San José, Costa Rica, 16 de junio de 1934.

"Cóndor mallcu" (fragmento de _Raza de bronce_), en Gustavo Adolfo Otero, _Crestomatía boliviana_, La Paz: Gisbert & Casanovas, 1943, pp. 159-164.

## ESTUDIOS SOBRE ALCIDES ARGUEDAS

"Alcides Arguedas", _Quién es quién en Bolivia_, Buenos Aires: Imp. López, 1942, p. 28.

Acuña Carlos, "Bolivia en la literatura autóctona", _Kollasuyo_, La Paz, IV (1942), pp. 91-96.

Alomar, G., "Sobre: Raza de bronce", en A. Arguedas, _Historia de Bolivia_, La Paz: Escuela Tipográfica del Colegio Don Bosco, 1920, pp. 3-4.

Altamira, Rafael, "Prólogo" a _Raza de bronce_, Valencia: Prometeo, 1923, pp. v-ix.

Alvarado, Julio, "Carobscuro de Alcides Arguedas", _Revista de la sociedad de escritores de Chile_, Santiago de Chile, II, núm. 5 (1946), pp. 17-34.

Arroyo, C.E., "Sobre: _Raza de bronce_", en A. Arguedas, _Historia de Bolivia_, La Paz: Escuela Tipográfica del Colegio Don Bosco, 1920, pp. 3-4.

Avilés Ramírez, E., "Entretiens sur l'Amérique avec ... Alcides Arguedas", _Revue de l'Amérique Latine_, Paris, XXI (1931), pp. 312-316.

Bellini, Giuseppe, "Alcides Arguedas en la novela moderna", _Revista Hispánica Moderna_, Tomo XXVI, núm. 3-4 (1960), pp. 133-135.

Blyn, Hugo, "Ubicación de Alcides Arguedas", _Kollasuyo_, La Paz, III (1941), pp. 141-153.

Carrasco, B., "Un auto de fe contra la _Historia de Bolivia_ de Arguedas", _Hechos e imágenes de nuestra historia_, La Paz: Edit. Don Bosco, 1950, pp. 176-178.

Carrión, B., _Los creadores de la nueva América: José Vasconcelos, Manuel Ugarte, F. García Calderón, Alcides Arguedas_, Madrid: Sociedad general española de librería, 1928, pp. 165-217.

Chirveches, Armando, "La vie littéraire: Alcides Arguedas", Revue de l'Amérique Latine, Paris, XXI (1926), pp. 259-260.

Columba-Rocabado, Margarita, "El indio y la mujer en la novela de A. Arguedas", Revista de Cultura, Cochabamba, II, núm. 2 (1956), pp. 234-306.

Condarco Morales, Ramiro, "Estiercol, talento y cultura", Presencia literaria, La Paz, 7 de enero de 1973.

Daireaux, M., "Alcides Arguedas", Repertorio Americano, San José, Costa Rica, 9 de marzo de 1929.

____________, "Le journal d'Arguedas", France-Amérique, Paris, XXV, núm. 275 (1934), pp. 152-155.

Díez de Medina, Fernando, "Alcides Arguedas: el hombre y el escritor", Bolivar, Bogotá, núm. 19 (1953), pp. 805-808.

________________________, "Insurgencia de la juventud", Thunupa, La Paz: Gisbert y Cía., 1956, pp. 353-372.

Duplessis Gustavo, "Cuatro novelas de la naturaleza en Sur América", Revista de la Habana, La Habana, Cuba, III (1943), pp. 363-371.

Escala, Victor H., "Figuras de América: Alcides Arguedas", El Comercio, Lima, 15 de mayo de 1946.

Feliú Cruz, G. "La tragedia de Bolivia. Al margen de la Historia general de Bolivia de Alcides Arguedas", Revista chilena de Historia y Geografía, Santiago de Chile, XLV (1923), pp. 489-498.

Gay, V., "Sobre: Alcides Arguedas", en La España moderna, Tomo 270, núm. XXIII (1911).

Ghiano, Juan C., "La Raza de bronce de A. Arguedas", Cursos y Conferencias, Buenos Aires, Tomo XXIX, núm. 172 (1946), pp. 266-269.

Guerrero, Jorge, "Alcides Arguedas", Letras del Ecuador, Quito, II, núm. 13(1946).

Hilton, R., "Alcides Arguedas", Who's who in Latin America, Part IV: Bolivia, Chile and Peru, California: Stanford University Press, 1947.

Julio, Sylvio, "Os indios bolivianos num romance de Alcides Arguedas", Idéas e combates, Rio de Janeiro: Ediçao da Revista de Lingua Portugueza, 1927, pp. 203-212.

Lacosta, Francisco, "El indigenismo literario de A. Arguedas" Cultura Boliviana, II Oruro (junio 1965), pp. 4-5, 18.

Latorre, Mariano, "Alcides Arguedas, novelista de Bolivia", Antártica, Santiago de Chile,(junio, julio de 1946), pp. 85-88.

________________, "Peripecias de un escritor boliviano", Atenea, núm. 130 (1936), pp. 143-144.

Lijerón Alberdi, Hugo, "Raza de bronce", Hispania, Volumen XLVI, núm. 3 (1963), pp. 530-532.

Maeztu, Ramiro de, "Prólogo" a Pueblo enfermo, Barcelona: Tasso, 1909; 1910; Santiago de Chile: Ercilla, 1937, pp. xiii-xvi.

Martin, P.A., "Alcides Arguedas", Who's who in Latin America, California: Stanford University Press, 1940, pp. 37-38.

Medinaceli, Carlos, "La imaginación y la envidia en Pueblo enfermo", Universidad, Potosí, XII, núm. 28 (1949), pp. 81-89.

__________________, "La inactualidad de Arguedas", Universidad, Potosí, XII, núm. 28 (1949), pp. 74-80.

Moretié, Yerko, "Raza de bronce, de Alcides Arguedas", Atenea, Concepción , Chile, XCIX, núm. 304 (1950), pp. 131-140.

Nieto Caballero, L.E., "El peligro de Arguedas", Repertorio Americano, San José, Costa Rica, 22 de octubre de 1938.

Otero, Gustavo Adolfo, "Recuerdos de Alcides Arguedas", La Crónica, Lima, 15 de mayo de 1946.

____________________, "Temperamento, cultura y obra de Alcides Arguedas", Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, II, núm. 4 (1947), pp. 164-193.

Ostria Gutiérrez, A., "Alcides Arguedas, historiador", Revista Chilena de la Historia y la Geografía, Santigo de Chile, núm. 112 (1948), pp. 225-233.

Parker, W.B., "Alcides Arguedas", Bolivians of today, New York: Hispanic Society of America, 1922, pp. 27-29.

Pena, L.,"Alcides Arguedas", Repertorio Americano, San José, Costa Rica, 16 de junio de 1934.

Plevich, Mary, "El origen del arguedismo. El 'Arguedismo' mal hispanoamericano", Universidad de Antioquia, 34, (julio/septiembre, 1958), pp. 407-413.

______________, "Unamuno y Arguedas", Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, LXX (1967), pp. 140-147.

Reinaga, Fausto, Alcides Arguedas, La Paz: Talleres Gutenberg, 1960.

Salamanca Lafuente, Rodolfo, "Vigencia del arguedismo en Bolivia", Kollasuyo, núm. 65 (1947), pp. 42-51.

Sánchez, Luis Alberto, "Prólogo" a Alcides Arguedas en Obras completas, México: Aguilar, 1959.

Siva Castro, R., "La actualidad literaria en el continente: Las confesiones de Alcides Arguedas", El libro y el pueblo, Santiago de Chile, II, núm. 6-7 (1923), pp. 153-154.

Unamuno, Miguel de, "La envidia hispánica", Obras completas, Nuevos ensayos, Tomo III, Madrid: Escelicer S.A., 1966, pp. 283-288.

__________________, "La imaginación en Cochabamba", Cultura Boliviana, 1, núm. 3, Oruro (abril 1964), pp. 12-13.

Urquidi, J. M., La novela histórica de Arguedas, breves rectificaciones y comentarios, Cochabamba: La Aurora, 1923.

Valdés, J. C., "Prólogo" a Vida criolla, La Paz: Eulogio Córdova, 1905, pp. i-vii.

Valencia, M.S., "Charlando con Alcides Arguedas", Lecturas dominicales, Bogotá, XIII (1929), pp. 17-19.

______________, "Con el historiador de Bolivia", Repertorio Americano, San José, Costa Rica, 9 de marzo de 1929.

Vilela, Hugo, Alcides Arguedas y otros nombres en la literatura de Bolivia, Buenos Aires: Kier, 1945.

Zubillaga, J.A., "Historia general de Bolivia por Alcides Arguedas", Cuba contemporánea, La Habana, XXXV (1924), pp. 233-244.

## OTRAS OBRAS CONSULTADAS

Alarcón, Abel, "La literatura boliviana (1545-1916)", Revue Hispanique, Paris, XLI (1917), pp. 563-633.

Alegría, Fernando, Breve historia de la novela hispanoamericana, México: Ediciones de Andrea, 1959.

Anderson Imbert, Enrique, Historia de la literatura hispanoamericana, México: Fondo de Cultura Económico, 1965.

Amoros, Andres, Introducción a la novela contemporánea, Salamanca-Madrid-Barcelona: Anaya, 1955.

Arrom, José Juan, Esquema generacional de las letras hispanoamericanas, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1963.

Arroyo, Anita, América y su literatura, San Juan, Puerto Rico: Editorial Universitaria, 1967.

Aubrun, Charles, Histoire des lettres hispanoaméricaines, Paris: Librairie Armand Colin, 1954.

Avila-Echazu, Edgar, Resumen de la literatura boliviana, La Paz: Gisbert y Cía., 1964.

Ayala Duarte, C., Resumen histórico crítico de la literatura hispanoamericana, Madrid: Ocoña-Tutor, 1945.

Barbagelata, Hugo, La novela y el cuento en hispanoamerica, Montevideo: Librería El Mundo, 1947.

Bazin, Roberto, Historia de la literatura americana en lengua española, 3a. ed., Buenos Aires: Nova.

Botelho Gonsálvez, Raúl, "La novela en Bolivia", Cuadernos Americanos, Tomo CXII, núm. 5 (1960), pp. 266-281.

Calcagno, Miguel Angel, "Introducción al estudio de la novela indigenista boliviana", Revista Iberoamericana de literatura, Tomo I, núm. 1 (1959), pp. 21-34.

Carilla, Emilio, El romanticismo en la América hispánica, 2a. ed., Madrid: Gredos, 1967.

Carter, Boyd, Historia de la literatura hispanoamericana a través de sus revistas, México: Andrea, 1968.

Castañón Barrientos, Carlos, Escritos y Escritores, La Paz: Universo, 1970.

Céspedes Espinoza, H., Historia de la literatura boliviana, Cochabamba: Universitaria, 1948.

Chang-Rodríguez, Eugenio y Kantor, Harry, La América Latina de hoy, Nueva York: Ronald Press, 1961.

Chaves, Julio Cesar, Unamuno y América, Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1964.

Cometta Manzoni, Aída, El indio en la novela de América, Buenos Aires: Futuro S.R.L., 1960.

__________________, El indio en la poesía de América Española, Buenos Aires: Joaquín Torres Editor, 1939.

__________________, "El problema del indio en Bolivia y su proyección en la novela", Atenea, núm. 280 (1942)

pp. 142-170.

Contreras, Francisco, *Les écrivains contemporains de l'Amérique Espognole*, Paris: La renaissance du Livre, 1920.

____________________, *L'Esprit de L'Amérique Espagnole*, Paris: Editions de la Nouvelle Revue Critique, 1931.

Darieux, M., *Panorama de la littérature Hispano-Américaine*, Paris: Editiones K.R.A., 1930.

Díaz Machicao, Porfirio, *Personajes notables en la historia de Bolivia*, La Paz: s.e., 1966.

Díez Canedo, E., "Algunos libros de autores bolivianos", *El Sol*, Madrid, 6 de agosto de 1925.

Díez-Echarri, Emiliano, y Roca-Franquese José María, *Historia de la literatura española e hispanoamericana*, Madrid: Aguilar, 1960.

Díez de Medina, Fernando, *Literatura boliviana*, Madrid: Aguilar, 1959.

____________________, "Twentieth century bolivian letters", *Américas*, Tomo VIII, núm. 3 (1958), pp. 256-265.

Finot, Enrique, *Historia de la literatura boliviana*, La Paz: Gisbert y Cía., 1964.

Flores, Angel, *The literature of Spanish America*, Volume III, Part 2 (1910-1930), New York: Las Americas Publishing Company, 1969.

Franco, Jean, *The Modern Culture of Latin America*, Revised edition, Middlesex, England: Pelican Books, 1970.

____________, *An Introduction to Spanish American Literature*, Cambridge: University Press, 1969.

Francovich, Guillermo, *El pensamiento boliviano en el siglo XX*, México: Fondo de Cultura Económica, 1956.

________________________, La filosofía en Bolivia, Buenos Aires: Losada, 1945.

Gertel, Zumilda, La novela hispanoamericana contemporánea, Buenos Aires: Columba Nuevos Esquemas, 1970.

Gómez Gil, Orlando, Historia crítica de la literatura hispanoamericana, Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, Inc., 1968.

González y Contreras, G., "La novela social americana", América, Tomo XXXIX, núm. 3 (1951), pp. 27-30.

Guerra, José E., Itinerario espiritual de Bolivia, Barcelona: Araluce, 1936.

Guzmán, Augusto, "Actuales tendencias de la literatura boliviana", Revista Iberoamericana de bibliografía, Tomo XVI, núm. 2 (1966), pp. 166-174.

________________, Historia de la novela boliviana, La Paz: Revista México, 1938.

________________, La novela en Bolivia, La Paz: Juventud, 1955.

________________, Panorama de la literatura boliviana del sigo XX, La Paz: Los Amigos del Libro, 1967.

Henríquez Ureña, Pedro, Las corrientes literarias en la América Hispánica, México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1949.

________________________, Breve historia del Modernismo, México: Fondo de Cultura Económica, 1954.

Lazo, Raimundo, La novela andina (Pasado y Futuro), México: Porrúa S.A., núm. 179, 1971.

Llerena, Mario, "Función del paisaje en la novela hispanoamericana", Hispania, Volumen XXXII, núm. 4 (1949), pp. 499-504.

Loveluck, Juan, La novela hispanoamericana, 3a. ed., Santiago de Chile: Editorial Universitaria S.A., 1969.

Marof, Tristán (seudónimo de Gustavo A. Navarro), La tragedia del Altiplano, Buenos Aires: Claridad, 1934.

_______________, La verdad socialista en Bolivia, La Paz: El trabajo, 1938.

Mead, Robert G. Jr., Breve historia del ensayo hispanoamericano, México: Andrea, 1956.

Meléndez, Concha, La novela indianista en hispanoamerica, Río Piedras, Puerto Rico: Universidad de Puerto Rico, 1961.

Menéndez y Pelayo, Marcelino, Historia de la poesía hispanoamericana, Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, 1911-1913.

Menton, Seymour, "In Search of a Nation: The twentieth Century Spanish American Novel", Hispania, Tomo XXXVIII, núm. 4 (1955), pp. 432-442.

Mijares, A., La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana, Caracas: Coop. de Artes Gráficas, 1938.

Montenegro, E., "Novels from the Table land Atop the Andes Mountains", New York Times Book Review, New York, June 7, 1925.

Otero, Gustavo Adolfo, Figura y carácter del indio (Los ando-bolivianos), 2a. ed., La Paz: Juventud, 1954.

_____________________, Figuras de la cultura boliviana, Quito, Ecuador: Rumiñahui, 1952.

Pérez Velasco, D., La mentalidad chola en Bolivia, La Paz: López, 1928.

Prudencio Bustillo, I., "Letras bolivianas", Kollasuyo, La Paz, V (1943), pp. 156-168.

Queiroz, María José de, De indianismo ao indigenismo nas letras hispanoamericanas, Belo Horizonte: Impresa de Universidade de Minas Gerais, 1961.

Reinaga, Fausto, La 'Inteligentia' del cholaje boliviano, La Paz: Renacimiento, 1967.

Ríos, Gloria Giner de los, El paisaje de hispanoamerica a través de su literatura, México: Imprenta Universitaria, 1958.

Sánchez, Luis Alberto, Historia de la literatura américana, Santiago de Chile: Ercilla, 1940.

____________, Escritores representativos de América, 2a. serie, Madrid: Gredos, 1964.

____________, Proceso y contenido de la novela hispanoamericana, 2a. ed., Madrid: Gredos, 1968.

Saz, Agustin del, Historia general de las literaturas hispánicas, Tomo IV, 2a. parte, Barcelona: Barna, 1957.

____________, Resumen de la historia de la novela hispanoamericana, Barcelona: Atlantida S.A., 1949.

Sorel, A., "La nueva novela Latinoamericana", Cuadernos Hispanoamericanos, Tomo LXV (1965), pp. 221-254.

Teixido, Raúl, "Ensayo de aproximación a la actual novela boliviana", Mundo Nuevo, núm. 33 (1969), pp. 30-34.

Torres-Rioseco, Arturo, Grandes novelistas de la América Hispana, Berkeley, California: University of California Press, 1941.

____________, La novela en la América Hispana, Berkeley & Los Angeles: University of California Press, 1949.

Torre, Guillermo de, Claves de la literatura hispanoamericana, Madrid: Taurus, 1959.

Uslar-Pietri, Arturo, Breve historia de la novela hispanoamericana, Caracas-Madrid: Edime, 1954.

Valencia Vega, Alipio, Desarrollo del pensamiento político en Bolivia, La Paz, s.e., 1953.

Vilela, Arturo, _Bolivia Intima_, La Paz: Renacimiento, 1940.

Wade, Gerald E., y Archer, William H., "The Indianist Novel since 1889", _Hispania_, Tomo XXXIII, núm. 3 (1950), pp. 211-220.

Zárate, Celia, "La novela social: la ciudad y el proletariado", _América_, Tomo XLI, núm. 1 (1953), pp. 20-27.

Zea, Leopoldo, _Dos etapas del pensamiento en hispanoamerica: Del Romanticismo al Positivismo_, México: El Colegio de México, 1949.

Zum Felde, Alberto, _Indice crítico de la literatura hispanoamericana: Los ensayistas_, México: Guaranía, 1954.

__________________, _Indice crítico de la literatura hispanoamericana: La narrativa_, Tomo II, México: Guaranía, 1959.